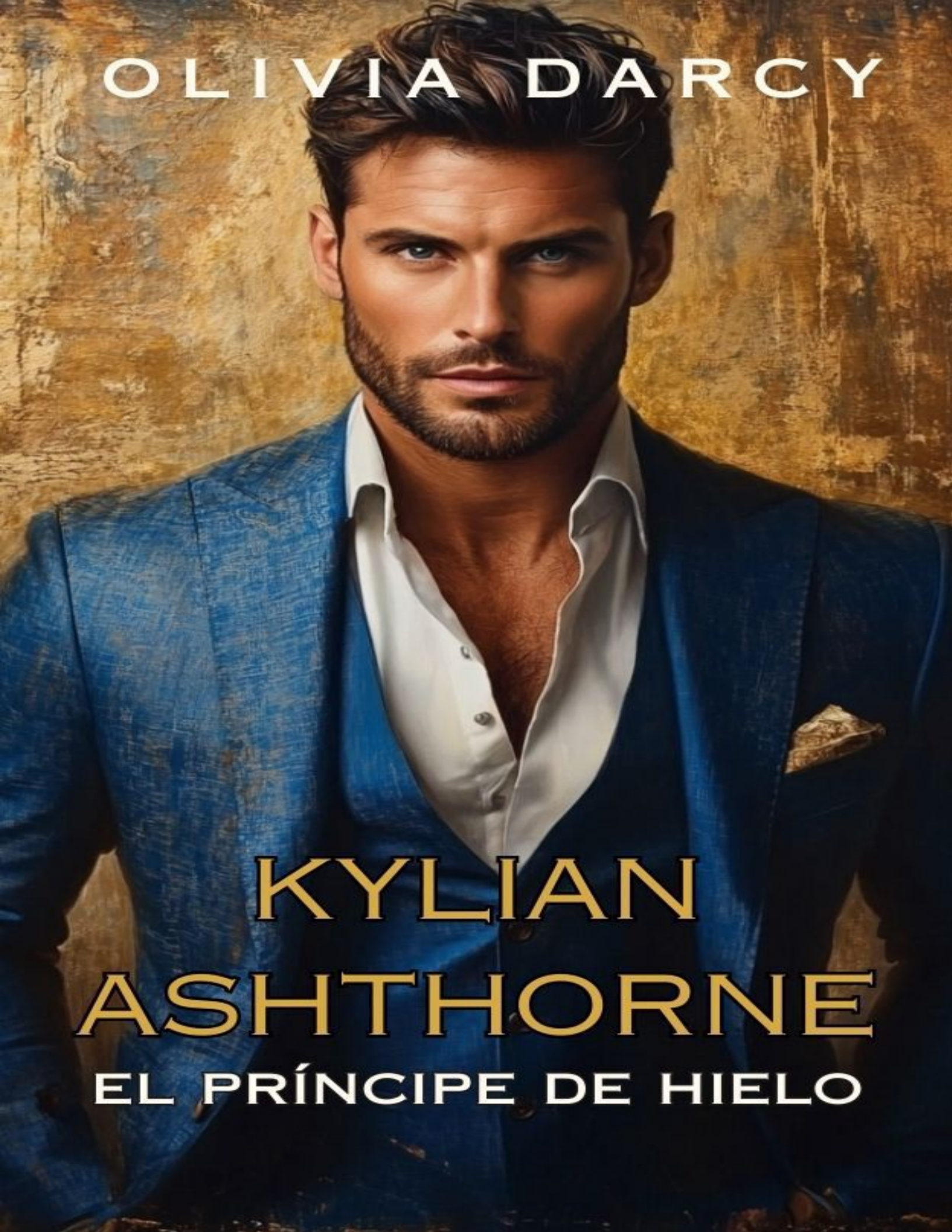


A portrait of a man with dark, wavy hair and a light beard, looking directly at the camera. He is wearing a blue textured blazer over a white shirt with an open collar. The background is a textured, golden-brown wall.

OLIVIA DARCY

KYLIAN
ASHTHORNE
EL PRÍNCIPE DE HIELO

KYLIAN ASHTHORNE: EL PRÍNCIPE DE HIELO

HERMANOS ASHTHORNE: PASIÓN, DESTINO Y UNA CORONA

LIBRO 1

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

Copyright © 2025 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR



O pulsa [AQUI](#)

PRÓLOGO

CHARLIE 16 años

El aire del palacio huele diferente esta noche. Más denso, cargado de una electricidad que hace que los retratos de los antiguos monarcas parezcan observarnos con más intensidad. Las sombras se alargan por los pasillos de mármol mientras Tristan y yo caminamos en silencio.

En noches como esta, el palacio parece cobrar vida propia, como si los siglos de historia susurraran secretos entre sus muros.

El aroma a madera pulida y cera de abeja se mezcla con el perfume de las rosas que Eleanor siempre mantiene frescas en los jarrones de cristal. Esta noche, sin embargo, su dulzura resulta casi asfixiante.

La tensión sobrevuela el lugar.

Las voces se escuchan por todo el palacio. Graves, tensas, atravesando las paredes del despacho real.

—¡No puedes hacerme esto! —La voz de Kylian retumba, haciendo que me estremezca.

Tristan se detiene en seco. Su rostro palidece y da un paso hacia el despacho. Lo agarro del brazo, mis dedos hundiéndose en la tela de su chaqueta.

—No —susurro—. No podemos interferir.

Sus ojos azules me miran suplicantes, pero me mantengo firme. Los gritos siguen resonando por el pasillo. Nos deslizamos tras una columna justo cuando la puerta del despacho se abre de golpe. El mármol frío se presiona contra mi espalda mientras Tristan se acerca tanto que puedo sentir el temblor de su respiración.

La alfombra persa ahoga nuestros movimientos mientras nos refugiamos más profundamente en las sombras. El terciopelo rojo del cortinaje nos envuelve como un manto protector, su textura familiar contra mis dedos temblorosos. Desde nuestro escondite, el pasillo se convierte en un escenario donde la tragedia real se desarrolla con precisión shakespeariana.

Kylian emerge como una tormenta contenida. La luz de las lámparas de araña dibuja sombras dramáticas en su rostro. Por un momento, nuestras miradas se cruzan y contengo el aliento. ¿Nos ha visto? Pero sus ojos grises pasan sobre nosotros sin detenerse, cegados por la furia.

Me transporto involuntariamente a aquella tarde de verano, hace apenas unos meses, cuando lo vi practicando esgrima en el jardín sur. La manera en que la luz del atardecer bailaba sobre su piel... Ahora esa misma luz revela una dureza que nunca había visto en sus facciones.

Eleanor aparece en el pasillo, su vestido de seda susurrando contra el mármol.

—Kylian, por favor...

—No me sigas, madre —Su voz cortante como el hielo.

Los retratos de generaciones de Ashthorne nos observan desde sus marcos dorados, testigos silenciosos de otra crisis dinástica. La luz de la luna se filtra a través de los vitrales, pintando el mármol con fragmentos de color que danzan sobre nuestros rostros. El eco de los pasos de Ky se desvanece gradualmente, cada uno más distante que el anterior, como el latido de un corazón que se apaga.

Observo su perfil aristocrático, tan similar al retrato de su padre que cuelga en la galería este. El mismo que me hacía detenerme cada mañana camino a mis clases, imaginando conversaciones que

nunca tendría el valor de iniciar.

—Esto no puede terminar así —murmura Tristan, su voz quebrándose—. Tengo que...

—No —susurro con firmeza, aunque mi corazón grita lo contrario—. Si intervienes ahora, solo empeorarás las cosas.

Eleanor permanece inmóvil, una estatua de dolor y dignidad, antes de retirarse en silencio. El roce de su vestido contra el suelo suena como un lamento.

—Charlie... —La voz de Tristan se quiebra completamente.

Lo abrazo sin pensarlo, su rostro hundiéndose en mi hombro. Sus lágrimas mojan mi blusa de seda mientras mis propios ojos arden. El aroma familiar de su colonia se mezcla con la sal de sus lágrimas.

—Se ha ido —susurra Tristan contra mi cuello—. Mi hermano se ha ido.

Mis dedos se enredan en su pelo mientras lo sostengo más fuerte, dividida entre el dolor de mi mejor amigo y el vacío que Kylian deja tras de sí. Las lágrimas que finalmente derramo no sé si son por Tristan, por Ky, o por la chica de dieciséis años que acaba de presenciar cómo sus fantasías románticas se desmoronan bajo el peso de la realidad.

En la distancia, las luces de la ciudad parpadean ajenas al drama que se desarrolla tras estos muros centenarios. El mundo exterior continúa su curso mientras nuestro pequeño universo real se desmorona en silencio, pieza por pieza, como un castillo de naipes golpeado por una brisa traicionera.

Las luces del coche de Kylian desaparecen tras la verja principal, engullidas por la oscuridad del bosque real. El rugido del motor se desvanece gradualmente hasta que solo queda el silencio, pesado y absoluto, como una mortaja sobre el palacio de Ravencross.

KYLIAN 18 años

Las palabras de la carta de Bella se clavan como dagas en mi pecho mientras el papel tiembla entre mis dedos. El estudio privado, normalmente un refugio de paz, ahora parece sofocarme con sus paredes de roble y el aroma a cuero viejo de los libros.

—Así que esto es todo lo que valgo. Cincuenta mil libras —murmuro, arrugando la carta hasta convertirla en una bola deforme.

El recuerdo de nuestro último beso en los jardines del palacio se distorsiona, envenenado por la revelación. Cada promesa de un futuro juntos fue una mentira.

Me levanto del sillón de terciopelo borgoña, el mismo donde solía sentarme de niño mientras mi padre me enseñaba sobre responsabilidad real. La ironía me provoca una risa amarga. El retrato de mi padre me observa desde la pared, sus ojos grises —idénticos a los míos— parecen seguirme mientras atravieso la estancia.

El pasillo hacia su despacho nunca me había parecido tan largo. Las armaduras medievales proyectan sombras distorsionadas sobre el mármol pulido, testigos silenciosos de siglos de tradición y deber. Mis pasos resuenan como disparos en el silencio.

—¿Cómo has podido? —Las palabras explotan en cuanto abro la puerta de su despacho.

Mi padre apenas levanta la vista de sus documentos. El aroma a tinta fresca y papel antiguo impregna el aire.

—Siéntate, Kylian.

—No. —Me planto frente a su escritorio, dejando caer la carta arrugada sobre sus papeles—. ¿Cincuenta mil libras? ¿Ese es el precio de mi felicidad?

—La felicidad es un lujo que no podemos permitirnos —Su voz suena fría, calculada—. Somos servidores de la corona antes que personas.

—¿Y eso te da derecho a comprar a la chica que quería?

Mi padre se levanta entonces, su figura imponente recortada contra los ventanales góticos.

—¿Amor? Eras un niño jugando a ser Romeo. Ella aceptó el dinero sin dudarlo. ¿Eso no te dice todo lo que necesitas saber?

El golpe es certero, preciso. Diseñado para herir donde más duele. Aprieto los puños hasta que los nudillos se me tornan blancos, luchando contra el impulso de derribar todo lo que hay sobre su escritorio.

La luz del atardecer se filtra a través de los vitrales centenarios, proyectando fragmentos de color sobre los documentos oficiales y el escudo real tallado en la madera oscura. El sonido del reloj de péndulo marca cada segundo de este momento que cambiará nuestras vidas para siempre.

—No puedes hacerme esto —Las palabras escapan entre mis dientes apretados—. No puedes controlar cada aspecto de mi vida.

—Puedo y debo —Su voz resuena con la autoridad de generaciones de reyes—. Cada decisión que tomas no solo te afecta a ti, sino a millones de personas. ¿Crees que esto es sobre ti? ¿Sobre ella?

El aroma del té de Darjeeling que siempre toma a esta hora se mezcla con el olor a madera antigua y cuero. Ese aroma familiar que antes significaba hogar ahora me provoca náuseas.

—¿Y qué hay de tu decisión de mentirme? ¿De manipularme? —Cada palabra arde en mi garganta—. ¿Eso también es por el bien del reino?

Se acerca al ventanal. La luz del ocaso dibuja su perfil aristocrático, tan similar al mío que resulta doloroso mirarlo.

—Algún día entenderás que hay decisiones que solo un rey puede tomar —Su voz se suaviza, casi paternal—. Decisiones que te persiguen en la oscuridad.

—No —La palabra explota como un disparo—. No seré como tú.

Me giro hacia la puerta, pero su voz me detiene.

—Si cruzas esa puerta, Kylian, no habrá vuelta atrás.

El silencio que sigue pesa más que la corona que nunca llegaré a heredar.

—Adiós, padre.

El pasillo se extiende ante mí como un túnel interminable. Las lámparas de cristal tintinean suavemente, como si el palacio mismo contuviera el aliento.

Eleanor aparece detrás de mí como un fantasma de seda y perfume de jazmín.

—Kylian, por favor...

—No me sigas, madre.

Sus pasos se detienen, pero siento su mirada siguiéndome mientras atravieso el vestíbulo principal. Por un instante, una sensación extraña me hace girar la cabeza. Entre las sombras del corredor, creo percibir una presencia. Un destello de ojos verdes que me observan desde la oscuridad. Pero ya no importa. Nada de esto importa. Así que sigo caminando.

Las puertas de roble tallado se abren ante mí con un crujido solemne y el aire fresco de la noche me golpea el rostro cuando salgo, trayendo consigo el aroma a rosas del jardín y libertad.

Desciendo los escalones de mármol por última vez, cada paso resonando como un latido final. El motor del Aston Martin ruge a la vida, su vibración sincronizándose con la tormenta en mi interior. Las luces del palacio se desvanecen en el espejo retrovisor mientras atravieso las puertas de hierro forjado, dejando atrás dieciocho años en una jaula dorada.

Las estrellas comienzan a aparecer en el cielo nocturno, testigos silenciosos de mi exilio.

autoimpuesto. El rugido del motor ahoga cualquier duda que asoma a mí cabeza mientras acelero hacia la oscuridad, llevándome conmigo solo los fragmentos rotos de quien solía ser.

CAPÍTULO 1

KYLIAN

Las luces fluorescentes del techo se reflejan en las baldosas pulidas mientras avanzo por el pasillo principal de cirugía. Los murales con imágenes del skyline de Manhattan que adornan las paredes contrastan con los recuerdos de los tapices medievales del palacio que ocasionalmente invaden mi mente.

El aroma a antiséptico y el zumbido del aire acondicionado me dan la bienvenida mientras empujo la puerta del quirófano con el codo. Mis dedos, enfundados en látex estéril, se flexionan con anticipación. El monitor cardíaco marca un ritmo constante, hipnótico.

—Buenos días, equipo —mi voz resuena clara en la sala mientras observo los instrumentos quirúrgicos perfectamente alineados. El acero inoxidable brilla bajo las luces LED.

La Dra. Chen, mi anestesióloga de confianza, asiente mientras revisa los niveles.

—Paciente estable, doctor. Presión arterial 120/80.

El equipo de enfermería se mueve con precisión militar, preparando el quirófano. El sonido rítmico del monitor cardíaco se mezcla con el susurro de las envolturas estériles al abrirse y el tintineo metálico de los instrumentos siendo dispuestos en perfecta formación.

Mi ritual comienza: inspección metódica del campo quirúrgico, comprobación del bypass cardiopulmonar, un último vistazo a las imágenes cardíacas en la pantalla. Las enfermeras se mueven en sincronía, anticipando cada necesidad.

—Bisturí del 10 —extendiendo la mano sin apartar la mirada del punto de incisión marcado.

El metal frío encaja perfectamente en mi palma. Por un instante, el recuerdo de otras manos sosteniendo instrumentos diferentes - las de mi padre empuñando una espada ceremonial - amenaza con desestabilizarme. Lo aparto con la misma precisión con la que realizo el primer corte.

El quirófano número 4 del Presbyterian ha sido mi dominio durante los últimos cinco años. Cada baldosa, cada máquina, cada procedimiento está perfectamente calibrado según mis especificaciones. Un control que me costó años conseguir, tan diferente del que se me otorgó por nacimiento.

La cirugía avanza como una danza perfectamente coreografiada. El silencio solo se rompe por el pitido de los monitores y mis indicaciones ocasionales. Hasta que el paciente sufre una parada cardíaca en medio de la operación.

—Fibrilación ventricular —anuncia Chen.

—Desfibrilador interno, 30 julios —mi voz permanece serena mientras mis manos continúan trabajando. El equipo contiene el aliento—. Descarga en tres, dos...

El corazón vuelve a latir. La tensión en la sala se disipa como niebla bajo el sol.

Después de un par de horas casi hemos terminado sin ningún sobresalto más.

Me quito los guantes y la mascarilla mientras mi equipo cierra. El sonido del material quirúrgico tintineando contra las bandejas de acero inoxidable marca un ritmo familiar, reconfortante. Un ritmo que pertenece a esta vida que he construido, tan lejos de los ceremoniales repiques de las campanas del palacio.

—Excelente trabajo, doctor —murmura Chen mientras actualiza el registro anestésico—. Otra vida salvada.

Asiento distraídamente, mis ojos fijos en el teléfono móvil que acabo de coger del casillero. Veo

doce llamadas perdidas de mi madre y se me forma un nudo en el estómago. Ella nunca me llama. También tengo veintiocho mensajes. El último de Tristan: «Llámame. Es urgente.»

Me resisto a llamarlos. Tener noticias de casa siempre me pone ansioso.

El vestuario está vacío cuando entro. El aroma a jabón quirúrgico y desinfectante se mezcla con el olor metálico que siempre queda impregnado en la piel después de una cirugía larga. Me lavo las manos mecánicamente, observando cómo el agua rosada desaparece por el desagüe.

Una vez que me las seco marco el número de Eleanor.

—¿Kylian? —La voz de mi madre tiembla al otro lado de la línea—. Tu padre... ha fallecido esta mañana. Ha sufrido un infarto mientras dormía.

Mi madre sigue hablando, pero yo apenas puedo escucharla. Todo mi mundo se ha detenido, mi padre ha muerto.

Muerto.

Y yo no he vuelto a hablar con él desde aquella noche cuando tenía dieciocho años y me marché del palacio para no regresar jamás.

El sabor del arrepentimiento extendiéndose amargo por mi boca.

—...debemos celebrar el funeral... el consejo exige tu regreso inmediato...

Cuelgo sin decirle nada y me mentalizo para lo que va a suceder a continuación, aunque todo mi cuerpo se revela contra ello.

Tengo que regresar a Ravencross.

El taxi atraviesa la ciudad mientras las primeras noticias comienzan a aparecer en las pantallas gigantes de Times Square: «El rey de Ravencross fallece». Mi teléfono no deja de vibrar con mensajes de números que creí haber dejado atrás hace mucho tiempo.

El trayecto a casa es un borrón de luces de neón y bocinas de Manhattan. Mi apartamento, normalmente un refugio de orden y control, parece repentinamente ajeno. Las vistas a Central Park que tanto me costó conseguir ahora parecen una postal de una vida que se desvanece.

Sobre la mesa de café reposa el bisturí que mi equipo me regaló cuando hice una operación especialmente difícil. Lo tomo entre mis dedos, su peso familiar y reconfortante. En la pantalla de mi portátil, el correo de la aerolínea confirma mi vuelo a Ravencross para mañana.

En algún lugar, a un océano de distancia, las campanas doblan por un rey. Y aquí estoy yo, con un bisturí en una mano y el peso de una corona en la otra, observando cómo dos mundos colisionan en el crepúsculo de una vida que ya no me pertenece.

Las luces de los rascacielos comienzan a encenderse una a una, como estrellas artificiales que intentan competir con el recuerdo de las constelaciones sobre los jardines del palacio. El sonido distante de las sirenas de la ciudad se mezcla con el eco imaginario de las campanas de la catedral de Ravencross, creando una cacofonía que marca la colisión de mis dos mundos.

La ciudad continúa su ritmo frenético bajo mi ventana, ajena al drama que se desarrolla en las alturas. El bisturí atrapa los últimos rayos del sol, su filo tan preciso como las decisiones que tendré que tomar. Decisiones que, como las suturas que acabo de realizar, marcarán un antes y un después.

En el reflejo de la ventana, por un momento, veo al médico y al príncipe superpuestos, como una imagen doble que nunca terminará de encajar.

Doce horas. Faltan doce horas antes de que el Dr. Ashthorne deba volver a ser Su Alteza Real.

La noche cae sobre Nueva York, y con ella, la certeza de que la vida que construí, sutura a sutura, está a punto de ser desgarrada por el peso de una corona que nunca quise heredar.

Una corona que dejé atrás hace muchos años.

CHARLIE

El amanecer se cuele por los ventanales del palacio mientras ajusto mis auriculares. Mis zapatillas golpean el mármol con un ritmo constante, el eco rebotando en las paredes centenarias. Los pasillos cobran vida lentamente: el susurro de las cortinas al descorrerse, el tintineo de la vajilla, los pasos suaves del personal.

Me detengo frente al retrato del Rey Edmund que preside la entrada del castillo. La luz matinal baña su rostro severo, esos ojos grises tan parecidos a los de...

No. Control. Orden. Rutina.

No puedo permitirme pensar en Kylian.

Debería haber dejado de pensar en él después de tantos años sin verlo.

Retomo mi carrera, concentrándome en mi respiración, en el ardor de mis músculos. Los jardines reales despiertan lentamente, envueltos en la bruma del amanecer. Las rosas de Eleanor, todavía cubiertas de rocío, desprenden su fragancia mientras paso junto a los setos perfectamente podados. Los pavos reales, símbolos vivientes de la corona, observan mi rutina diaria desde sus perchas en los árboles.

—¿Madrugando como siempre? —La voz de Tristan me alcanza mientras rodeo la fuente central.

—Algunos tenemos que mantener este reino funcionando —sonríó sin detenerme.

—Te espero con café.

Veinte minutos después, limpia y cambiada, me uno a mi mejor amigo en nuestro rincón favorito del invernadero. El invernadero es nuestro refugio desde la adolescencia. Las gardenias que Eleanor plantó el año que Kylian se fue siguen floreciendo, su aroma mezclándose con el vapor de nuestro café diario.

—¿Pesadillas otra vez? —pregunta mientras me pasa mi taza.

—El trabajo no me deja dormir.

—Charlie... —sus ojos azules me estudian— Te conozco de toda la vida. Nos hemos criado prácticamente juntos.

—Y por eso deberías saber que estoy perfectamente.

Me levanto, alisando mi falda.

—Tengo una reunión con el equipo de comunicación.

—Charlie... Trabajas demasiado y el estrés te va a poner enferma.

—Estoy bien, Tris. De verdad.

Pero mientras camino hacia mi oficina, el peso del pasado me persigue como una sombra. Porque lo que Tristan no sabe es que no puedo dejar de pensar en su hermano. Lo que Tristan no entiende es que necesito centrarme en algo para no buscar alguna migaja de información sobre cómo está, qué hace.

Por eso mi vida se centra en el trabajo. En lo único que puedo controlar en esta vida.

Mi oficina es un santuario de orden y control. Los monitores parpadean con noticias internacionales mientras reviso los informes matutinos. El reloj de péndulo, regalo de mi padre cuando asumí el cargo, marca el ritmo de mis decisiones con la misma precisión que ha mantenido durante generaciones. Carpetas perfectamente etiquetadas, notas codificadas por color. El escudo real brilla en la pared, recordándome constantemente mi deber.

Eleanor, la reina, entra en mi despacho sin llamar, algo que solo ella puede permitirse. Su rostro, normalmente sereno, muestra signos de haber llorado, lo que hace que mi corazón de un vuelco y

me levante de la silla para acercarme a ella.

—Edmund... —su voz se quiebra— Ha fallecido esta mañana.

Eleanor, que siempre mantiene la compostura se derrumba en la silla frente a mi escritorio y yo corro a consolarla. No me quiero imaginar cómo se siente en este momento en el que su compañero de vida ha muerto.

Mi mente vuela al recuerdo de Kylian.

El mundo se detiene por un instante. Mi mente profesional ya está calculando comunicados de prensa, protocolos de sucesión, estrategias mediáticas. Pero una parte de mí, la niña enamorada, solo puede pensar en una cosa: la muerte del rey significa que Kylian volverá.

—Debemos anunciarlo lo más pronto posible, el pueblo tiene derecho a saberlo —continúa Eleanor.

Asiento, mi máscara profesional firmemente en su lugar. El reino necesita que mantenga la compostura y maneje esta situación con profesionalidad.

—Tendré el comunicado listo en un par de horas.

Cuando la reina se va, lo primero que hago es ir a buscar a Tristan y ofrecerle mi consuelo. Por mucho que sea un príncipe, su padre acaba de morir. No es más que otro ser humano con sentimientos que merece ser consolado. Él se aferra a mí y llora su muerte, mientras que nuestra amistad se fortalece todavía más.

—No sé qué haría sin ti —dice, separándose de mí para observarme cuando ya se ha desahogado lo suficiente. Ambos sabemos que la familia real debe mantener la compostura incluso en un momento tan duro como este.

—Nunca tendrás que descubrirlo porque siempre voy a estar a tu lado —le aseguro. Él, como respuesta, se abraza más fuerte a mí antes de volver a soltarme.

Las siguientes horas transcurren en una danza frenética de protocolos y decisiones. Los pasillos del palacio vibran con una energía contenida mientras el personal se mueve con la eficiencia silenciosa que caracteriza a las grandes crisis reales. El retrato de Edmund parece observarnos a todos, sus ojos —tan similares a los de su hijo mayor— siguiendo cada movimiento.

Tristan aparece al atardecer, cuando el último miembro del equipo se ha marchado. Se desploma en el sofá de mi oficina, ese donde tantas veces hemos compartido secretos y miedos.

Parece algo más compuesto que a la mañana, lo que me hace sentir alivio.

La luz del atardecer tiñe mi oficina de tonos cobrizos, transformando el espacio profesional en algo más íntimo. Las pantallas continúan transmitiendo noticias en silencio, sus reflejos bailando sobre las paredes tapizadas en seda crema. El escudo real, tallado en roble oscuro sobre mi escritorio, proyecta sombras elaboradas que parecen cobrar vida propia.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta suavemente.

—Profesionalmente, todo está bajo control —respondo, revisando mi tablet—. Los medios han respondido bien al comunicado inicial, la ceremonia fúnebre está organizada, y el protocolo de sucesión...

—Charlie —me interrumpe—. Sabes que no me refiero a eso.

—Oh, Tris... no deberíamos hablar de mí —desvío la atención hacia él, porque por supuesto que sé a qué se refiere y no estoy dispuesta a hablar de ello—. ¿Cómo estás tú?

—Es extraño —susurra—. Pasé tanto tiempo intentando ser el hijo que él quería, y ahora... —su voz se apaga—. Ni siquiera pude despedirme.

Lo abrazo sin decir nada, dejando que esconda su rostro en mi hombro como tantas otras veces. El aroma familiar de su colonia se mezcla con el tenue olor a sal de sus lágrimas.

—Era más fácil cuando éramos niños, ¿verdad? —murmura contra mi blusa—. Cuando podíamos escondernos en el invernadero y fingir que el mundo exterior no existía.

—Siempre serás mi mejor amigo, Tris —acaricio su pelo suavemente—. Eso nunca cambiará.

Se incorpora lentamente, secándose los ojos con la manga de su camisa en un gesto tan poco aristocrático que casi sonrío.

—Y tú la mía —me mira fijamente—. Por eso me preocupo. Con Kylian volviendo...

El silencio se extiende entre nosotros, pesado con trece años de palabras no dichas. Me levanto y me acerco a la ventana, observando cómo las sombras se alargan sobre los jardines reales. Los mismos jardines donde una vez vi a un príncipe practicar esgrima, donde lo vi marcharse para no volver, donde enterré mis sueños adolescentes.

—Han pasado trece años, Tris —murmuro finalmente—. Soy una profesional. La Directora de comunicación de la Casa Real. No esa chica de dieciséis años que...

—Que lo amaba en secreto —completa suavemente.

Me giro hacia mi escritorio, donde la foto oficial de Kylian espera ser incluida en uno de los comunicados de prensa. Sus ojos grises parecen mirarme a través del tiempo y la distancia.

La noche cae sobre Ravencross, y con ella llega la certeza que he estado evitando todo el día: después de trece años, Ky volverá a casa, y con él, todos los sentimientos que nunca logré enterrar saldrán a la superficie.

No sé cómo voy a sobrevivir a esto.

CAPÍTULO 2

KYLIAN

La medianoche transforma el palacio en un laberinto de sombras y susurros. El taxi me deja en la entrada de servicio, lejos de las cámaras y los protocolos. Una decisión calculada para retrasar lo inevitable: mi retorno oficial como heredero al trono.

Los candelabros de cristal proyectan sombras danzantes sobre las paredes revestidas de seda de damasco. El palacio nocturno tiene su propio pulso, su propia respiración, tan familiar y extraña como la sensación del aire británico en mis pulmones después de tantos años.

El personal reacciona a mi presencia como si hubieran visto un fantasma. La joven del carrito de limpieza casi deja caer su bayeta, sus ojos enormes mientras susurra una reverencia apresurada. El guardia de seguridad parpadea dos veces antes de hacer una reverencia, su mano instintivamente tocando el intercomunicador, pero deteniéndose ante mi gesto de silencio. Una doncella mayor se persigna discretamente, como si no pudiera creer que el príncipe de hielo haya regresado. Sus reacciones me confirman que sigo siendo una historia que se cuenta entre susurros por los pasillos.

Mis pasos resuenan diferentes sobre el mármol italiano. Alguien cambió las alfombras persas por otras más modernas, pero el aroma a madera antigua permanece intacto. Las sombras danzan entre las columnas mientras avanzo, reconociendo y extrañando simultáneamente cada rincón. Los retratos familiares parecen seguirme con la mirada, generaciones de Ashthorne juzgando mi regreso tardío.

La biblioteca me atrae como un imán. Era mi refugio antes de... todo. Antes de Bella, antes del soborno, antes de huir. La puerta de roble cruje suavemente al abrirla, y el aroma a cuero y papel antiguo me golpea como un puñetazo al pasado. Las estanterías han sido reorganizadas, los viejos sillones de cuero reemplazados por versiones más elegantes, pero la esencia del lugar permanece intacta.

Me quedo paralizado en el umbral ante la visión que me golpea. La reconozco al instante como si no hiciera años que no la veo. Charlie Sinclair está inclinada sobre el escritorio victoriano, y el impacto de verla me golpea como una corriente eléctrica. Ya no es la adolescente que recordaba vagamente. Esta mujer es devastadoramente elegante, con una presencia que hace que la biblioteca parezca girar a su alrededor.

La luz de la lámpara baña su perfil en tonos dorados, resaltando los ángulos delicados de su rostro, la curva elegante de su cuello. Su cabello castaño claro cae en ondas suaves sobre sus hombros, y sus dedos largos se mueven sobre el teclado con una gracia hipnótica. Lleva un vestido azul marino que se ajusta perfectamente a su figura, la tela susurrando con cada movimiento.

—Buenas noches, Lady Sinclair —mi voz suena más formal de lo que pretendía.

Ella parece congelada durante un segundo. Su espalda se tensa y la veo respirar profundamente antes de girarse hacia mí.

—Su Alteza —su tono es perfectamente profesional, pero sus ojos brillan con un sentimiento que no logro descifrar—. No esperábamos su llegada hasta mañana.

—Los circos mediáticos nunca han sido mi fuerte.

—Podríamos haber preparado un protocolo más... discreto.

—¿Necesitas tenerlo todo bajo control? —Me acerco al escritorio, observando cómo se tensa ligeramente—. Algunas cosas escapan incluso a una planificación perfecta.

—Mi trabajo es mantener el orden.

—Tu trabajo es maquillar la realidad —las palabras salen más duras de lo que pretendía, cargadas con el odio que tengo a la realeza. Al circo en el que crecí—. ¿Cuántos comunicados has preparado ya sobre mi regreso?

—Los necesarios para proteger la corona.

—La corona... —me río sin humor—. ¿Y quién nos protege a nosotros, Charlie? ¿A los seres humanos que hay debajo del título? ¿Quién te protege a ti?

No sé por qué estoy pagando con ella toda la rabia que siento dentro. No sé por qué, en este instante, su visión me hace sentir tan fuera de control.

Mi móvil vibra y lo saco solo para poder despegar los ojos de Charlie. El nombre de mi hermano brillando en la pantalla es como un recordatorio de todas las obligaciones que me esperan y que nunca he querido.

—Bienvenido a casa, Su Alteza —murmura ella, volviendo a sus documentos, dejando claro que nuestro encuentro ha terminado.

Me retiro hacia la puerta, aunque no quiero, cada paso resonando contra el mármol como un eco de decisiones pasadas. Generaciones de conocimiento encuadrado en cuero y oro, testigos silenciosos de un Ashthorne huyendo de sus responsabilidades.

Mientras me alejo por el pasillo, el sonido de sus dedos sobre el teclado me sigue como una melodía fantasmal. El palacio nocturno parece respirar a mi alrededor, sus secretos y los míos entrelazándose en la oscuridad. La corona espera, pesada con expectativas y deber.

CHARLIE

Los titulares sobre mi escritorio me persiguen: «El Príncipe perdido regresa», «De Cirujano a Rey», «Ravencross Espera a su Heredero». Paso los dedos sobre las letras negras mientras organizo la estrategia de comunicación por enésima vez. La tinta fresca de los periódicos mancha ligeramente mis dedos, como si las noticias quisieran dejar una marca física además de la emocional. Los comunicados de prensa internacionales se acumulan en mi bandeja de entrada, cada uno exigiendo una respuesta calculada, medida, perfecta.

La pantalla de mi ordenador parpadea con actualizaciones constantes: especulaciones sobre el regreso del príncipe, análisis de su vida en Nueva York, fotografías robadas de su último día en el hospital. Cada imagen, cada palabra, requiere mi atención, mi supervisión, mi capacidad para transformar la realidad en una narrativa aceptable para el público.

Las palabras de mi padre resuenan todavía: —Recuerda quién eres, Charlotte. No permitas que los sentimientos nublen tu juicio.

Como si pudiera olvidarlo. Como si cada nota meticulosa en mi agenda no fuera un intento de mantener el control cuando mi interior amenaza con desmoronarse. Los archivos perfectamente organizados sobre mi escritorio son un testimonio de años dedicados a construir una imagen impecable de la familia real, de proteger sus secretos mientras expongo solo lo necesario.

La biblioteca antigua me llama, mi refugio cuando las paredes de mi oficina se vuelven demasiado estrechas. Recojo los documentos esenciales: informes de prensa, borradores de comunicados, análisis de redes sociales. Mi tablet parpadea con mensajes sin leer de periodistas internacionales, todos hambrientos por la primicia del regreso del príncipe.

Mientras yo solo temo el momento en el que lo vuelva a ver.

Mis tacones resuenan contra el mármol mientras atravieso los pasillos nocturnos.

Las pesadas puertas de roble de la biblioteca ceden bajo mis manos, revelando mi verdadero santuario. El aroma familiar me envuelve: cuero antiguo y papel envejecido. El silencio aquí tiene peso, densidad, como si los libros contuvieran el aliento ante mi presencia.

Me detengo frente a la sección de historia, donde solía esconderme para observarlo estudiar. Tenía quince años entonces, él diecisiete. El recuerdo es tan nítido que casi puedo ver su figura inclinada sobre los textos antiguos. La manera en que sus dedos largos pasaban las páginas con reverencia, cómo su ceño se fruncía al concentrarse en un pasaje particularmente complejo. Recuerdo el modo en que se pasaba la mano por el pelo cuando estaba frustrado, cómo mordía el extremo del lápiz mientras leía. La luz de la tarde bañaba su perfil, creando sombras que memoricé en secreto, guardándolas como tesoros en lo más profundo de mi mente.

Tengo que sacarlo de mi cabeza o no seré capaz de hacer nada más.

Los documentos se deslizan sobre la superficie pulida del escritorio victoriano mientras me instalo en mi improvisado espacio de trabajo. Mi portátil cobra vida con un zumbido suave, su luz azulada mezclándose con el resplandor plateado de la luna que se cuela por los ventanales. Mis dedos vuelan sobre el teclado, intentando transformar el caos en orden, las emociones en estrategias.

Un crujido rompe el silencio. Levanto la vista y mi corazón se detiene.

Dios, no lo esperaba esta noche. No estaba preparada para verlo.

Kylian está en el umbral, alto e imponente, tan diferente y a la vez exactamente igual que en mis recuerdos. Su mirada gris me atraviesa como un relámpago en la oscuridad. La luz nocturna dibuja sombras en su rostro, acentuando los ángulos que el tiempo ha afilado, revelando al hombre en que se ha convertido. El traje oscuro que lleva es más típico de Nueva York que de Ravencross, pero su pose... su pose sigue siendo real hasta la médula.

—Buenas noches, Lady Sinclair —murmura, con una formalidad que duele como un cuchillo helado.

—Su Alteza —respondo, agradeciendo que mi voz suene firme, un logro de años de práctica en ocultar mis emociones—. No esperábamos su llegada hasta mañana.

Da un paso hacia mí. El sonido de sus zapatos italianos sobre el mármol resuena en el silencio como un latido.

—Los circos mediáticos nunca han sido mi fuerte.

—Podríamos haber preparado un protocolo más... discreto.

—¿Necesitas tenerlo todo bajo control? —Se acerca al escritorio, su presencia llenando el espacio—. Algunas cosas escapan incluso a una planificación perfecta.

—Mi trabajo es mantener el orden.

—Tu trabajo es maquillar la realidad —hay un filo en su voz que corta—. ¿Cuántos comunicados has preparado ya sobre mi regreso?

—Los necesarios para proteger la corona.

—La corona... —ríe sin humor—. ¿Y quién nos protege a nosotros, Charlie? ¿A los seres humanos que hay debajo del título? ¿Quién te protege a ti?

El diminutivo en su boca me desarma completamente. Nadie excepto Tristan me llama así ahora. La familiaridad en su voz abre grietas en la armadura que he construido durante años, amenazando con exponer todo lo que me he esforzado tanto en ocultar. Todo lo que juré mantener bajo control por el bien del reino, por el bien de mi corazón, por la promesa silenciosa que me hice aquella noche cuando lo vi partir.

Su móvil vibra. La pantalla iluminada con el nombre de mi mejor amigo me saca de mi estado alterado.

—Bienvenido a casa, Su Alteza —murmuro, volviendo a mis documentos, dejando claro que no voy a discutir nada más con él.

Cuando se marcha, me quedo mirando el vacío, siendo consciente de que no puedo estar menos preparada para su regreso.

CAPÍTULO 3

CHARLIE

Cuando el sol comienza a despuntar entro en mi oficina y veo a Tristan ya allí. Dos tazas de café humeante nos esperan, junto con los periódicos del día cuidadosamente apilados. El aroma del café premium y el suave murmullo de las noticias en los monitores crean esa atmósfera familiar que es nuestro refugio, nuestro momento de paz antes de que el palacio despierte y las responsabilidades nos reclamen.

—Madrugando como siempre —sonríe, extendiendo una taza hacia mí. La luz del amanecer dibuja sombras suaves en su rostro cansado, revelando la noche de insomnio que todos hemos sufrido por la muerte del rey.

Me dejo caer en mi silla, el cuero crujendo suavemente. Las pantallas de los monitores parpadean con las últimas actualizaciones de prensa, titulares y fotografías compitiendo por atención. Por un momento me permito este instante de normalidad, saboreando el café preparado exactamente como me gusta, con un toque de vainilla, sin azúcar y la cantidad precisa de leche.

El tiempo pasa mientras disfrutamos de la tranquilidad de estar el uno al lado del otro. Mientras me cuenta cómo se siente esta mañana, cuando ya ha asumido un poco más la muerte de su padre. Pero, de nuevo, la conversación regresa al tema candente: el regreso de Kylian.

No le digo que lo vi anoche. No quiero que Tristan se preocupe.

—Las redes sociales están enloqueciendo —murmuro, deslizando mi tablet hacia él. Las notificaciones no dejan de aparecer, cada una más sensacionalista que la anterior—. Los rumores sobre su regreso se están multiplicando.

Tristan se inclina para mirar la pantalla, su hombro rozando el mío en ese gesto familiar que siempre me reconforta. Sus ojos azules, tan diferentes a los grises que pueblan mis recuerdos, escanean los titulares mientras da un sorbo a su café.

—«El príncipe perdido regresa» —lee en voz alta, su voz mezclándose con el suave zumbido de los equipos—. Al menos son más creativos que la última vez. ¿Recuerdas los titulares de cuando se fue?

El recuerdo me golpea sin aviso: «Se ha ido, Charlie. Simplemente se ha ido.» Recuerdo como mi corazón se partió en mil pedazos. El dolor en la voz de mi mejor amigo aquella noche, la manera en que sus dedos temblaban mientras secaba mis lágrimas, la promesa silenciosa que nos hicimos de estar siempre el uno para el otro.

—Tengo que preparar un comunicado oficial —digo, enfocándome en el presente, en lo profesional, en lo que puedo controlar. Los documentos sobre mi escritorio son un ancla a la realidad, cada papel una tarea que requiere mi atención—. Eleanor quiere que manejemos la situación como si no estuviese pasando nada raro. Como si el regreso de Kylian fuese normal.

—Charlie —su mano cubre la mía, interrumpiendo mi deriva hacia el trabajo. El calor de su palma es familiar, reconfortante—. ¿Puedes con esto?

—Por supuesto —miento, pero la mirada de Tristan me dice que no me cree.

—Tu trabajo es proteger la corona —completa suavemente—. Pero ¿quién te protege a ti de Kylian?

Las palabras me golpean como un eco de la conversación de anoche en la biblioteca. El peso de la responsabilidad, del deber, de los secretos guardados durante años parece materializarse en el aire

entre nosotros. Aparto la mirada, concentrándome en las notificaciones que no dejan de aparecer en mi tablet, cada una un recordatorio de la tormenta que se avecina.

—Deberíamos ir al comedor —digo, levantándome. Mi reflejo en los monitores muestra a la profesional que he construido durante años, ni un cabello fuera de lugar, ni una grieta en la armadura—. Eleanor nos espera para el desayuno formal.

Tristan me mira durante unos segundos como si quisiera negarse, obligarme a contarle como me siento en realidad, pero algo en mis ojos parece decirle que no pienso ceder. Se levanta y me sigue en silencio mientras recorremos los pasillos. El palacio comienza a despertar lentamente, el personal moviéndose con eficiencia silenciosa, preparándose para otro día de servicio real.

Nos detenemos frente a las puertas del comedor privado. El aroma a café recién hecho y pan tostado se filtra por debajo de la puerta, junto con el murmullo apagado de voces. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, pero años de entrenamiento mantienen mi expresión serena.

—¿Lista? —pregunta Tristan, su mano encontrando la mía. El gesto es tan natural como respirar, un ancla en la tormenta que se avecina.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre, y un miembro del personal pasa junto a nosotros. El aire cambia instantáneamente, volviéndose denso, cargado. Kylian está sentado a la mesa, su presencia dominando la estancia como siempre lo hizo. Sus ojos grises se posan en nuestras manos unidas y algo oscuro cruza su mirada, como una sombra en un día soleado.

Tristan aprieta mi mano, un gesto protector que no pasa desapercibido.

—Buenos días, Eleanor —logro decir, mi voz profesional ocultando el temblor interior—. Alteza —añado, el título como un escudo entre nosotros.

Mientras nos sentamos, Tristan se inclina hacia mí, sus labios cerca de mi oído.

—Estoy contigo —susurra, su mano aun sosteniendo la mía bajo la mesa.

El desayuno comienza, y con él, una nueva era en el palacio de Ravencross.

KYLIAN

El aroma del café recién hecho se mezcla con el del pan caliente mientras entro al comedor privado, donde el luto se siente como una presencia física. La luz de la mañana se filtra por los ventanales góticos, iluminando la mesa de caoba donde tantos desayunos compartimos en el pasado, sus rayos revelando motas de polvo que danzan como pequeños recordatorios de todo lo que ha cambiado. Eleanor ya está sentada en su lugar habitual, su taza de té de jazmín humeante frente a ella, vestida completamente de negro, su figura delicada recortada contra la luz matinal como una elegante sombra de dolor contenido.

El tintineo de la porcelana fina contra los platillos de plata evoca recuerdos de otros desayunos, cuando padre presidía la mesa desde su lugar ahora vacío. Su ausencia es un vacío tangible que hace que la estancia parezca más grande, más fría. El silencio pesa como una mortaja sobre el comedor, interrumpido solo por el suave murmullo de las cortinas mecidas por la brisa y el lejano canto de los pájaros que parece fuera de lugar en esta mañana de duelo.

Los retratos familiares observan desde las paredes. El retrato de padre, recién cubierto con un velo negro según la tradición, proyecta una sombra alargada sobre la mesa, como si incluso en la muerte su presencia siguiera dominando la estancia.

—Buenos días, madre —mi voz suena extraña en el silencio solemne, casi irreverente.

—Kylian —asiente con una elegancia teñida de tristeza, sus dedos acariciando distraídamente el borde de la taza—. ¿Has dormido bien? —pregunta, pero sé que quiere decirme mucho más, a

juzgar por su mirada inquisitiva. Como, por ejemplo, por qué he llegado antes de lo que habían organizado.

Me siento frente a ella, notando los pequeños cambios en la decoración fruto de los años.

—Como se puede dormir en una cama que ya no reconoces como propia —respondo, observando cómo la luz juega con la superficie pulida de la mesa, creando reflejos que bailan como recuerdos esquivos.

—Este sigue siendo tu hogar.

—¿Lo es? —pregunto, porque ambos sabemos que no es verdad.

Voces apagadas resuenan en el pasillo antes de que la puerta se abra. Charlie y Tristan entran juntos, sus rostros marcados por el cansancio de los preparativos fúnebres. Mis ojos se dirigen a sus manos unidas y, igual que cuando éramos jóvenes, su cercanía me molesta.

—Buenos días, Eleanor —dice Charlie, su voz profesional suavizada por la compasión—. Alteza —añade al verme, la formalidad como un muro entre nosotros.

Mis ojos siguen cada uno de sus movimientos como si ella fuese un imán. Es raro conocerla de toda la vida y, a la vez, no saber quién es esta mujer elegante y preciosa.

La luz matinal revela las sombras bajo sus ojos mientras se mueve por la estancia con esa gracia real que siempre ha tenido. Su traje negro, perfectamente cortado, transmite una autoridad sutil mezclada con el respeto por el luto real.

Cuando se sientan a desayunar, Tristan se inclina sobre ella para señalar algo en su Tablet. El gesto es tan íntimo, tan natural, que me revuelve el estómago. Una punzada de algo que no quiero nombrar me atraviesa cuando ella asiente gravemente ante algo que él susurra, sus cabezas tan cerca que su pelo casi se toca.

El desayuno continúa como una ceremonia fúnebre donde cada gesto parece medido, cada palabra calibrada para no perturbar el delicado equilibrio para no hablar de lo que de verdad les preocupa a todos. Charlie revisa los detalles del protocolo mientras Tristan comenta en voz baja sobre los arreglos de la capilla ardiente. Eleanor asiente con dignidad real, sus manos temblando ligeramente al sostener su taza.

La mantequilla se derrite sobre el pan en mi plato, creando patrones que observo con fascinación distante. El reloj de pie marca cada segundo con la misma precisión implacable con que la muerte marca el fin de una era. Los pájaros guardan silencio en el jardín, como si incluso ellos sintieran el peso de la pérdida real.

Tristan se inclina nuevamente hacia Charlie, sus labios casi rozando su oído mientras discuten los últimos detalles del funeral de Estado. La taza en mis manos tiembla imperceptiblemente, y cuando levanto la vista, encuentro la mirada dolida de Eleanor. En sus ojos veo el reflejo de todo lo que hemos perdido, de todo lo que ya nunca podrá ser recuperado, de todos los desayunos familiares que ya no existirán.

CAPÍTULO 4

CHARLIE

El aroma del incienso invade la Catedral Real. Los cantos gregorianos resuenan contra las bóvedas mientras reviso la posición de cada miembro del equipo.

La luz matinal se filtra a través de los vitrales medievales, proyectando patrones multicolores sobre el féretro real. Elegí personalmente cada detalle: las flores blancas entrelazadas con el emblema real, las velas de cera de abeja que llenan el aire con su aroma dulce, la música sacra que Eleanor tarareaba durante los desayunos con Edmund.

Mi tablet vibra con mensajes del equipo de seguridad. Un movimiento discreto de mi muñeca y las puertas laterales se abren para la prensa seleccionada. Observo cómo se deslizan hacia los lugares designados, sus cámaras silenciadas según el protocolo. Todo bajo control. Todo perfecto.

Hasta que escucho el sollozo ahogado de Tristan.

Mis dedos se crispan sobre la tablet. El sonido me transporta al último funeral real, cuando sostuve su mano durante el entierro de su abuela. Era más joven entonces, menos preparada para la colisión entre el deber y el afecto.

Doy un paso involuntario hacia él, pero me detengo. La mirada de Kylian me atraviesa desde su posición junto al altar, intensa y vulnerable como nunca la he visto. Por un momento, no veo al príncipe heredero, sino al chico que encontré una tarde en la biblioteca del instituto, escondido entre los estantes de poesía francesa para huir de sus sofocantes obligaciones.

El peso de ambas miradas me paraliza. Tristan, mi mejor amigo, mi constante, necesitando el consuelo que siempre le he brindado. Y Kylian, el príncipe que debe dirigirse a su pueblo en el momento más crucial de su regreso, su dolor tan contenido que amenaza con quebrar su compostura real.

—Su Alteza —murmuro, inclinando la cabeza mientras paso junto a Kylian. El roce accidental de mi mano contra su brazo envía una corriente eléctrica por mi piel—. La prensa espera sus palabras.

Los periodistas se agitan con anticipación cuando nos acercamos al área designada. Mi equipo se mueve como una coreografía perfecta, ajustando micrófonos, verificando ángulos. El aroma del incienso es más intenso aquí, mezclándose con el perfume a cuero de la chaqueta de Kylian.

Otro sollozo de Tristan resuena en la catedral. Mi cuerpo se tensa, dividido entre el deber profesional y una lealtad forjada en años de confidencias compartidas. La mirada de Eleanor desde su reclinatorio me recuerda mi posición, el peso de la tradición que debo mantener.

Por eso me quedo donde estoy.

Kylian revisa las notas que le he preparado. Sus manos tiemblan imperceptiblemente, un detalle que solo alguien que lo ha observado durante años podría notar. Sin pensar, rozo su muñeca en un gesto que pretende ser profesional pero que contiene años de anhelo silencioso.

—El pueblo necesita a su príncipe —susurro, mi voz mezclándose con el eco de los cantos—. Pero primero, el hijo necesita despedir a su padre.

Hay gratitud en su mirada.

Sus ojos encuentran los míos, y por un momento la máscara real se desvanece. Veo al hombre bajo la corona, al hijo bajo el heredero. Mi mano aún descansa sobre su muñeca, el pulso real latiendo contra mis dedos como un secreto compartido.

Mi corazón se acelera.

KYLIAN

El peso del uniforme real me oprime el pecho mientras atravieso las puertas de la Catedral. El aroma a incienso y madera antigua me golpea, mezclándose con el perfume de las rosas blancas que decoran cada banco. Los murmullos de la multitud se apagan a mi paso.

Los vitrales medievales filtran la luz matinal, creando un caleidoscopio de colores que baila sobre los rostros solemnes de los asistentes. El aire está cargado de historia y expectación, denso con siglos de rituales funerarios reales..

Desde mi posición en la primera fila, observo a Charlie moverse entre las sombras arquitectónicas. Dirige al personal con la precisión de un director de orquesta, cada gesto medido y elegante. Su traje negro se ajusta a su figura de una manera que me distrae más de lo que debería en un momento como este. La luz juega con los reflejos cobrizos de su cabello mientras coordina la entrada de la prensa con precisión marcial.

Los fotógrafos autorizados se deslizan hacia sus posiciones asignadas bajo su mirada atenta. Me fascina cómo mantiene el control sin parecer controladora, cómo su autoridad natural fluye sin necesidad de imponerse. Sus dedos danzan sobre la tablet mientras dirige a su equipo con gestos sutiles, manteniendo el delicado equilibrio entre el protocolo y el respeto por nuestro duelo.

Tristan ya está en su sitio, la mandíbula tensa y la mirada fija al frente. Cuando me siento a su lado, noto cómo se aleja sutilmente. El espacio entre nosotros podría medirse en centímetros, pero se siente como un abismo de años. El aroma de su colonia, la misma que usaba padre, me golpea con recuerdos no deseados.

Los cantos gregorianos resuenan contra las bóvedas centenarias, recordándome todas las ceremonias a las que asistí de niño. El último recuerdo de padre emerge sin permiso: su rostro decepcionado cuando le anuncié mi partida, las palabras que quedaron atrapadas entre nosotros como fantasmas en los pasillos del palacio. El peso de ese silencio final parece materializarse en el aire denso de la catedral.

Charlie se desliza entre las columnas como una sombra eficiente, su presencia discreta pero magnética. La manera en que sus pantalones se ajustan a sus caderas mientras sube los escalones del altar, cómo sus dedos acarician distraídamente el collar de perlas mientras supervisa a los fotógrafos, la forma en que su cuello se curva cuando se inclina para susurrar instrucciones... cada movimiento parece diseñado para capturar mi atención.

—El príncipe heredero debe dar unas palabras —anuncia el arzobispo.

Me levanto, sintiendo el peso de mil miradas. Charlie aparece junto al púlpito, tan cerca que puedo percibir el sutil aroma a jazmín de su perfume. Sus ojos verdes encuentran los míos, transmitiendo una confianza silenciosa que no merezco. La forma en que muerde ligeramente su labio inferior mientras revisa una última vez el protocolo me distrae momentáneamente del peso del momento.

—Su Alteza —susurra, su voz profesional, pero con un matiz de algo más profundo—. Cuando esté listo.

El roce accidental de sus dedos al pasarme las notas envía una corriente eléctrica por mi piel. Por un momento, el mundo se reduce a ese punto de contacto, a la manera en que su respiración se entrecorta ligeramente, al modo en que sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas cuando baja la mirada.

La ceremonia continúa su curso inexorable entre rituales ancestrales y cánticos sagrados. Solo aliviado por las palabras de Charlie cuando me recuerda que soy un hijo que ha perdido a su padre antes que un príncipe. Su preocupación me conmueve.

La forma en la que mantiene todo bajo control con eficiencia, me irrita y me cautiva a partes iguales. Es como observar una obra de arte en movimiento, cada gesto calculado pero natural, cada mirada significativa pero discreta.

El incienso asciende en espirales hipnóticas mientras la observo coordinar cada aspecto del funeral con una gracia que parece formar parte del propio ritual. Entre el dolor y el deber, entre el arrepentimiento y la admiración, mi mirada sigue encontrando la suya, solo para verla desviarse hacia Tristan una y otra vez.

Y cuando finalmente nuestras miradas se cruzan durante la convocatoria final, el calor en sus ojos verdes antes de que los desvíe hacia mi hermano me recuerda que algunas pérdidas van más allá de la muerte. En ese momento, bajo las bóvedas centenarias de la catedral, entiendo que he perdido más que un padre: he perdido todas las lealtades que alguna vez pudieron ser mías.

CAPÍTULO 5

CHARLIE

Después del funeral, cuando llegamos al despacho real, permanezco de pie junto al escritorio de caoba mientras Kylian pronuncia las palabras que temía escuchar.

Que todos temíamos escuchar.

—No seré rey. Abdicaré mañana mismo.

El silencio que sigue es denso, casi tangible. El roce de los papeles que sostiene mi padre resuena como un trueno. Eleanor ahoga un gemido. Mis ojos buscan instintivamente a Tristan, que permanece inmóvil como una estatua.

Al ver que ninguno toma el control decido hacerlo yo.

—Eso es imposible —mi voz suena más firme de lo que me siento—. La monarquía no sobreviviría al escándalo.

Kylian se gira hacia mí, sus ojos grises brillando con desafío. Da un paso en mi dirección y el sutil aroma de su aftershave invade mis sentidos, recordándome dolorosamente a aquellas tardes en la biblioteca cuando éramos adolescentes.

—¿Y qué sugieres, Lady Sinclair? ¿Que finja ser algo que no soy?

—Sugiero que nos des seis meses —mantengo mi voz profesional, aunque su cercanía me altere—. Necesitamos que nos des tiempo para una transición ordenada, para preparar al pueblo.

—Charlie tiene razón —interviene mi padre con voz pausada—. Una abdicación inmediata sería interpretada como una crisis institucional.

Tristan se levanta despacio, su rostro una máscara de control que conozco demasiado bien. Le he visto perfeccionarla durante años, en cada clase de protocolo, en cada ensayo para ocupar el lugar que su hermano abandonó.

—Por una vez en tu vida, Kylian —dice con una calma que no le llega a los ojos—, podrías pensar en alguien más que en ti mismo.

La tensión entre los hermanos electrifica el aire. Me muevo instintivamente entre ellos, mi mano rozando el brazo de Kylian al intentar mediar. Necesito que dirija su atención hacia mí. En este momento Tristan solo está agravando la situación.

—Seis meses —repito—. Es todo lo que pedimos. Después podrás hacer lo que consideres mejor para ti y para el reino.

Kylian no dice nada. Solo me mira.

Eleanor se acerca a la ventana, sus dedos jugando nerviosamente con el collar que Edmund le regaló en su último aniversario. La luz del atardecer dibuja patrones dorados sobre el escritorio de caoba, donde los documentos de sucesión esperan como bombas de relojería.

—La prensa internacional ya está especulando —continúo, deslizando mi tablet sobre la superficie pulida—. Una abdicación inmediata confirmaría sus peores teorías.

Mi padre asiente imperceptiblemente mientras revisa los titulares que he preparado. Reconozco en su gesto la misma expresión que ponía durante mis prácticas de protocolo, cuando sabía que tenía razón, pero quería que llegara a la conclusión por mí misma.

—Los mercados financieros reaccionarían negativamente —añade con la autoridad de décadas aconsejando a la corona—. La estabilidad del reino...

—Al diablo con la estabilidad —interrumpe Kylian, pero noto la grieta en su armadura de

indiferencia.

Me acerco al mueble bar, sirviendo agua en las copas de cristal tallado. El tintineo del hielo corta la tensión momentáneamente. Cuando me giro, Tristan está mirando el retrato de su padre, ahora cubierto con el velo negro tradicional.

—Durante estos años —dice sin apartar la mirada del retrato—, mientras tú salvabas vidas en Nueva York, yo aprendía cada detalle de cómo ser rey. No porque lo deseara, sino porque alguien tenía que hacerlo. Solo te estamos pidiendo seis meses antes de que puedas volver a largarte.

El silencio que sigue pesa más que la corona que descansa en su vitrina. Observo cómo Kylian absorbe las palabras de su hermano, cómo su mandíbula se tensa bajo la luz mortecina.

—Los términos son simples —retomo, mi voz profesional ocultando el tumulto interior—. Seis meses de transición controlada. Sin escándalos, sin especulaciones. Una abdicación planificada que el pueblo pueda aceptar. Después, Tristán ocupará el trono.

El despacho parece encogerse mientras esperamos su respuesta. Las sombras se alargan por las paredes, como si el tiempo mismo contuviera el aliento. Eleanor ha dejado de jugar con su collar, sus ojos fijos en sus hijos con una mezcla de esperanza y resignación.

Kylian se acerca al ventanal, su silueta recortada contra el cielo del atardecer. Por un momento, veo al adolescente que solía observar desde lejos, el príncipe que prefería la biblioteca a las ceremonias reales.

—Seis meses —dice finalmente, cada palabra destilando amargura—. Ni un día más.

El alivio colectivo es casi audible. Mi padre comienza a ordenar los documentos mientras Eleanor se acerca a Kylian, aunque se detiene antes de tocarlo. La distancia entre madre e hijo es otro recordatorio de todo lo que se rompió hace tantos años.

Tristan roza mi mano, un gesto de gratitud y apoyo que hemos perfeccionado durante años. Observo cómo Kylian firma los documentos preliminares, cada trazo de su pluma como una pequeña derrota. La amargura en su rostro me rompe el corazón, pero el suave apretón de Tristan en mi mano me recuerda dónde deben estar mis lealtades.

El sol termina de ocultarse tras las montañas de Ravencross, sumiendo el despacho en sombras que la lámpara de escritorio apenas logra disipar. Los términos están acordados, los papeles firmados, el destino del reino sellado por seis meses más. Pero mientras observo a los hermanos Ashthorne evitar mirarse, me pregunto cuánto más que la corona está realmente en juego.

KYLIAN

Me arranco la chaqueta del uniforme de gala y la arrojo sobre el sofá de cuero como si quemara. El despacho real parece querer asfixiarme con cada respiración.

El peso de la corona familiar, expuesta en su vitrina de cristal, se burla de mí. Trece años. Trece malditos años construyendo una vida propia, salvando vidas en lugar de fingir que me importa la política real, y ahora...

—No seré rey —las palabras explotan en mi garganta—. Abdicaré mañana mismo.

Eleanor ahoga un gemido. El sonido me transporta a otra noche, hace trece años, cuando ese mismo gemido acompañó mi partida. Tristan, junto a la ventana, se tensa visiblemente. Ya no es el adolescente destrozado que dejé atrás, suplicándome que me quedara. Ahora es un hombre que apenas reconozco, con la misma elegancia natural de nuestro padre. El parecido me revuelve el estómago.

Charlie Sinclair da un paso al frente, y por un momento me cuesta respirar. Su perfume a jazmín

invade mis sentidos, mezclándose traicioneramente con recuerdos de tardes en la biblioteca que creía enterrados. La observo mientras expone razones, cifras, consecuencias. Su voz, profesional y controlada, debería irritarme, pero hay algo en la manera en que sus dedos aprietan la tablet, en cómo su mirada verde sostiene la mía sin vacilar, que me desconcierta.

Ya no es la chica tímida que solía esconderse tras los estantes. Esta mujer maneja el poder con la misma naturalidad con la que yo manejo un bisturí, y la comparación me inquieta más de lo que debería.

Lord Sinclair apoya los argumentos de su hija con la misma voz pausada que recuerdo de mi infancia. Hablan de seis meses, de preparar al pueblo, de una transición suave. Cada palabra es una cadena más que intenta atarme a un destino que juré no aceptar jamás.

Observo la mirada que Charlie intercambia con Tristan, ese tipo de comunicación silenciosa que solo viene de años de intimidad compartida. Una punzada inesperada de algo que se parece demasiado a los celos me atraviesa el pecho. Durante mi ausencia, mi hermano y ella han creado un vínculo todavía más fuerte entre ellos.

La ironía de la situación me golpea como una bofetada: mientras yo salvaba vidas en Nueva York, construyendo la libertad que tanto anhelaba, ellos estaban aquí, preparándose para el momento en que la corona reclamara su precio. Mi hermano pequeño, al que abandoné, será quien herede el peso que tanto he despreciado.

El tic-tac del reloj marca cada segundo como una cuenta regresiva hacia mi rendición. Las palabras de Charlie sobre estabilidad y deber resuenan en mi cabeza, mezclándose con el recuerdo de mis últimas cirugías en Manhattan. La vida que construí, el respeto que gané por mis propios méritos, todo parece desvanecerse bajo el peso de siglos de tradición.

Charlie se mueve por el despacho con una familiaridad que me irrita. Conoce cada rincón, cada secreto de estas paredes mejor que yo. La observo mientras organiza documentos sobre el escritorio de padre, no, mi escritorio ahora, y el contraste entre la adolescente que recordaba y esta mujer segura de sí misma me desconcierta. ¿Cuándo dejó de ser la chica tímida que se sonrojaba cada vez que la miraba?

Miro a Tristán, recordando cuando éramos inseparables, cuando mi hermano pequeño me miraba como si tuviera todas las respuestas. Ahora apenas reconozco al hombre en que se ha convertido: elegante, político, todo lo que padre quería que yo fuera.

El despacho parece encogerse con cada respiración. Este lugar guarda demasiados recuerdos: las interminables lecciones de protocolo, las discusiones con padre, la última vez que lo vi con vida. El aroma a cuero y madera antigua se mezcla con fantasmas de conversaciones pasadas, promesas rotas, expectativas que nunca quise cumplir.

—Los términos son simples — la voz de Charlie corta a través de mis pensamientos—. Seis meses de transición controlada. Sin escándalos, sin especulaciones. Una abdicación planificada que el pueblo pueda aceptar. Después, Tristán ocupará el trono.

«Simple». La palabra sabe ácida en mi boca. Como si fuese simple fingir ser algo que no soy.

No como Tristan. Él sí que quiere ser rey. Él sí que puede cumplir con las expectativas de todos los presentes en el despacho. Incluidas las de su mejor amiga, que me mira con ojos acusadores.

Mi hermano se ha convertido en un hombre que no conozco. En un hombre tan parecido a nuestro padre que siento escalofríos.

El silencio que sigue es denso, cargado de trece años de ausencia y reproches no dichos. Eleanor permanece en las sombras, su presencia un recordatorio silencioso de todo lo que dejé atrás. Lord Sinclair observa el intercambio con la paciencia de quien ha visto demasiadas crisis dinásticas.

Y el peso de la realidad me golpea: no puedo negarme.

—Seis meses —las palabras saben a ceniza en mi boca—. Ni un día más.

Charlie asiente, sus ojos verdes brillando con algo que podría ser comprensión o lástima. No quiero ninguna de las dos cosas. Sus dedos rozan los míos al pasarme los documentos para firmar, y el contacto envía una corriente eléctrica por mi piel que me enfurece aún más. No tengo derecho a sentir nada, no después de tanto tiempo, no por la mejor amiga de mi hermano.

Tristan mantiene su distancia, pero puedo sentir su mirada sobre mí, probablemente preguntándose cuánto tardaré en huir esta vez. La manera en que se coloca protectoramente junto a Charlie no me pasa desapercibida. El mensaje es claro: ella es su aliada, no mía. Como todo lo demás en este maldito palacio, la he perdido antes de tener la oportunidad de tenerla.

La corona en su vitrina parece brillar con más intensidad, como si supiera que ha ganado esta batalla. Por ahora. Pero mientras firmo los documentos que me encadenan a seis meses de farsa real, mi mente ya está calculando el tiempo que falta para recuperar mi libertad.

El sol se pone tras las montañas de Ravencross, tiñendo el despacho de sombras violáceas. Charlie y Tristan intercambian otra de sus miradas cómplices, y algo en mi pecho se contrae. En trece años, he salvado cientos de vidas, he reconstruido corazones rotos, he dado segundas oportunidades. Pero aquí, en el corazón del reino que nunca quise heredar, me pregunto si algunas cosas están demasiado rotas para ser reparadas.

CAPÍTULO 6

KYLIAN

Los pasillos del palacio son diferentes de noche. El mármol bajo mis pies parece absorber el eco de mis pasos, como si el edificio mismo contuviera el aliento. Las sombras danzan entre las columnas mientras avanzo sin rumbo, el peso del acuerdo que acabo de firmar aplastándome como una losa. Los retratos familiares me observan desde las paredes, sus ojos siguiéndome en la penumbra como recordatorios silenciosos de todas las expectativas que nunca quise cumplir.

Mi móvil no ha dejado de vibrar desde hace horas. Mensajes de mi equipo, notificaciones del hospital, correos urgentes de mis residentes. Una vida entera condensada en una pantalla de seis pulgadas.

Cuando el teléfono vuelve a sonar, la foto de mi jefe de departamento ilumina la pantalla. El Dr. Morrison, el hombre que me dio una oportunidad cuando todos solo veían a un príncipe jugando a ser médico.

—Por fin contestas —su voz suena preocupada—. Los rumores son ciertos, ¿verdad? ¿Estás abandonando el programa?

—No lo llamaría abandonar... —Las palabras saben amargas.

—Kylan, tenemos tres trasplantes cardíacos programados para este mes. La pequeña Sarah, el caso Thompson, el bebé Williams... —hace una pausa—. Tu equipo está esperando instrucciones. Los residentes están perdidos.

Cierro los ojos, apoyándome contra una columna. El frío del mármol atraviesa mi camisa, anclándome a la realidad mientras las imágenes de mis pacientes desfilan por mi mente.

—Harrison puede hacerse cargo —mi voz suena más firme de lo que me siento—. Conoce los casos, ha estado en todas las consultas.

—Harrison es bueno, pero no es tú. Los padres de Sarah específicamente te pidieron a ti.

El recuerdo de la última consulta me golpea: Sarah mostrándome orgullosa cómo sus dedos ya podían sostener el arco del violín, sus padres mirándome con esa mezcla de miedo y esperanza en los ojos. «Confían en usted, Dr. Ashthorne», había dicho su madre. No en el príncipe. En el doctor.

—Me tengo que retirar durante seis meses —las palabras salen como una disculpa—. El consejo real exige...

—¡Al diablo con el consejo real! —Morrison nunca me ha tratado como si fuera de la realeza, es una de las razones por las que lo respeto tanto—. Eres uno de los mejores cirujanos cardiotorácicos que he visto. No puedes simplemente...

—¿Crees que no lo sé? —mi voz resuena en el pasillo vacío—. ¿Crees que quiero esto? Pasé años construyendo una vida, una identidad más allá de esta maldita corona, y ahora...

El silencio al otro lado de la línea pesa tanto como el escudo real sobre mi cabeza.

—Tus residentes preguntan por ti —dice finalmente—. Roberts casi llora cuando se enteró.

Roberts. Mi mejor residente. La imagen de su rostro concentrado durante su primera cirugía en solitario me atraviesa como un cuchillo. Le prometí que lo supervisaría durante su primer trasplante.

—Diles... —¿qué puedo decirles? ¿Que el deber real es más importante que las vidas que podríamos salvar juntos?—. Diles que lo siento.

La llamada termina y el silencio del palacio me envuelve como una mortaja. Mis pasos me llevan sin rumbo, huyendo de una corona que pesa más con cada segundo. El aire nocturno se cuela por

los ventanales góticos, trayendo consigo el aroma de los jardines de Eleanor y ese inconfundible olor a piedra antigua y tradición. Tan diferente al antiséptico y café fuerte del hospital. Tan lejos de la vida que construí.

Me encuentro frente a las puertas de la cocina sin saber cómo he llegado hasta aquí. Era el refugio favorito de Tristan cuando éramos adolescentes. Donde solía esconderse con...

Empujo la puerta y los recuerdos me golpean como una avalancha. La risa de Charlie resonando entre las ollas de cobre, su cabello brillando bajo las luces de la cocina mientras Tristan intentaba enseñarle a hacer galletas. Tenía dieciséis años entonces, y su sonrojo cada vez que me veía pasar era tan evidente que me obligaba a mantener la distancia. Por Tristan.

Las cocinas están silenciosas ahora, pero los fantasmas del pasado pueblan cada rincón. Puedo ver a Charlie, con delantal sobre su uniforme del instituto, intentando descifrar una receta antigua mientras Tristan la molestaba salpicándole harina. La forma en que sus ojos verdes brillaban cuando lograba que algo saliera bien, cómo se mordía el labio inferior en concentración, el modo en que su risa llenaba el espacio...

Me apoyo contra la isla de la cocina, el mármol frío bajo mis palmas un ancla a la realidad. Las ollas de cobre cuelgan exactamente donde siempre han estado, testigos silenciosos de tantos momentos robados. El aroma a especias y mantequilla persiste en el aire, mezclándose con memorias que no tengo derecho a conservar.

¿Cuántas veces me detuve en esta misma puerta, observándolos sin ser visto? Charlie y Tristan, construyendo una complicidad que yo nunca me permití tener con ella. Mi hermano pequeño encontrando en ella el apoyo que yo le negué al marcharme.

El sonido de tacones sobre el mármol me arranca de mis pensamientos. Me giro y allí está ella, tan diferente y a la vez exactamente igual que en mis recuerdos. Charlie Sinclair, con su traje sastre impecable y su tablet bajo el brazo, parece tan sorprendida de verme como yo a ella.

—Su Alteza —murmura, y el título suena como una barrera entre nosotros—. No esperaba encontrarlo aquí.

La observo mientras avanza hacia la isla de la cocina, sus movimientos tan seguros como antes eran tímidos. El aroma a jazmín de su perfume se mezcla con el olor a pan y especias, creando una combinación que amenaza con destruir todas mis defensas. La luz tenue de la cocina juega con los reflejos cobrizos de su cabello, y por un momento veo a ambas Charlie superpuestas: la adolescente que reía con harina en la nariz y la mujer que ahora maneja el destino de mi corona.

CHARLIE

El mensaje de Tristan parpadea en mi pantalla: «Mantén la distancia, Charlie. Por favor.» Lo ignoro, como he ignorado los otros cinco anteriores.

Necesito comer algo o me desmayaré. No recuerdo haber comido nada desde el desayuno.

Cuando empujo la puerta, me quedo paralizada.

Kylian está apoyado contra la isla de la cocina, la luz tenue dibujando sombras en su rostro que lo hacen parecer más humano que el príncipe distante que siempre fue. Por un momento, vuelvo a ser esa adolescente invisible, observándolo desde lejos mientras él pasaba por los pasillos sin dignarse a mirarnos, demasiado ocupado con sus propios dramas para notar a la mejor amiga de su hermano pequeño.

—Su Alteza —murmuro, usando el título como un escudo—. No esperaba encontrarlo aquí.

Me adentro en la cocina, cada paso resonando contra el mármol. El frío de la superficie bajo mis

manos contrasta con el calor que emana de su presencia.

—¿Siempre eres tan formal, Lady Sinclair? —hay un toque de irritación en su voz.

—El protocolo es importante, Su Alteza —respondo automáticamente, años de entrenamiento guiando mis palabras.

—El protocolo puede irse al infierno a las... —mira su reloj— dos de la madrugada.

Una sonrisa amenaza con traicionarme. Es tan diferente al adolescente distante que recordaba, y a la vez tan similar en su rebeldía.

—Las cocinas siempre han sido un buen lugar para escapar —comento, manteniendo un tono neutral mientras me acerco a preparar té, necesitando algo que hacer con mis manos.

—¿Por eso pasabas tanto tiempo aquí con Tristan?

Su pregunta me sorprende. Nunca pensé que hubiera notado nuestras escapadas adolescentes.

—No creí que se acordara. Apenas nos miraba entonces.

—Llámame Kylian —dice de repente—. Al menos aquí, donde las paredes no tienen oídos reales.

El agua hierve, su sonido mezclándose con la lluvia. Mis manos tiemblan ligeramente mientras preparo las tazas.

—No sería apropiado.

—¿Qué hay de apropiado en esta situación? —su risa es amarga—. El príncipe exiliado que vuelve a regañadientes y la Directora de comunicación que es la mejor amiga de su hermano, encontrándose a escondidas en las cocinas.

—No estamos a escondidas —protesto, aunque siento el calor subir por mis mejillas.

—No, supongo que no —se acerca, tomando la taza que le ofrezco—. Pero tampoco estamos siendo quienes se supone que debemos ser, ¿verdad?

Hay algo en su tono que me hace mirarlo. La máscara de arrogancia ha caído, revelando un cansancio que me resulta familiar. Lo he visto antes en el espejo, cuando el peso de las expectativas se vuelve demasiado.

—A veces —dice después de un largo silencio—, miro estos pasillos y no reconozco nada. Ni siquiera a mí mismo.

Mi corazón se aprieta, pero mantengo mi voz profesional.

—El palacio ha cambiado mucho durante estos años.

—No me refiero al palacio —sus ojos encuentran los míos sobre el borde de la taza—. ¿Cómo se supone que debo gobernar un reino que ya no siento como mío?

La vulnerabilidad en su voz me sorprende. Este no es el príncipe arrogante de siempre, sino algo más real, más crudo.

—Nadie espera que sepa hacerlo todo desde el primer día —respondo cuidadosamente—. Para eso estamos aquí. Para ayudar en la transición.

—¿Es eso lo que soy? ¿Una transición que gestionar?

—No —la palabra sale más suave de lo que pretendía—. Es el futuro rey de Ravencross, al menos durante los próximos seis meses.

—Un rey que no sabe cómo serlo —admite, y la amargura en su voz hace que mis defensas profesionales se tambaleen.

—Entonces permita que le ayudemos... que te ayude —me corrijo, y el cambio en el pronombre hace que algo cambie en el aire entre nosotros.

Me mira como si me viera por primera vez, realmente me viera. No a la niña que fui, no a la Directora de comunicación que soy, sino a mí. El momento se estira, denso con posibilidades que

no me atrevo a nombrar.

El sonido de la puerta abriéndose nos sobresalta. Tristan está en el umbral, su expresión una mezcla de preocupación y algo más profundo que me encoge el corazón.

—Charlie —dice simplemente, pero su tono lo dice todo—. ¿Está todo bien?

Me aparto instintivamente, la culpa pesando en mi estómago, aunque técnicamente no haya hecho nada malo. Sé que tiene miedo de que la presencia de Kylian me dañe, pero ya no soy una adolescente impresionable, ahora soy una mujer segura de sí misma.

—Por supuesto. ¿Nos vamos? —le pregunto a Tristán para salir de esta situación cuanto antes—. Buenas noches, Su Alteza —murmuro, volviendo al título formal como un salvavidas.

Como un acto que marca una distancia entre nosotros.

Mientras sigo a Tristan fuera de la cocina, siento la mirada de Kylian en mi espalda. La lluvia sigue cayendo, lavando el momento, pero no los sentimientos que han estado enterrados durante tantos años.

CAPÍTULO 7

CHARLIE

Llego una hora antes para repasar cada detalle. La sala del consejo está en silencio, solo el reloj de péndulo marca el tiempo mientras reviso por última vez las carpetas. El aroma a café recién hecho se mezcla con el olor a madera antigua y cuero. La luz de la mañana se filtra por los ventanales, dibujando patrones sobre la mesa de caoba donde tantas decisiones reales se han tomado.

Mis dedos rozan el asiento que ocupará Kylian, y por un momento el recuerdo de anoche en las cocinas amenaza mi compostura profesional. Su «llámame Kylian» resuena en mi memoria, tan diferente al príncipe distante que todos esperan.

El equipo legal llega primero, vistiendo trajes impecables y expresiones solemnes. Después aparece Eleanor, elegante en su luto, ocupando su lugar con esa gracia que siempre he admirado. Mi padre entra último, seguido de Tristan, y su mirada de aprobación al ver todo preparado me reconforta momentáneamente.

Solo falta Kylian. El tiempo se dilata hasta que se hace dolorosamente evidente que no va a llegar a la hora.

Mi padre mantiene su postura imperturbable en la cabecera, pero reconozco la tensión en sus dedos mientras ajusta sus gemelos de oro, un gesto que solo hace cuando está conteniendo su irritación. Eleanor intenta disimular su preocupación tras su taza de té. Tristan, en cambio, no se molesta en ocultar su incomodidad.

Los murmullos del equipo legal crecen con cada minuto de retraso. El secretario de protocolo consulta su reloj por quinta vez, mientras los asesores intercambian miradas significativas.

La puerta se abre de golpe. Kylian entra como si el retraso de veinte minutos no significara nada. El aroma de su aftershave invade la sala, y me odio por notar lo bien que le sienta el corte de su traje.

—Buenos días —dice, su voz un perfecto equilibrio entre autoridad y desdén—. ¿Empezamos?

Me tenso involuntariamente. La forma en que se mueve por la sala, como si le perteneciera, hace que algo se revuelva en mi estómago. Irritación, me digo. Es solo irritación.

—Su Alteza —mi padre inclina la cabeza con una cortesía que hace que el retraso parezca aún más insultante—. Nos complace que haya podido unirse a nosotros.

Kylian toma asiento frente a mí, ignorando deliberadamente la carpeta que le he preparado. Saca su móvil y lo coloca sobre la mesa, con la pantalla hacia arriba. Sus ojos encuentran los míos por un momento, y hay algo en ellos que me desconcierta. ¿Dónde está el hombre vulnerable de anoche?

—Antes de que empecemos —dice, recorriendo la mesa con la mirada—, quiero dejar algo claro. Esto es temporal. Seis meses, ni un día más. Todo lo que planifiquen, todo lo que preparen, debe tener en cuenta que después, la corona, será responsabilidad de Tristan.

El recuerdo de su falta de interés en la corona es como una bofetada en nuestras caras.

El silencio que sigue es denso. Veo a mi padre tensarse, a Eleanor palidecer ligeramente. Uno de los asesores legales garabatea algo en su libreta, como si necesitara ocupar sus manos.

—La agenda de hoy... —comienzo, intentando reconducir la situación.

—¿Realmente necesitamos una agenda? —interrumpe, sus ojos grises encontrando los míos con un destello de desafío.

Su móvil vibra. Lo mira inmediatamente, sus dedos tecleando una respuesta rápida. El desprecio por la reunión es tan evidente que casi resulta cómico.

—La primera aparición pública debe programarse cuanto antes —insisto, manteniendo el tono profesional—. Sugiero que asista a la inauguración de la exposición de arte en el ala pública del palacio, este viernes.

—Arte —repite con una sonrisa sardónica—. Qué apropiado. El príncipe pródigo admirando cuadros.

—Es un evento controlado —interviene mi padre, su voz diplomática ocultando su irritación—. El público estará preseleccionado, la prensa limitada...

—Un escenario perfectamente orquestado —Kylian se recuesta en su silla—. ¿Y después qué? ¿Besaré bebés? ¿Cortaré cintas?

—Es un comienzo —mantengo la compostura—. El pueblo necesita ver a su futuro rey...

—A su futuro rey temporal —corrige, y hay algo afilado en su tono—. No nos engañemos, Lady Sinclair. Esto es teatro, y todos aquí somos actores.

La reunión continúa así durante dos horas: cada punto de la agenda es recibido con un comentario sarcástico, cada tradición cuestionada, cada protocolo desafiado. Y, sin embargo, entre líneas, sus preguntas revelan una comprensión más profunda de la que aparenta. Observo cómo mi padre intenta mantener el rumbo, cómo Eleanor interviene ocasionalmente para suavizar tensiones, cómo Tristan permanece inusualmente silencioso y extremadamente molesto.

Cuando finalmente terminamos, el alivio en la sala es palpable. Eleanor se retira primero, seguida por el equipo legal. Mi padre se detiene en la puerta, su mirada encontrando la mía con preocupación paternal antes de salir.

Pero las palabras de Kylian rompen la falsa tranquilidad.

—Estaré puntual el viernes —dice levantándose con una gracia felina—. Donde tenga que estar, cuando tenga que estar. No se preocupe, Lady Sinclair, sé interpretar mi papel.

Se va sin esperar respuesta, dejando tras de sí un rastro de su aftershave y la sensación de que, de alguna manera, ha controlado cada momento de este desastre.

—Charlie... —la voz de Tristan me devuelve a la realidad.

—No empieces —recojo mis carpetas, necesitando ocupar mis manos—. Es solo el primer día.

—Precisamente —su tono está cargado de preocupación—. Ten cuidado. Mi hermano quiero poner las cosas difíciles. No le dejes que se meta bajo tu piel.

No pregunto a qué se refiere. No necesito hacerlo. Ambos sabemos que no está hablando de la reunión.

Mientras salgo de la sala, las últimas palabras de Kylian resuenan en mi mente. «Sé interpretar mi papel.» El problema es que, por primera vez en mi carrera, no estoy segura de poder mantener el mío.

KYLIAN

Llego puntual a la inauguración, más para descolocarlos a todos que por cortesía. El ala pública del palacio resplandece bajo las luces de la tarde haciéndola parecer mágica, pero mi atención se desvía inmediatamente hacia ella.

Charlie Sinclair se mueve entre los invitados como si danzara, cada gesto medido con una precisión que resulta hipnótica. Su vestido azul marino se ajusta a sus curvas de una manera que debería ser ilegal en un evento oficial. La observo mientras da instrucciones a su equipo, sus dedos jugando distraídamente con su pulsera mientras habla. ¿Cuándo aprendió a moverse así, con esa confianza que hace que todos orbiten a su alrededor?

—Su Alteza —me saluda un periodista, bloqueando mi línea de visión—. ¿Sus primeras impresiones sobre la exposición?

—Fascinante —respondo automáticamente, mis ojos buscándola de nuevo—. Como ver la historia familiar en technicolor.

Charlie aparece a mi lado como si la hubiera convocado con el pensamiento. El aroma de su perfume me golpea, jazmín y algo más profundo, más personal.

—El periodista del Times espera por su comentario sobre la pieza central —murmura, profesional y distante, tan diferente a la mujer de la cocina hace dos noches.

—Por supuesto —sonríó con ironía—. No podemos decepcionar a la prensa.

Se tensa ligeramente cuando rozo su brazo al pasar. Es un gesto deliberado por mi parte, lo admito. Hay algo adictivo en la manera en que contiene la respiración cuando me acerco demasiado.

La observo mientras coordina el evento desde las sombras. La forma en que sus ojos escanean constantemente la sala, anticipando problemas antes de que surjan. Cómo su mano derecha sostiene la tablet mientras la izquierda gesticula sutilmente, dirigiendo a su equipo sin que nadie más lo note. Es como ver una obra de arte en movimiento, y me encuentro queriendo descifrar cada pincelada.

Mi móvil vibra. Otro mensaje del hospital. Otro recordatorio de la vida que dejé en pausa. Pero por primera vez desde que volví, no es lo primero que capta mi atención.

—Lady Sinclair —la llamo, solo para ver cómo se tensa al oír mi voz—. ¿No debería la Directora de comunicación explicarme la importancia histórica de este retrato? —digo señalando el cuadro que tengo más cerca sin prestar realmente atención a lo que es.

Ella se acerca con esa mezcla de elegancia y cautela que parece reservada solo para mí.

—¿Ahora muestra interés por la historia familiar, Su Alteza?

Su tono es profesional, pero hay un destello de desafío en sus ojos verdes que me hace sonreír. Esta versión de Charlie, toda eficiencia y control apenas contenido, me intriga más que la tímida adolescente que recordaba.

—Digamos que tengo curiosidad por su... perspectiva.

Tristan aparece entonces, colocándose protectoramente junto a ella. La familiaridad con que ella le sonríe hace que algo se retuerza en mi estómago. Por supuesto, olvida lo que le había pedido y eso solo me hace desear su atención sobre mí todavía más.

Parece que mi hermano se ha propuesto mantenerla alejada de mí.

Pero eso no logra que mis ojos la abandonen ni un solo momento.

La observo manejar una crisis menor con un fotógrafo del Times. Sus manos se mueven con elegancia mientras explica algo, y me encuentro estudiando la forma en que su cuello se tensa cuando está conteniendo su irritación. Decido intervenir, más por el placer de desestabilizarla que por verdadero interés.

—¿Algún problema, Lady Sinclair? —mi voz la hace girarse bruscamente.

—Nada que deba preocuparle, Su Alteza —responde, pero noto cómo sus dedos aprietan la tablet.

—Insisto —me acerco más de lo necesario—. Después de todo, soy el protagonista de este... ¿cómo lo llamaste? Ah, sí, «evento controlado».

Sus ojos verdes me estudian con una mezcla de irritación y algo más que no logro descifrar.

—El fotógrafo sugiere algunas tomas menos... tradicionales.

—¿Y eso te molesta? —sonríó, sabiendo que mi cercanía la incomoda—. ¿No es la modernización de la imagen real parte de tu trabajo?

—La tradición y la modernidad deben encontrar un equilibrio —responde, profesional como

siempre, pero hay un temblor en su voz que me satisface.

—¿Como tú y yo? —las palabras salen antes de que pueda contenerlas.

Se tensa visiblemente, y por un momento veo a la adolescente que solía sonrojarse cuando me cruzaba por los pasillos. Pero se recupera rápidamente.

—Como la corona y el deber, Su Alteza —su tono es cortante—. Algo que estoy segura comprenderá... eventualmente.

Touché.

Después de ese golpe se separa de mí, dejándome con la palabra en la boca.

La observo alejarse, admirando muy a mi pesar la forma en que mantiene la compostura. Esta nueva Charlie es un desafío constante, tan diferente a las mujeres que he conocido en Nueva York.

El evento continúa, un baile de apariencias donde ella dirige la orquesta desde las sombras. La veo susurrar instrucciones, resolver problemas, mantener todo bajo control con una eficiencia que resulta fascinante. Me encuentro buscando excusas para acercarme, para provocar esa chispa de irritación en sus ojos que la hace parecer más real.

—El retrato de tu padre —dice, apareciendo a mi lado cuando me detengo frente al cuadro—. La prensa esperaba algún comentario emotivo.

—¿Y tú? —giro para mirarla—. ¿Qué esperas tú, Charlie?

El uso de su nombre informal la hace parpadear, pero se recupera instantáneamente.

—Espero que cumpla su papel, Su Alteza. Como todos.

—¿Y si mi papel fuera decepcionarte? —me inclino ligeramente, notando cómo contiene la respiración.

—Difícilmente podría decepcionarme alguien de quien no espero nada —responde, y hay una verdad en sus palabras que me golpea más fuerte de lo que debería.

No significo nada para ella. Ella no espera nada de mí. Y, lejos de sentirlo como un alivio, me hace sentirme como una mierda.

Tristan aparece entonces, rompiendo el momento. Charlie se aleja con él, pero no antes de que note el ligero temblor en sus manos. La victoria se siente amarga.

Cuando el evento termina, todo ha salido perfecto, la prensa tiene sus titulares, el público sus fotos, la corona su heredero reluciente. Todo según el plan de Charlie Sinclair.

Pero yo sigo sintiéndome vacío.

—Una actuación impecable —me dice mientras recoge sus cosas—. Casi parecía que le importaba.

—He aprendido de la mejor —respondo—. Nadie finge tan bien como tú, Lady Sinclair.

Se detiene, sus ojos encontrando los míos con una intensidad que me descoloca.

—La diferencia, Su Alteza, es que yo realmente creo en lo que hago.

Se va antes de que pueda responder, el aroma de su perfume persistiendo como un recordatorio de su presencia. Me quedo solo en la galería, rodeado de retratos familiares y la incómoda sensación de que, por primera vez desde mi regreso, alguien ha visto a través de mi fachada.

Mi móvil vibra con otro mensaje del hospital, pero me descubro pensando en ojos verdes y palabras afiladas, en el peligroso placer de provocar a alguien que puede devolver cada golpe. Esta versión de Charlie Sinclair es un enigma que no debería querer resolver.

Y, sin embargo, aquí estoy, ya anticipando nuestro próximo encuentro.

CAPÍTULO 8

KYLIAN

El whisky en mi vaso refleja las luces tenues de la sala de música. Es la tercera noche consecutiva que el sueño me elude desde que volví al palacio. En Manhattan, el constante ruido de sirenas y el zumbido de la ciudad eran mi nana particular. Aquí, el silencio es ensordecedor, cargado de recuerdos y expectativas.

Los pasillos nocturnos son diferentes, casi irreconocibles. Donde antes había tapices tradicionales, ahora cuelgan obras de arte moderno. Pequeños cambios que hacen que este lugar se sienta cada vez menos como el hogar que abandoné.

Las notas de Chopin flotan repentinamente por el corredor. Está sonando la pieza favorita de madre. La melodía me transporta instantáneamente a tardes de práctica obligatoria, a la sonrisa orgullosa de Eleanor cuando finalmente conseguíamos tocar un dueto sin errores.

Mis pies me llevan hacia el sonido antes de que pueda pensarlo mejor. Tristan está sentado al piano, su figura recortada contra los ventanales. Sus dedos se mueven sobre las teclas con una precisión que siempre me fascinó. La luz de la luna dibuja sombras en su rostro que lo hacen parecer extrañamente similar a nuestro padre y el corazón se me aprieta con tantos sentimientos que no me atrevo a profundizar en ninguno.

—No sabía que seguías tocando —digo desde la puerta, observando cómo su espalda se tensa al reconocer mi voz.

La música se detiene abruptamente. Tristan no se gira.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Trece años dan para mucho.

Me adentro en la sala, el hielo tintineando en mi vaso como única respuesta. El piano negro brilla bajo la luz nocturna, cada rasguño en su superficie cuenta una historia: la vez que derramé zumo sobre las teclas, la marca de cuando Tristan golpeó frustrado una nota particularmente difícil, las iniciales que grabamos a escondidas bajo la tapa.

—Estuviste brillante hoy en la exposición —comento, intentando que mi voz suene relajada—. Siempre fuiste mejor en estas cosas que yo.

—¿En qué cosas exactamente? —sus dedos rozan las teclas sin presionarlas—. ¿En sonreír para las cámaras? ¿En actuar como si todo estuviera bien? ¿En ser el heredero perfecto que tú no quisiste ser?

La amargura en su voz me golpea más fuerte que cualquier reproche directo. Recuerdo de repente la última vez que lo vi tocar, la noche antes de marcharme. Tenía dieciséis años y ya entonces su técnica era impecable.

—Tristan...

—No —se gira por fin, y la dureza en sus ojos me sorprende—. No vengas ahora a jugar a ser mi hermano mayor. No después de trece años de silencio. No después de todas las veces que te necesité y no estabas.

—Tenía mis razones —las palabras suenan huecas incluso para mí.

—Siempre las tienes —ríe sin humor—. Tenías razones para irte, razones para no llamar, razones para dejarme solo con todo el peso de una corona que tú rechazaste. ¿Sabes lo que es eso? ¿Tener dieciséis años y que de repente todo el mundo espere que seas tú quien mantenga unida a la familia?

Sus manos vuelven a las teclas, tocando suavemente el inicio de la misma canción.

—¿Sabes por qué sigo tocando esta pieza? —pregunta sin mirarme—. Porque cada vez que madre la escucha, por un momento deja de buscar tu fantasma en los pasillos.

El silencio que sigue pesa más que todos los retratos reales del palacio.

—Vi cómo la mirabas hoy —dice de repente, y no necesito preguntar a quién se refiere—. Como si tuvieras derecho a algo más que su cortesía profesional.

—Charlie no es...

—Charlie fue la única que me mantuvo cuerdo cuando te fuiste —me interrumpe, su voz quebrándose ligeramente—. La única que entendía lo que era vivir bajo la sombra de unas expectativas imposibles. La que se quedó mientras tú construías tu perfecta vida en Nueva York lejos de todos nosotros.

Se levanta del piano, avanzando hacia mí.

—Mientras tú salvabas vidas en Manhattan, yo intentaba salvar lo que quedaba de nuestra familia. Y ella estuvo ahí. Cada día. Cada crisis. Cada vez que nuestro padre mencionaba tu nombre como si fuera una decepción que tenía que superar.

Sus palabras son como dagas precisas, encontrando cada punto débil que no sabía que tenía.

—Lo siento —digo finalmente, y por primera vez en años, lo digo en serio.

—¿Lo sientes? —se detiene frente a mí—. ¿Qué parte exactamente? ¿Abandonarme? ¿Dejarme solo con nuestro padre? ¿O sentirte atraído por mi mejor amiga?

—Todo —respondo, el whisky olvidado en mi mano—. Lo siento todo.

No niego que Charlie me atraiga. Es ridículo hacerlo. Cualquier persona con ojos en la cara vería lo impresionante que es.

Me estudia largamente, como si buscara algo en mi rostro. Finalmente, suspira.

—Mantente alejado de Charlie —dice, pero su tono es más cansado que amenazante—. No porque te lo ordene, sino porque es lo correcto. Ella cree en esto, en la corona, en el deber. No la uses para divertirte mientras pasas seis meses aquí. No se lo merece.

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene en el umbral.

—Y Kylian... la próxima vez que quieras disculparte, intenta hacerlo antes de que pasen trece años.

Me quedo solo en la sala de música, las últimas notas que mi hermano ha tocado aún resonando en mi memoria. El reflejo de la luna sobre las teclas parece burlarse de mí, recordándome todo lo que he perdido, todo lo que dejé atrás.

Mis dedos rozan las teclas, encontrando por instinto las primeras notas de la canción. El sonido es torpe, desafinado, como todo lo que he tocado desde que volví. Algunas cosas, una vez rotas, nunca vuelven a sonar igual.

CAPÍTULO 9

KYLIAN

Los golpes en la puerta de mi habitación me arrancan de un sueño donde aún estaba en mi apartamento de Manhattan. Por un momento, el pánico de una emergencia médica me hace saltar de la cama, hasta que escucho su voz.

—Su Alteza, son las seis. Tiene quince minutos para estar presentable.

Charlie Sinclair. Por supuesto. Mi nueva pesadilla personal con tacones y tablet.

—¿Qué ha pasado con el mayordomo? —gruño, buscando algo que ponerme.

—El mayordomo no puede asegurarse de que realmente se levante. Yo sí.

Abro la puerta de golpe, esperando descolocarla. Pero Charlie ni siquiera parpadea ante mi torso desnudo. Sus ojos verdes me escanean profesionalmente mientras teclea algo en su tablet.

—Póngase el traje gris oscuro —ordena, señalando el vestidor—. Camisa blanca, corbata azul marino. Tenemos una reunión importante con el parlamento esta tarde.

—¿Siempre eres así de mandona por las mañanas? —pregunto, notando cómo su traje de sastre negro se ajusta perfectamente a sus curvas. Demasiado perfectamente.

—Solo cuando tenemos cinco eventos en la agenda y su desayuno con el primer ministro es en cuarenta minutos —responde sin levantar la vista de su pantalla.

Me dirijo al vestidor, pero la escucho seguirme. El espacio repentinamente parece demasiado pequeño para los dos.

—Puedo vestirme solo, Lady Sinclair.

—La última vez que dijo eso, apareció con la corbata equivocada —su voz destila eficiencia profesional, pero hay algo más en su tono—. No podemos permitirnos más errores de protocolo.

La observo mientras entra en mi armario como si le perteneciese y selecciona la corbata. Sus dedos acarician la seda con una delicadeza que me hace pensar en otras cosas. Se mueve por mi vestidor con una seguridad aplastante que me resulta demasiado atractiva, conociendo mejor que yo la ubicación de cada prenda.

—El control es importante para ti, ¿verdad? —pregunto mientras me pongo la camisa.

Sus ojos encuentran los míos en el espejo.

—Como lo es para usted en el quirófano, Su Alteza.

Touché.

Se acerca para ajustar mi corbata, y su perfume de jazmín invade mis sentidos. Sus dedos rozan mi cuello mientras trabaja, y contengo el impulso de tomarla por la cintura.

—¿Siempre has sido así de... meticulosa? —murmuro, observando cómo se muerde el labio inferior en concentración.

—Alguien tiene que serlo —responde, dando un paso atrás para evaluar su trabajo—. Especialmente cuando el príncipe heredero preferiría estar en cualquier otro lugar menos haciendo su trabajo.

Hay algo en su tono que me hace estudiarla más detenidamente. El moño perfecto que deja expuesto su cuello elegante, la forma en que su ropa se ajusta a sus caderas, el ligero temblor de sus dedos.

—¿Y dónde preferirías estar tú, Charlie?

El uso de su nombre informal la hace tensarse.

—Mi preferencia es irrelevante, Su Alteza —responde, pero noto cómo contiene la respiración cuando me acerco.

—¿Lo es? —doy un paso hacia ella, obligándola a retroceder hasta que su espalda toca los trajes colgados—. ¿O es solo otra cosa que intentas controlar?

Sus ojos verdes me desafían, pero el rubor en sus mejillas la traiciona.

—Tenemos que irnos ya —dice, su voz profesional apenas traicionando su nerviosismo—. El coche espera.

—El chofer puede esperar —murmuro, colocando una mano junto a su cabeza, atrapándola efectivamente entre mi cuerpo y los trajes.

El momento se estira, cargado de tensión. Puedo ver el pulso acelerado en su cuello, oler el aroma dulce de su perfume, sentir el calor que emana de su cuerpo.

—Alteza... —susurra, y por primera vez escucho vulnerabilidad en su voz.

El sonido de su tablet cayendo al suelo rompe el momento. Se separa de mí como si quemara, y recupera su compostura profesional con una velocidad que sería admirable si no fuera tan frustrante.

—Al primer ministro no le hará gracia esperar —dice, su máscara de eficiencia nuevamente en su lugar—. Y necesitará esto —me entrega una carpeta—. Los puntos clave están marcados en amarillo.

La observo mientras sale del vestidor, su paso firme sobre los tacones como si no me hubiera vuelto loco hace un momento.

El día solo acaba de empezar, y ya siento que estoy perdiendo una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Cuando salgo del castillo, perfectamente vestido como quería Charlie, el Rolls Royce negro oficial ya está esperándonos. Al igual que los periodistas. Los flashes de los fotógrafos parpadean tras las verjas del palacio. Charlie camina dos pasos por delante de mí, con su tablet como una extensión de su brazo.

—Sonría —murmura sin girarse—. Page Six ya está especulando sobre su estado de ánimo.

—¿Siempre desayunas titulares? —pregunto mientras me deslizo en el asiento trasero. Ella se sienta frente a mí, sus piernas cruzadas elegantemente.

—Solo los que podrían arruinar el trabajo de meses —sus dedos vuelan sobre la pantalla—. El primer ministro traerá a su hija. Se llama Adele, tiene diecisiete años y acaba de ser aceptada en Oxford. Medicina.

Por supuesto Charlie sabe todos los detalles importantes sobre las personas influyentes de nuestro país.

—¿También has investigado su grupo sanguíneo? —bromeo, pero ella ni siquiera sonríe.

—O negativo. Como el suyo —levanta la vista de su tablet—. A la prensa le encantaría una conexión entre el príncipe cirujano y una futura médico.

—Claro. Lo que haga falta para tú circo —respondo con sarcasmo, pero ella ni se inmuta por mis palabras, lo que es tan frustrante como excitante.

El coche atraviesa Londres mientras Charlie recita datos: nombres de ministros, cifras económicas, proyectos pendientes. Su voz es como una sinfonía bien ensayada, pero noto la tensión en sus hombros, la forma en que evita mirarme directamente después de lo ocurrido en el vestidor.

Es imposible que ella no haya notado la misma tensión que yo.

—Necesito café —interrumpo su monólogo sobre políticas agrarias.

—Hay café esperando en el...

—No. Café de verdad. Ahora.

—Su Alteza —su tono es el que usaría con un niño difícil—. El primer ministro...

—Puede esperar cinco minutos —ordeno al conductor que pare en el siguiente Starbucks.

—No puede entrar ahí —hay un toque de pánico en su voz—. Los protocolos de seguridad...

—Entonces ve tú.

Me mira como si hubiera sugerido una invasión a Francia.

—Soy la Directora de comunicación de la Casa Real, no su camarera personal.

—Y yo soy el futuro rey —sonríó, saboreando su irritación—. ¿No es tu trabajo mantenerme contento?

Sus mejillas se tiñen de rosa, y por un momento veo a la Charlie de la cocina, vulnerable y real bajo su armadura profesional.

—Café americano, sin azúcar —dice finalmente, saliendo del coche con toda la dignidad que puede reunir.

La observo a través de la ventana polarizada. La forma en la que se mueve mientras camina, cómo mantiene la compostura incluso haciendo algo tan mundano como pedir café. Un grupo de ejecutivos la mira apreciativamente, y siento una punzada de algo que me niego a reconocer como celos.

—Su café, Alteza —dice cuando vuelve cinco minutos después, el aroma del café premium mezclándose con su perfume en el espacio cerrado del coche.

Nuestros dedos se rozan cuando tomo el vaso, y el contacto envía una corriente eléctrica por mi piel. Por un momento, ninguno de los dos lo suelta.

—¿Algo más que necesite? —su voz suena tensa.

—Siéntate aquí —señalo el asiento junto a mí—. Es ridículo que revises la agenda desde el otro lado.

—No sería apropiado...

—Charlie —el uso de su nombre la hace tensarse—. Siéntate.

Duda un momento antes de cambiarse de asiento, manteniendo una distancia profesional que resulta casi cómica en el espacio reducido. Si se pegase un poco más a la puerta podría acabar en el coche de al lado. Pero ni siquiera eso evita que sienta el calor de su cuerpo junto al mío, lo que es una distracción que no necesito.

—El primer ministro preguntará sobre su postura respecto al nuevo centro de investigación —dice, su voz suena con un ligero temblor—. Los puntos principales están en la página tres.

—¿Cuál es tu opinión? —pregunto, girándome para mirarla.

—Mi opinión no es relevante, Su Alteza.

—Lo es para mí.

Me mira entonces, realmente me mira, y por un momento veo más allá de la eficiente Directora de comunicación. Veo pasión, inteligencia y algo más profundo que me asusta reconocer. Pero antes de que pueda decir nada, el coche se detiene frente al club privado donde desayunaremos con el primer ministro.

Los flashes de las cámaras de los periodistas ya parpadean tras las ventanas.

—Es la hora —dice, recuperando su máscara profesional—. Recuerde: sonrisa natural, apretón de manos firme, y por favor...

—¿Sí?

—Intente no comenzar ninguna revolución antes del desayuno.

CHARLIE

Observo a Kylian mientras saluda al primer ministro, cada gesto exactamente como lo ensayamos. Su sonrisa parece genuina, su postura relajada pero real. Nadie sospecharía que hace diez minutos me estaba volviendo loca en el coche.

Mi tablet vibra: otra crisis que gestionar. Deslizo discretamente una nota sobre la mesa mientras finjo revisar mi teléfono. Los dedos de Kylian rozan los míos al tomarla, y el contacto envía un escalofrío por mi columna. Me obligo a mantener la expresión neutral.

—Fascinante propuesta, Primer ministro —dice Kylian, incorporando perfectamente los puntos que acabo de pasarle—. Especialmente el aspecto sobre energías renovables.

El orgullo profesional lucha contra la irritación. ¿Por qué tiene que ser tan... competente? Sería más fácil si fuera el príncipe arrogante que todos esperan que sea. Incluso yo misma.

Aparto la vista de él antes de ponerme a pensar en lo increíblemente atractivo que es, y la poso sobre la hija del primer ministro. Casi se me escapa una carcajada cuando veo que mira a Kylian como si fuese una estrella de cine. Está completamente cautivada y no la culpo. Hay algo magnético en la forma en que Kylian se mueve entre la política y las anécdotas médicas, como si hubiera nacido para esto.

La hija del primer ministro se inclina hacia adelante, sus ojos brillando mientras Kylian explica una técnica quirúrgica innovadora. Me muerdo el interior de la mejilla. Debería estar tomando notas para la prensa, no contando las veces que ella juega con su pelo.

—Lady Sinclair —la voz de Kylian me sobresalta—. ¿Podrías recordarme los detalles del proyecto piloto en el Royal London Hospital?

Lo miro, sorprendida. No solo se ha estudiado los informes, sino que está tendiendo un puente perfecto hacia la siguiente parte de la agenda. Sus ojos encuentran los míos por un momento, y hay un destello de algo... ¿diversión? Como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Como si descolocarme fuese su pasatiempo favorito.

—Por supuesto, su Alteza —respondo, mi voz profesional ocultando el torbellino que se mueve en mi interior—. El programa comenzará el próximo trimestre...

Me pierdo en la explicación y disfruto de la conversación sobremanera. Desde luego que no esperaba para nada que la reunión fuese tan bien cuando esta mañana he tenido que ir a despertarlo a su habitación.

El desayuno transcurre como una obra perfectamente coreografiada. Kylian interpreta su papel de príncipe heredero con una naturalidad que me desconcierta. ¿Dónde está el hombre que protestaba por levantarse temprano? ¿El que me ha provocado en el vestidor?

Mi teléfono vibra, sacándome de mis pensamientos. Es el equipo de seguridad advirtiéndome sobre la multitud creciente fuera del club. Necesitamos movernos. Ahora.

Me acerco a su silla, inclinándome como si fuera a mostrarle algo en mi tablet. El olor de su *aftershave* me golpea, y por un momento pierdo el hilo de mis pensamientos.

—Tenemos que irnos —susurro cerca de su oído—. La prensa se está acumulando y pronto serán incontrolables.

Se gira ligeramente y, de pronto, estamos demasiado cerca. Sus ojos grises me estudian con una intensidad que hace que mi pulso se acelere.

—¿Siempre estás tan tensa, Charlie? —murmura, su aliento rozando mi mejilla.

—Solo cuando cierto príncipe no me hace caso —respondo, recuperando mi compostura—. Tenemos tres minutos para una salida elegante.

Sonríe, esa sonrisa torcida que hace que las revistas lo llamen «el príncipe rebelde».

—¿Y si quiero quedarme?

—Entonces tendré que explicarle a su Majestad por qué su hijo llegó tarde a la reunión con el arzobispo.

La mención de Eleanor funciona. Se levanta con gracia, despidiéndose del primer ministro y su hija con la cantidad exacta de encanto real. Lo sigo hacia la salida.

El trayecto hacia la catedral es corto, pero cada segundo parece estirarse. Kylian revisa los documentos que preparé sobre el arzobispo mientras yo intento concentrarme en los correos urgentes. Lo intento, pero fallo, porque soy dolorosamente consciente de su presencia a mi lado.

—¿Por qué el arzobispo? —pregunta repentinamente.

—La bendición tradicional —respondo sin levantar la vista de mi tablet—. Cada heredero la recibe antes de...

—No, Charlie —su voz es diferente cuando usa mi nombre—. ¿Por qué programaste al arzobispo justo después del primer ministro?

Lo miro, sorprendida por la pregunta. Nadie suele cuestionar mis estrategias.

—Contraste —admito—. El primer ministro representa el futuro, la modernización. El arzobispo, la tradición. La prensa necesita ver que puedes manejar ambos aspectos.

—¿Y qué necesitas ver tú?

Su pregunta me descoloca. Levanto la vista y la clavo en él. Hoy está mucho más atento a todo lo que le rodea y eso me pone alerta, pero antes de poder responder, el coche se detiene frente a la catedral sacándonos a los dos de golpe de nuestra conversación. Los periodistas ya están apostados en las escaleras, sus cámaras como armas apuntando hacia nosotros.

—Es la hora del espectáculo —murmuro, mi máscara profesional nuevamente en su lugar—. Recuerde...

—Lo sé —me interrumpe con una sonrisa que no debería afectarme tanto—. Paso firme, expresión solemne, y nada de comentarios sobre la necesidad de modernizar la iglesia.

—Por una vez, parece que me escucha.

—Siempre te escucho, Charlie —dice suavemente—. Solo que a veces prefiero fingir que no.

Sus palabras aceleran mi respiración y me hacen volverme demasiado consciente de mí misma. Este hombre tiene la capacidad de volverme loca con solo unas pocas palabras.

Gracias al cielo, las puertas del coche se abren y el momento se rompe. Los flashes empiezan a parpadear mientras Kylian emerge, todo gracia real y porte aristocrático. Lo sigo a una distancia profesional, mi tablet como un escudo contra las preguntas que gritan los reporteros.

No tardamos en llegar a la catedral, el interior nos envuelve en su silencio solemne. El aroma a incienso y cera me recuerda al funeral, a la vulnerabilidad que vi en Kylian ese día. Ahora camina por el pasillo central como si le perteneciera, sus pasos resonando contra el mármol antiguo.

El arzobispo nos espera frente al altar, su figura imponente recortada contra los vitrales. Kylian se arrodilla con una gracia que me sorprende, y por un momento veo en él al rey que podría ser.

Mi teléfono vibra silenciosamente: Tristan. «¿Cómo va todo?» «Sorprendentemente bien», respondo, y me sorprende al darme cuenta de que es verdad. Esta mañana nada se está desarrollando como pensaba. Esperaba tener que enfrentarme de nuevo a un hombre obcecado luchando contra su destino y, sin embargo, me he topado con una versión de Kylian profesional y demasiado sexy para mi propio bien.

Me fuerzo a centrarme en el momento en vez de estar pensando en su Alteza, que es como debería de llamar incluso en mi propia cabeza al hombre devastadoramente hermoso que protagonizó todas mis fantasías adolescentes y, para que engañarnos, las de mi edad adulta también.

La ceremonia es breve pero intensa. Observo desde las sombras mientras Kylian recibe la

bendición, su rostro una máscara de serenidad que contrasta con el hombre que me provocaba esta mañana en el vestidor.

Cuando termina, lo guío hacia la salida lateral, evitando a la prensa. Ya le he forzado a exponerse por hoy mucho más de lo que debería.

Lejos de tomarse mi gesto como una muestra de buena fe, decide jugar un poco conmigo. Cuando estamos en el pasillo de piedra, lejos de miradas indiscretas, se detiene abruptamente.

—¿Cuál es el siguiente acto de mi obra, directora? —pregunta, hay algo en su tono que me hace mirarlo.

—¿Obra?

—Este show que has coreografiado tan meticulosamente —se acerca, y el espacio repentinamente parece demasiado pequeño—. El príncipe reformado, el heredero perfecto...

—No es un show —respondo, retrocediendo hasta que mi espalda toca la pared de piedra—. Es su deber.

—¿Y tú, Charlie? —su voz es más suave, pero hay algo peligroso en ella—. ¿También eres parte de mi deber?

—No, Alteza, yo no soy parte de su deber —mi voz suena demasiado inestable. Pero ese es el efecto que tiene Kylian cuando se acerca a mí.

Una sonrisa peligrosa se forma en su boca y, antes de que pueda decir nada, me separo bruscamente de la pared para escaparme.

El resto del día pasa en un borrón de eventos, discursos y sonrisas ensayadas. Kylian interpreta cada papel a la perfección. Me desconcierta totalmente notar que su mirada me busca constantemente, casi como si quisiera asegurarse de que lo estoy observando, que no me he separado de él.

Y por fin, instantes antes de que enloquezca, el Rolls Royce que nos ha llevado durante todo el día de reunión en reunión, se detiene frente al palacio. Es tarde. El cielo ya está teñido de púrpura y las luces del jardín crean sombras danzantes sobre los rosales de Eleanor.

—Ha sido... un buen día —digo mientras recojo mis cosas, intentando mantener un tono profesional.

—¿Solo bueno? —Kylian sale y rodea el coche hasta mi puerta, abriéndola antes de que el chófer pueda hacerlo—. Me hieres, Charlie. Creía que había sido excepcional.

El aire nocturno está cargado de algo más denso que el aroma de las rosas. Kylian está demasiado cerca, su mano aún en la puerta del coche, efectivamente encerrándome entre su cuerpo y el vehículo.

—Su Alteza... —mi voz suena débil incluso para mis propios oídos.

—Kylian —corrige, inclinándose más cerca—. Después de doce horas juntos, creo que te has ganado el derecho a usar mi nombre.

Su aroma me envuelve, mezclándose con el olor a cuero del coche y las rosas del jardín. Sus ojos grises brillan con algo que hace que mi corazón se acelere.

—Kylian —susurro, y el nombre se siente como una rendición.

Se inclina más, su rostro a centímetros del mío. Puedo contar sus pestañas, ver el pequeño lunar bajo su oreja izquierda, sentir el calor que emana de su cuerpo.

—Charlie... —murmura, y hay una pregunta en su voz que me aterra responder.

—¿Charlie?

La voz de Tristan corta a través de la noche como un cuchillo. Kylian se aparta de golpe de mí como si lo hubiera quemado, y el aire frío que se cuela entre nosotros se siente como una bofetada.

—Tristan —mi voz suena demasiado aguda—. Estaba... estábamos...

—Repasando la agenda de mañana —completa Kylian, su tono nuevamente formal y distante—. Buenas noches, Lady Sinclair.

Se aleja hacia el palacio sin mirar atrás, dejándome con el fantasma de su cercanía y la mirada preocupada de mi mejor amigo.

—Charlie... —comienza Tristan.

—No —lo interrumpo, abrazando mi tablet como un escudo—. No digas nada.

Pero mientras camino hacia mi oficina, el eco de su «Charlie» susurrado resuena en mi mente, y me pregunto cuánto tiempo más podré mantener esta fachada profesional antes de que todo se derrumbe.

CAPÍTULO 10

CHARLIE

El jardín sur del palacio resplandece bajo las luces que he hecho colocar estratégicamente. Los rosales de Eleanor enmarcan perfectamente el escenario donde en veinte minutos comenzará el concierto benéfico. Reviso mi tablet mientras camino entre los invitados, mis tacones marcando un ritmo preciso sobre el camino empedrado.

—Las flores más cerca del escenario —indico a uno de los floristas—. Y aseguraos de que las cámaras estén en el ángulo adecuado para captar el logo de la fundación.

Una brisa fresca agita los manteles de las mesas, haciendo bailar las velas en sus candelabros de cristal. Los centros de mesa, rosas blancas y orquídeas que he hecho importar especialmente para la ocasión, desprenden su aroma dulce en el aire nocturno. Levanto la vista al cielo, frunciendo el ceño ante las nubes oscuras que se acercan amenazantes. El pronóstico aseguraba buen tiempo, yo misma lo verifiqué tres veces antes de decidir mantener el evento al aire libre.

Mi equipo se mueve con la precisión que les he inculcado, como bailarines en una coreografía perfectamente ejecutada. Las luces parpadean suavemente mientras ajustan los últimos detalles, creando el ambiente mágico que había imaginado.

La primera gota cae sobre mi tablet. Luego otra. Y otra. El cristal de la pantalla distorsiona las notificaciones entrantes.

—No, no, no... —murmuro, mientras mis dedos vuelan sobre la pantalla enviando instrucciones al equipo de contingencia. Los invitados empiezan a moverse inquietos, y siento cómo mis tacones se hunden ligeramente en el césped que comienza a humedecerse.

—¡Las carpas! —ordeno, manteniendo mi voz profesional para ocultar el pánico que siento crecer en mi pecho—. ¡Dad prioridad a los equipos de sonido!

La lluvia arrecia repentinamente, como si el cielo hubiera decidido burlarse de mis planes perfectos. Las gotas golpean con fuerza, convirtiendo el jardín en un caos de sedas mojadas y peinados arruinados. Intento mantener el orden, pero mis Louboutins se hunden cada vez más en el césped empapado.

De pronto, siento el peso de una chaqueta sobre mi cabeza. El aroma me golpea antes de que pueda girarme: ese *aftershave* carísimo mezclado con algo más primitivo, más Kylian. Y mi corazón da un vuelco traicionero. El aire parece espesarse a mi alrededor.

—Esto no es necesario, Su Alteza —intento que mi voz suene firme, profesional, ignorando cómo mi piel se eriza al sentir su cercanía—. Tengo la situación bajo control.

—Por supuesto que la tienes —su voz suena divertida mientras me sostiene por el codo, su tacto quemando a través de la tela mojada—. Como tienes bajo control que tus tacones de diez centímetros se están hundiendo en el barro.

Intento dar un paso y casi me caigo. Mis tacones, obras de arte en cuero rojo, se hunden completamente en el césped empapado. Antes de que pueda protestar, Kylian me levanta en brazos como si no pesara nada. El mundo parece detenerse por un momento, el sonido de la lluvia amortiguando todo lo demás. Los flashes de las cámaras estallan a nuestro alrededor como relámpagos en una tormenta de verano.

—¡Bájeme! —susurro furiosa, aunque mis brazos me traicionan aferrándose a su cuello. Su aroma es más intenso desde esta distancia—. ¡La prensa...!

—La prensa adorará esto —responde él, y puedo sentir su sonrisa, esa que hace que las revistas lo llamen «el príncipe rebelde», apareciendo, aunque no pueda verla—. El príncipe heredero rescatando a su Directora de comunicación de la lluvia. Es el tipo de historia que tú misma fabricarías.

Tiene razón, y eso me irrita aún más. Mis dedos se crispan sobre la tela mojada de su camisa, notando los músculos firmes bajo ella. Veo a Rory Wright, la influencer que yo misma invité para modernizar la imagen de la corona, grabándolo todo con una sonrisa conocedora. Sus 3.2 millones de seguidores verán esto en minutos, y el pensamiento debería preocuparme más de lo que lo hace.

El calor del cuerpo de Kylian atraviesa la tela mojada de mi vestido, y de repente soy muy consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan, de cómo su corazón late contra mi costado.

Los flashes continúan mientras Kylian avanza hacia el Rolls Royce, sus pasos seguros sobre el césped mojado. Intento mantener mi dignidad profesional, pero es difícil cuando todo mi mundo se ha reducido al aroma, la firmeza de sus brazos y el ritmo de la lluvia sobre la chaqueta que aún protege mi cabeza.

—Mi equipo... —intento protestar una última vez, mi voz más débil de lo que me gustaría.

—Tu equipo es perfectamente capaz de manejar una lluvia —me interrumpe, y hay algo en su tono que hace que mi estómago dé un vuelco—. Tú los entrenaste, ¿no?

El orgullo en su voz me desconcierta. ¿Desde cuándo Kylian Ashthorne presta atención a cómo manejo mi equipo? ¿Desde cuándo su opinión hace que algo se agite en mi interior de esta manera?

Cuando finalmente me deposita en el asiento trasero del coche, siento que algo fundamental ha cambiado. No solo mi perfecto moño está arruinado o mi vestido Chanel está empapado. Es algo más profundo, más peligroso, algo que ningún manual de protocolo me ha enseñado a manejar.

Por primera vez en mi carrera como Directora de comunicación, la mujer que controla cada aspecto de la imagen real, no tengo idea de cómo proceder. Y lo peor es que no estoy segura de querer hacerlo.

KYLIAN

El interior del Rolls Royce huele a cuero mojado y al perfume de jazmín de Charlie. Observo las gotas de lluvia que resbalan por la columna de su cuello, perdiéndose bajo su vestido empapado. El espacio parece demasiado pequeño, cargado de una tensión que hace que me cueste respirar.

—Tu chaqueta se ha estropeado —murmura sin mirarme, sus dedos jugando nerviosamente con la prenda.

—Tranquila, ha merecido la pena —respondo, notando cómo contiene la respiración.

Su perfil recortado contra la ventanilla me distrae. La lluvia dibuja patrones sobre el cristal, creando sombras que bailan sobre su piel. El vestido mojado se adhiere a su cuerpo de una manera que debería ser ilegal, y me obligo a apartar la mirada.

—Debería preocuparme más por las fotos que por la chaqueta —dice, su voz intentando sonar profesional—. Rory Wright tiene millones de seguidores.

—¿La influencer que tú misma invitaste? —sonríe al ver cómo se tensa—. Bastante arriesgado, ¿no crees?

—No todo es una estrategia de comunicación, Su Alteza.

—Kylian —la corrijo, inclinándome ligeramente hacia ella—. Creo que después de llevarte en brazos bajo la lluvia, deberías llamarme por mi nombre. Te repito lo mismo que te dije ayer.

El coche gira en una curva y su cuerpo se inclina hacia mí involuntariamente. Huele a lluvia y jazmín, y algo más profundo que hace que mi pulso se acelere. Sus manos tiemblan ligeramente mientras intenta secar su tablet con un pañuelo de seda.

—Esto complicará las cosas —murmura, más para sí misma que para mí.

—¿Qué cosas exactamente? —pregunto, observando cómo un mechón mojado se adhiere a su cuello—. ¿Tu perfecto control sobre la imagen real? ¿O algo más?

Me mira entonces, realmente me mira, y por un momento veo más allá de la eficiente Directora de comunicación. Veo a la chica que solía sonrojarse cuando hablaba conmigo, la que ahora maneja el poder con la misma naturalidad con que yo manejo un bisturí.

—No hagas esto —susurra, y hay una vulnerabilidad en su voz que me golpea más fuerte que cualquier reproche.

—¿Hacer qué?

—Convertir esto en algo que no es.

El coche reduce la velocidad al acercarnos al palacio. Las luces de la entrada principal iluminan su rostro intermitentemente, revelando el rubor en sus mejillas que intenta ocultar. Mi madre ya ha llegado en el otro coche y espera bajo el pórtico, protegida de la lluvia, y reconozco su sonrisa. Es la misma que tenía cuando, de niño, hacía algo bien sin darme cuenta.

—¿Y qué es esto exactamente, Charlie? —mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

La veo tragar saliva, sus ojos verdes brillando con algo que no quiere nombrar. El coche se detiene, pero ninguno de los dos hace ademán de moverse.

—Una crisis de relaciones públicas que tendré que gestionar —responde finalmente, pero el temblor en su voz la traiciona.

—Siempre tan profesional —me inclino más cerca, notando cómo su respiración se entrecorta—. ¿Y si por una vez dejaras de intentar controlar todo?

Las gotas de lluvia siguen golpeando el techo del coche, creando una melodía que parece aislar este momento del resto del mundo. Su perfume me envuelve, nublando mi juicio. Estamos tan cerca que puedo ver las pecas doradas en sus ojos verdes, contar sus pestañas mojadas por la lluvia.

El flash de una cámara nos devuelve a la realidad. Charlie se aparta como si la hubiera quemado, recuperando su máscara profesional con una velocidad que sería admirable si no fuera tan frustrante.

—Mañana tenemos reunión con el Consejo a las nueve —dice, su voz nuevamente controlada mientras recoge sus cosas—. Le sugiero que revise los informes que le envié.

—Charlie... —intento detenerla, pero ya está abriendo la puerta.

—Buenas tardes, Su Alteza —murmura, y hay algo en su tono que suena a despedida.

La observo alejarse bajo la lluvia, su figura elegante recortada contra las luces del palacio. Mi madre me mira con esa mezcla de diversión y sabiduría que siempre me ha desconcertado.

—Es igual que tú —dice Eleanor cuando paso junto a ella—. Demasiado orgullosa para admitir lo que siente.

Me detengo, sorprendido por sus palabras.

—No siento nada —respondo automáticamente, pero suena falso incluso para mí.

—Por supuesto que no, querido —sonríe Eleanor—. Por eso tu chaqueta favorita está arruinada y no puedes dejar de mirarla mientras se aleja.

Me quedo bajo el pórtico, observando cómo Charlie desaparece en el interior del palacio. El aroma de su perfume persiste en mi ropa mojada, y por primera vez desde que volví, me pregunto si quizás hay cosas en Ravencross que valen la pena.

La lluvia continúa cayendo, lavando el jardín, pero no los recuerdos de cómo Charlie se sentía en

mis brazos, de cómo su corazón latía contra mi pecho, de cómo sus ojos brillaban cuando la miraba. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde debo estar.

CAPÍTULO 11

CHARLIE

El sol de la tarde baña la plaza frente a la catedral mientras superviso la salida de Kylian del servicio dominical. Los rayos se reflejan en los vitrales, proyectando un caleidoscopio de colores sobre los adoquines antiguos. Mi tablet marca las 13:40; vamos según lo previsto. Los fotógrafos autorizados mantienen la distancia acordada, y el público agita pequeñas banderas tras las vallas de seguridad. El aroma a incienso aún flota en el aire, mezclándose con el perfume de las flores que adornan la entrada.

—Tres minutos más de saludo al público —murmuro por el intercomunicador a mi equipo, mientras observo cada detalle con ojo crítico—. Luego escolta real hasta el coche.

Kylian se mueve entre la gente con una naturalidad que me sorprende y me inquieta a partes iguales tengo que apretar el paso para mantenerme cerca de él. Estrecha manos, sonrío a los niños, incluso se detiene para hacerse un selfie con una mujer que parece a punto de desmayarse de la emoción. Sus ojos encuentran los míos por un momento, y hay un brillo divertido en ellos que hace que mi estómago dé un vuelco. Casi parece genuino, y eso me inquieta más que sus habituales protestas.

El sol es casi cegador cuando se refleja en los botones dorados de su uniforme de gala. Las campanas de la catedral comienzan a repicar, marcando las dos menos cuarto, su sonido reverberando en mi pecho como un presagio.

De repente, algo cambia en el ambiente. Lo siento antes de verlo: un movimiento brusco entre la multitud, un hueco que se abre demasiado rápido, como una herida en el tejido ordenado de la ceremonia. Un hombre avanza hacia nosotros empuñando algo que brilla bajo el sol como una promesa de violencia.

Todo sucede en segundos, pero cada momento queda grabado en mi memoria con dolorosa claridad. El grito ahogado de la multitud. Ni si quiera me da tiempo a entrar en pánico, o puede que eso se deba al shock. El movimiento de los guardias, demasiado lentos. Y entonces, antes de que pueda reaccionar, siento un cuerpo sólido empujándome hacia atrás. El aroma familiar de su aftershave me envuelve mientras Kylian me cubre con su cuerpo, y por un momento todo mi mundo se reduce a su calor, su fuerza, su presencia abrumadora. El impacto nos hace trastabillar y siento un ardor agudo en el brazo al golpear contra la barandilla metálica.

—¡Charlie! —su voz suena áspera, urgente, tan diferente a su habitual tono burlón—. ¿Estás herida? Te has golpeado muy fuerte, joder.

El equipo de seguridad ya ha reducido al atacante. La multitud grita, los flashes estallan como una tormenta eléctrica, y yo solo puedo sentir el calor del cuerpo de KY contra el mío, su corazón latiendo tan fuerte que puedo sentirlo a través de su traje. El pánico amenaza con ahogarme, pero años de entrenamiento en control de crisis mantienen mi voz estable.

—Estoy bien —intento que mi voz suene firme, profesional, pero mis manos tiemblan incontrolablemente—. Tenemos que controlar a la prensa...

—Al diablo con la prensa —gruñe, y antes de que pueda protestar, me está guiando hacia el interior de la catedral de nuevo, su mano firme en mi cintura.

La luz se filtra por los vitrales, creando patrones que danzan sobre su rostro tenso. Las sombras acentúan el ángulo de su mandíbula, la preocupación en sus ojos grises. Me lleva hasta una pequeña

sala lateral, una antigua sacristía que huele a madera antigua. Cierra la puerta tras nosotros, y el silencio repentino hace que mis oídos zumben.

—¿Dónde te has hecho daño? —pregunta con una voz dura que exige contestación.

—No es nada —respondo, pero noto en la mirada que me lanza que no voy a librarme con tanta facilidad. Kylian está fuera de sí.

—O me lo dices tú misma o me encargo yo de descubrirlo —amenaza y, por primera vez desde que ha regresado, me doy cuenta de que siente preocupación real por mí.

—En el brazo —titubeo.

—Déjame verlo —ordena, y hay algo en su tono que no admite discusión. Es la voz que imagino que usa en el quirófano, cuando tiene una vida entre sus manos.

—De verdad, no es nada... —pero me interrumpo al ver la mancha de sangre en mi blusa blanca, el carmesí extendiéndose como una flor macabra sobre la seda.

—Charlie —su voz se suaviza mientras se quita la chaqueta, el movimiento liberando una nueva ola de su aroma que hace que mi cabeza dé vueltas—, por una vez en tu vida, deja que alguien más tome el control.

Sus dedos son sorprendentemente gentiles mientras remanga mi blusa. El corte no es profundo, pero sangra lo suficiente para justificar su preocupación. Lo observo mientras limpia la herida con el kit de primeros auxilios que los sanitarios han traído. Sus manos son firmes, precisas; manos de cirujano. El contraste entre su toque delicado y la fuerza con la que me protegió hace unos minutos hace que algo se agite en mi interior.

—Tendré que cancelar el almuerzo con el embajador —murmuro, intentando mantener mi mente en el trabajo, en algo que pueda controlar. No es cómo se siente que cuide de mí—. Y la prensa necesitará un comunicado...

—La prensa puede esperar —sus ojos encuentran los míos y hay algo en su mirada que hace que me falte el aire—. Estás temblando.

—No estoy... —pero mi voz se quiebra traicioneramente, y siento cómo las lágrimas empiezan a formarse en mis ojos.

Por primera vez desde que empecé a trabajar en el palacio, siento que mi cuidadosa fachada profesional se desmorona. Las lágrimas que he estado conteniendo amenazan con desbordarse.

—Eh... —susurra, y de repente sus brazos están a mi alrededor, atrayéndome contra su pecho—. Ya está. Estás a salvo.

Su camisa huele a lavanda y la carísima colonia que siempre usa. Me permito un momento de debilidad, enterrando mi rostro en su cuello mientras mis manos se aferran a su camisa. El latido de su corazón bajo mi mejilla es sorprendentemente tranquilizador.

—Lo siento —murmuro contra su piel—. No suelo ser tan...

—¿Humana? —hay una sonrisa en su voz—. Créeme, es refrescante.

Mi corazón se acelera. Estoy en problemas, y no tienen nada que ver con que nos hayan atacado, y todo con el hombre que me cuida con una suavidad que no creía posible.

KYLIAN

Mis manos se mantienen firmes mientras limpio la herida de Charlie, años de experiencia en cirugías tomando el control automáticamente. La luz de la sacristía ilumina cada detalle con cruel claridad: el desgarró en su piel delicada, los pequeños fragmentos de tela que debo retirar con pinzas, el modo en que su pulso late visiblemente en su muñeca. El corte no es profundo, pero la rabia que siento al

ver su sangre manchar la gasa me nubla momentáneamente la visión.

Respiro hondo, obligándome a mantener el pulso estable. He operado corazones más pequeños que un puño, he sostenido vidas entre mis dedos; puedo manejar esto. Pero mis años de entrenamiento médico no me prepararon para la tormenta de emociones que desata ver herida a alguien que...

—No es necesario que seas tan cuidadoso. No me voy a romper —murmura ella, pero noto el temblor en su voz, los signos clásicos de shock que intenta ocultar—. De verdad, estoy...

—Si dices que estás bien una vez más, tendré que recordarte que soy médico —la interrumpo, aplicando el antiséptico con suavidad—. Pupilas dilatadas, pulso acelerado, temblores finos... ¿Sigo?

Mi mente de cirujano cataloga automáticamente cada síntoma: la palidez de su piel normalmente sonrosada, la ligera taquicardia visible en su cuello, la respiración superficial que intenta controlar. El recuerdo del atacante avanzando hacia ella hace que mis dedos se tensen involuntariamente sobre la gasa.

—Au —se queja suavemente.

—Lo siento —aflojo la presión inmediatamente, maldiciendo mi falta de control—. No debería...

—¿Estar tan enfadado? —completa, y hay algo en su tono que me hace mirarla.

Sus ojos verdes me estudian con una intensidad que hace que mi corazón, ya acelerado, dé un vuelco. La máscara profesional que siempre lleva está agrietada, dejando entrever una vulnerabilidad que me golpea más fuerte que cualquier amenaza física. El aroma de su perfume a jazmín se mezcla con el antiséptico y el incienso residual de la catedral, creando una combinación que quedará grabada en mi memoria.

—Podrías haber... —me detengo, incapaz de completar la frase. La imagen de lo que podría haber pasado si hubiera llegado un segundo más tarde me perseguirá en pesadillas. El brillo metálico en la mano del atacante, el grito ahogado de la multitud, el momento en que mi mundo se redujo a llegar hasta ella.

—Pero no pasó —su mano libre encuentra la mía, y el contacto envía una corriente eléctrica por mi piel—. Estabas ahí.

La puerta se abre antes de que pueda responder. Tristan entra, su expresión oscureciéndose al ver como la sostengo. La preocupación es visible en cada uno de sus rasgos.

—La policía ha identificado al sospechoso —anuncia, su voz tensa como una cuerda de violín—. Un enfermo mental que quería llamar la atención. Se había escapado del sanatorio.

—¿Se había escapado? ¿Cómo ha podido pasar todos los controles de seguridad? —la incredulidad tiñe mi voz mientras mis dedos se tensan protectoramente sobre la muñeca de Charlie—. ¿Qué clase de...?

—Tranquilo, Kylian ahora está bajo custodia —me interrumpe Tristan, su postura rígida y defensiva—. La seguridad de Charlie es nuestra prioridad.

El «nuestra» resuena en la pequeña sala como una declaración de guerra. Charlie se tensa entre nosotros, su mano deslizándose lejos de la mía, y la pérdida del contacto se siente como una pequeña traición.

—Puedo ocuparme de mi propia seguridad —dice ella, intentando incorporarse. La sujeto instintivamente cuando se tambalea, notando cómo su pulso se acelera bajo mis dedos.

—Claramente —respondo con más mordacidad de la que pretendo, el miedo transformándose en sarcasmo.

Eleanor elige ese momento para entrar, su presencia suavizando instantáneamente la tensión en el ambiente como solo ella sabe hacerlo. Sus ojos, tan parecidos a los de Tristan, evalúan la escena

con esa agudeza que siempre me ha inquietado: Charlie medio recostada contra mí, Tristan en posición defensiva, el kit de primeros auxilios entre nosotros como una metáfora demasiado obvia.

—El suceso no ha sido aleatorio —anuncia, cerrando la puerta tras ella con un suave clic que parece resonar en el silencio—. Hemos recibido información... preocupante.

El aire en la sacristía se vuelve más denso, cargado con el peso de secretos y amenazas no dichas. El aroma a madera antigua parece intensificarse.

—¿Qué tipo de información? —pregunto, notando cómo Charlie se endereza, su instinto profesional superando momentáneamente el shock.

—Parece que hay quienes preferirían ver fracasar la transición —Eleanor se acerca, su mano rozando suavemente el hombro de Charlie. El gesto maternal hace que algo se retuerza en mi pecho—. Un escándalo, especialmente uno que involucre sangre, podría ser devastador para la imagen de la corona.

—¿Estás sugiriendo que esto fue planeado? —la voz de Tristan vibra con una rabia que refleja la mía. Por un momento, somos nuevamente hermanos unidos en algo.

—Estoy sugiriendo que debemos ser más cuidadosos —Eleanor mira significativamente nuestras posturas cercanas—. Todos nosotros.

El significado detrás de sus palabras es claro como el cristal de los vitrales. Charlie intenta apartarse, pero mis manos se niegan a soltarla. El instinto de protección lucha contra su necesidad de mantener la distancia.

—Necesita descansar —digo, ignorando la mirada de advertencia de Tristan—. El shock...

—Estoy perfectamente bien... —comienza Charlie, pero su voz se quiebra traicioneramente, confirmando mi diagnóstico.

—Por una vez, querida —interviene Eleanor con esa suavidad que esconde acero—, permite que otros se preocupen por ti.

El silencio que sigue está cargado de significados no dichos. Las sombras de los vitrales bailan sobre nosotros mientras el sol de la tarde declina, como si el tiempo mismo contuviera el aliento. El pulso de Charlie bajo mis dedos marca un ritmo que parece sincronizarse con el mío.

—La llevaré al palacio para que pueda descansar en su habitación—se ofrece Tristan, dando un paso adelante, sus ojos fijos en mis manos que aún sostienen a Charlie.

—No —mi voz suena más firme de lo que me siento—. Necesito monitorizarla por el shock. Órdenes médicas.

La tensión entre nosotros podría cortarse con un bisturí. Eleanor nos observa con una mezcla de preocupación y algo que parece casi diversión, como si estuviera presenciando una escena que ya conoce.

—Los dos, fuera —ordena finalmente, su tono recuperando esa autoridad que heredé, pero nunca he querido emular—. Yo me haré cargo de ella.

Tristan duda, su mandíbula tensa en ese gesto tan familiar de cuando quiere protestar, pero sabe que no debe. La mirada de nuestra madre no admite discusión.

Me inclino hacia Charlie una última vez, mis labios cerca de su oído, inhalando el aroma a jazmín que persiste a pesar del antiséptico y el miedo.

—No más sustos por hoy, ¿vale? —susurro, y siento cómo se estremece ligeramente bajo mis manos.

Mientras salgo de la sacristía, con el eco de sus latidos aún en mis dedos, me pregunto si alguna vez podré volver a verla en peligro sin que mi mundo entero se detenga. Por primera vez entiendo realmente lo que significa tener algo que proteger más allá de una corona que nunca he querido.

CAPÍTULO 12

CHARLIE

Las puertas del hospital de la ciudad se abren para recibirnos.

Los pasillos, normalmente tranquilos a esta hora, cobran vida con susurros y miradas furtivas mientras avanzamos. Kylian camina a mi lado, y noto el cambio sutil en su postura: sus hombros se relajan, su paso se vuelve más seguro. Este es su territorio, no el mío.

Una enfermera veterana hace una reverencia apresurada, casi tirando las medicinas que lleva. Kylian la detiene con gentileza, ayudándola a estabilizar la bandeja.

—¿Nerviosa? —susurra, una sonrisa jugando en sus labios mientras esperamos el ascensor.

—Es solo una visita oficial más —respondo, aunque ambos sabemos que no es cierto.

El ala de cardiología está en el sexto piso. Mi madre nos espera junto al puesto de enfermeras, su bata blanca impecable y esa sonrisa que conozco tan bien: mitad profesional, mitad maternal.

—Su Alteza —hace una pequeña reverencia que Kylian inmediatamente descarta con un gesto.

—Por favor, Lady Victoria, aquí soy solo un colega más.

La transformación es fascinante. Observo cómo Kylian revisa historiales clínicos con mi madre, sus dedos recorriendo electrocardiogramas mientras discuten casos. Su rostro se ilumina de una manera que nunca he visto en las reuniones del consejo. Los términos médicos fluyen entre ellos como un idioma secreto: «taquicardia supraventricular», «estenosis mitral», palabras que suenan a poesía en sus labios.

—¿Qué opinas de esta arritmia? —pregunta a un residente que parece a punto de desmayarse de la emoción. Su tono es diferente aquí: más suave, más paciente. El joven médico tartamudea su respuesta, pero Kylian lo guía con preguntas certeras hasta que encuentra la respuesta correcta por sí mismo.

Me mantengo en segundo plano, tomando notas para el comunicado oficial, pero mis ojos no pueden apartarse de él. La forma en que se arrodilla junto a la cama de una anciana, explicándole con infinita paciencia su próxima cirugía. Cómo hace reír a un niño mientras ausculta su corazón, fingiendo escuchar «pequeños elefantes bailando salsa».

—Siempre ha sido así —la voz de Eleanor me sobresalta. No la había oído acercarse—. Incluso de pequeño, curaba a todos sus peluches. Tenía una «sala de emergencias» montada en su habitación. Edmund quería que jugara a ser rey, pero él solo quería ser doctor.

Sus palabras hacen que el corazón se me encoja. ¿Realmente deberíamos estar obligándole a ser rey? ¿Es eso más importante de lo que ya hace? Alejo esos pensamientos de mi cabeza ya que no me van a traer nada bueno. No quiero ablandarme todavía más con él.

En la siguiente habitación, Kylian examina a un paciente mientras mi madre observa. Sus manos se mueven con una seguridad hipnótica sobre el estetoscopio. Un monitor cardíaco marca el ritmo de fondo, y por un momento, me parece que late al compás de mis propios latidos acelerados.

—Por cierto, Charlie —dice mi madre casualmente, demasiado casualmente—, tu padre ha estado cancelando sus chequeos.

Mi corazón da un vuelco. Kylian levanta la vista inmediatamente, sus ojos encontrando los míos.

—¿Desde cuándo? —pregunto, intentando mantener un tono profesional mientras mi mente repasa cada comida familiar reciente, buscando señales que debería haber notado.

—Tres meses —responde mi madre, ajustándose el estetoscopio alrededor del cuello con ese

gesto nervioso que conozco tan bien—. Dice que está muy ocupado con el consejo... Ya sabes cómo es tu padre con los hospitales.

—Yo me ocuparé personalmente —interrumpe Kylian, y hay una autoridad en su voz que no admite discusión—. Programaré una visita domiciliaria esta tarde.

—Su Alteza, no es necesario... —empiezo, pero me interrumpe con una mirada que conozco bien.

—Charlie —su voz se suaviza—, soy médico antes que príncipe. Y tu padre es importante para mí.

El momento es íntimo, demasiado íntimo para un hospital. Eleanor y mi madre intercambian una mirada que pretendo no ver.

La visita continúa. Observo cómo Kylian se detiene en cada habitación, dedicando tiempo a cada paciente. Un anciano le cuenta sobre sus nietos mientras revisa sus puntos quirúrgicos. Una adolescente, claramente nerviosa, se relaja visiblemente cuando él bromea sobre las cicatrices siendo «medallas de guerra cool». No hay rastro del príncipe distante aquí; este es el hombre que eligió salvar vidas antes que gobernar un reino.

—¿Sabías que fue él quien diseñó el nuevo protocolo de cirugía mínimamente invasiva? —comenta mi madre con orgullo mientras lo vemos explicar un procedimiento a un grupo de residentes—. Lo implementamos el año pasado. Ha salvado decenas de vidas.

No lo sabía. Hay tanto que no sé de esta parte de su vida.

La última parada es la unidad neonatal, y no estoy segura de que mi corazón vaya a sobrevivir. Kylian se lava las manos meticulosamente antes de entrar, y contengo el aliento cuando toma en brazos a un bebé prematuro. Sus manos, capaces de realizar las cirugías más delicadas, acunan al pequeño con infinita ternura.

—Será un excelente padre —murmura Eleanor a mi lado, y siento el rubor subir por mis mejillas.

No necesito saber eso. Siento el deseo de salir corriendo. Ya fue suficientemente malo pasarme toda la adolescencia suspirando por un chico que no podía tener, como para que ahora de adulta me suceda lo mismo. No quiero ver todas sus increíbles virtudes, prefiero centrarme en sus defectos, aunque ahora no recuerde cuáles son.

Cuando finalmente salimos del hospital, Kylian camina en silencio a mi lado. Hay una paz en su rostro que no le había visto antes.

—¿A qué hora quieres visitar a mi padre? —pregunto suavemente.

Se detiene, girándose hacia mí con una sonrisa que hace que mi corazón salte.

—¿Vendrás conmigo?

—Siempre.

La palabra sale antes de que pueda pensarla, cargada de más significado del que pretendía. Sus ojos brillan con algo que hace que el mundo a nuestro alrededor desaparezca.

—Me gusta cómo suena eso —susurra, y por un momento no somos la Directora de comunicación y el príncipe heredero. Solo somos Charlie y Kylian, y el futuro parece lleno de posibilidades.

KYLIAN

El ritmo familiar de los monitores cardíacos es como música para mis oídos. Pip-pip, pip-pip. Es el sonido que me acompañó durante mis años en Nueva York, el pulso constante que marcó mis

guardias en el Presbyterian, no el ruido vacío de la política y los protocolos reales. Aquí, entre las paredes blancas del Hospital Real, casi puedo fingir que soy solo el Dr. Ashthorne de nuevo.

Lady Victoria —la madre de Charlie— me pasa un historial tras otro. Su eficiencia me recuerda a su hija, aunque aquí los números son latidos por minuto en lugar de índices de aprobación real. La forma en que maneja el departamento de cardiología me hace pensar en la Dra. Chen, mi mentora en Nueva York, que no sabía que era un príncipe hasta que lo vio en las noticias.

—Este caso te interesará —dice Lady Victoria, y noto cierta tensión en su voz—. Estenosis aórtica severa, asintomática hasta ahora.

Mi corazón se detiene un instante al ver el nombre del paciente: Lord William Sinclair.

—¿Desde cuándo? —pregunto, manteniendo mi voz profesional mientras escaneo los resultados. Los números bailan ante mis ojos: fracción de eyección reducida, gradiente transvalvular elevado. En Nueva York, ya estaría programando la cirugía.

—Las primeras anomalías aparecieron hace seis meses. Pero ya conoces a William, siempre demasiado ocupado con los asuntos de la corona.

La última frase me golpea como un puño. Los asuntos de la corona. Los mismos que ahora deberían ser mi prioridad, no estos historiales médicos que anhelo revisar.

Por el rabillo del ojo, veo a Charlie en el pasillo, tomando notas en su tablet. Me alegro de que esté lejos y no haya podido escucharnos. No quiero que se asuste.

—Necesitará cirugía —murmuro, más para mí mismo que para Lady Victoria—. El reemplazo valvular no puede esperar mucho más.

—Eso si conseguimos que se deje examinar —suspira ella.

Antes de poder responder, un grupo de residentes se acerca. Sus batas blancas almidonadas y sus rostros ansiosos me transportan a mis propios días de residente en Nueva York, cuando mi única preocupación era mantener vivos a mis pacientes.

—Dr. Ashthorne —dice uno de ellos, y el uso de mi título médico en lugar del real me produce un placer inesperado—, ¿es cierto que realizó una cirugía de válvula mitral en tiempo récord en el Presbyterian?

La pregunta me sorprende. No esperaba que aquí conocieran mis logros médicos.

—Cuatro horas y diecisiete minutos —respondo, y por un momento soy solo un cirujano compartiendo experiencias—. Aunque el mérito fue del equipo completo.

—Y del cirujano que lo lideró —la voz de mi madre nos interrumpe. Eleanor se acerca con esa gracia suya que hace parecer que flota—. He estado leyendo sobre tus logros en Nueva York, hijo.

Los residentes se alejan tras una ronda de reverencias, y mi madre aprovecha para tomarme del brazo, guiándome hacia la ventana que da a los jardines del hospital.

—Te he observado hoy —dice suavemente—. Es la primera vez desde tu regreso que te veo realmente vivo.

Mi mirada se desvía hacia Charlie, que ahora está en la sala pediátrica. Una niña pequeña le muestra su muñeca, probablemente explicando alguna historia elaborada sobre cómo se lastimó. La sonrisa de Charlie es diferente aquí, más suave, más real que las que ensaya para la prensa.

—¿Sabes que viene cada semana? —comenta mi madre, siguiendo mi mirada—. Lee cuentos a los niños en oncología. Nadie se lo ha pedido, simplemente lo hace.

Algo se agita en mi pecho, una emoción que me niego a examinar demasiado de cerca.

—Ella entiende el deber, Kylian —continúa Eleanor—. Pero también entiende la pasión. Como tú.

Las palabras de mi madre resuenan mientras observo a Charlie reír con los niños. Pienso en Lord

Sinclair y su corazón obstinado, en los residentes ansiosos por aprender, en todas las vidas que no podré salvar durante estos meses por culpa de la corona.

—Debo irme —digo abruptamente—. Tengo una reunión con el consejo en una hora.

La mentira sabe amarga en mi boca. Lo que realmente tengo es miedo. Miedo de permitirme soñar con una vida donde pueda ser ambas cosas. Donde el príncipe y el médico no sean enemigos.

Donde Charlie me mire así, con esa mezcla de orgullo y algo más, todos los días.

Mientras me alejo, escucho el pip-pip constante de los monitores. El sonido me persigue como un recordatorio de todo lo que estoy a punto de perder. De todo lo que soy y no podré ser.

La corona pesa más cada día.

CAPÍTULO 13

CHARLIE

—Necesito escapar de todo esto —murmura Kylian, aflojándose la corbata mientras revisa otra pila de documentos en su despacho. La luz de la mañana dibuja sombras bajo sus ojos, revelando el agotamiento que intenta ocultar—. Solo por unas horas.

Lo observo un momento, recordando todas las veces que yo misma he necesitado huir del peso de las expectativas. Las noches en vela, los eventos interminables, las sonrisas perfectamente ensayadas. Tomo una decisión impulsiva.

—Ven conmigo —digo, quitándole el documento de las manos. El papel cruje entre mis dedos como una pequeña rebelión—. Creo que tengo la solución para lo que necesitas.

Kylian clava su mirada curiosa sobre mí, pero no duda en levantarse de su silla y acercarse a mí.

—¿A dónde quieres ir? —su voz está cargada de curiosidad.

—Pronto lo verás —le respondo, y no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mi cara anticipando lo que vamos a hacer—. Solo voy a decirte que, en esta ocasión, esta salida es para ti. Nada de prensa. Nada de protocolo. Esta semana te has ganado el derecho a descansar.

La sonrisa que se dibuja en su cara en respuesta a mis palabras es suficiente para acelerar mi corazón hasta cotas inimaginables. Me fuerzo a apartar la mirada de él y me doy la vuelta para salir del despacho.

Veinte minutos después, su expresión cuando me ve junto a mi Mini Cooper azul en el garaje real es impagable. El coche, con sus pegatinas de la universidad y un pequeño rasguño en la puerta del copiloto, parece fuera de lugar entre los Bentley y Rolls Royce oficiales.

—¿Vamos a ir en... esto? —pregunta, mirando el coche como si fuera un animal exótico.

—Hoy no eres el príncipe heredero —respondo, lanzándole una chaqueta informal que he cogido prestada de su armario. El cuero suave aterrizza en sus manos—. Hoy eres solo Kylian.

Para mi sorpresa, sonríe y se quita la corbata por completo, guardándola en el bolsillo con un gesto que parece liberador.

La emoción comienza a bullir en mi interior.

El primer destino es el mercado medieval de St. Anne. Las callejuelas empedradas son demasiado estrechas para el coche por lo que vamos andando. Los arcos centenarios parecen susurrar secretos mientras caminamos. El aroma a especias y pan recién horneado flota en el aire, mezclándose con el eco de conversaciones y las risas que llegan del mercado. Kylian mira todo con ojos nuevos: los puestos de especias con sus pirámides de colores brillantes, los artesanos trabajando el cuero con herramientas centenarias, las ancianas vendiendo pan cuya receta ha pasado de generación en generación.

—¿Es eso cardamomo? —pregunta, inclinándose sobre un puesto de especias. Sus dedos rozan las semillas aromáticas con delicadeza. La vendedora, demasiado ocupada pesando azafrán, apenas le presta atención.

—El mejor de la ciudad —respondo, comprando un pequeño saquito. El papel marrón cruje entre mis dedos—. Espera a probar el chai de la señora Beatrice.

La cafetería está escondida al final de un callejón. Es tan estrecho, que tenemos que caminar uno detrás del otro. Nuestros hombros rozan las paredes de piedra antigua, pulidas por siglos de caminantes. El aroma a especias y café recién molido nos recibe como un abrazo.

—¡Charlie, querida! —Beatrice sale de detrás del mostrador, su delantal cubierto de harina y una sonrisa que ilumina su rostro arrugado—. ¡Hace días que no te veo!

Se detiene al ver a Kylian, sus ojos agrandándose con reconocimiento, pero antes de que pueda hacer una reverencia, la detengo con un gesto suave.

—Es solo un amigo, Bea. ¿Nos pones dos chai y una porción de tu tarta de manzana?

Nos sentamos en el rincón más alejado, donde las paredes de piedra medieval crean una burbuja íntima. Las velas sobre la mesa parpadean suavemente, proyectando sombras danzantes sobre su rostro. Observo cómo Kylian cierra los ojos al primer sorbo de chai, una expresión de puro deleite suavizando las líneas de preocupación que últimamente parecen permanentes en su rostro.

—Esto es... increíble —murmura, sus dedos acariciando la taza de cerámica artesanal—. ¿Cómo no conocía este lugar?

—Porque los príncipes no suelen frecuentar callejones medievales —bromeo, aunque hay una verdad más profunda en mis palabras—. Este es mi refugio desde la universidad. Aquí escribí mi tesis, lloré por los exámenes y... —me detengo, casi revelando que también lloré por él cuando se fue, que pasé noches enteras en este rincón intentando entender por qué había elegido abandonarnos.

—¿Y? —pregunta, inclinándose hacia adelante. La luz de las velas hace que sus ojos parezcan más grises que nunca.

—Y descubrí que la mejor manera de conocer un reino es a través de sus rincones secretos —desvíó el tema, aunque por su mirada sé que ha notado mi evasión.

La tarde avanza mientras lo guío por mi Ravencross: la librería donde el señor Thompson guarda primeras ediciones en el sótano, sus páginas amarillentas susurrando historias olvidadas. El muelle donde los pescadores venden la captura del día, sus manos curtidas por el mar clasificando pescados brillantes. El jardín escondido donde un grupo de ancianas mantiene vivas rosas centenarias, cada flor tiene una historia de amor y perseverancia.

En cada parada, veo cómo algo en él se relaja un poco más. La tensión abandona sus hombros gradualmente, como un nudo que se deshace. Su risa se vuelve más fácil, más genuina, sus gestos más naturales. Cuando una niña le ofrece una flor silvestre sin reconocerlo, sus ojos brillan con algo parecido a la libertad, y por un momento veo al chico que fue antes de que la traición de su padre lo cambiara.

El sol empieza a ponerse cuando llegamos a mi último refugio: la Torre del Vigía. Los últimos rayos del día tiñen las piedras centenarias de oro viejo. Subimos los gastados escalones de piedra en silencio, nuestros pasos resonando en la antigua estructura. Cada peldaño cuenta una historia: aquí me escondí durante mi primera crisis profesional, aquí celebré mi primera victoria en la corte.

—Solía venir aquí cuando todo era demasiado —confieso mientras emergemos en la terraza. El viento marino nos recibe, trayendo consigo el aroma a sal y libertad—. Cuando el peso de ser perfecta, de mantener las apariencias, se volvía insoportable.

Kylian se acerca al parapeto, su perfil recortado contra el cielo del atardecer. La luz dorada suaviza sus facciones, haciéndolo parecer más joven, más vulnerable. Desde aquí, Ravencross se extiende ante nosotros: el casco antiguo con sus tejados de pizarra que brillan como escamas de dragón, el puerto con sus barcos pesqueros meciéndose suavemente, y a lo lejos, el palacio real reflejando los últimos rayos de sol como un espejismo dorado.

—Es hermoso —susurra, y hay asombro genuino en su voz—. Todo este tiempo... todo este tiempo he estado mirando el reino equivocado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, aunque algo en mi corazón ya conoce la respuesta.

Se gira hacia mí, y hay algo nuevo en su mirada, algo que hace que mi corazón se acelere. El viento juega con su pelo, desordenándolo de una manera que ningún protocolo real aprobaría.

—He estado tan ocupado huyendo lejos de aquí, lejos de las obligaciones que jamás miré el reino real. El reino en el que viven las personas normales. El reino de la señora Beatrice y su chai, el de los pescadores y las rosas antiguas —hace una pausa, sus ojos encontrando los míos con una intensidad que me roba el aliento—. Tu reino, Charlie.

El viento marino revuelve su pelo, y por un momento no veo al príncipe heredero ni al futuro rey. No veo al hombre que debe gobernar un país durante seis meses, ni veo al que huyó hace años. Solo veo a Kylian, un hombre descubriendo su hogar por primera vez.

Y es increíble.

La atracción que siento por él se hace cada vez más grande.

No sé si voy a sobrevivir a estos meses.

KYLIAN

El Mini Cooper azul de Charlie parece una broma en el garaje real, rodeado de vehículos blindados y limusinas oficiales. Un pequeño rebelde entre gigantes protocolarios, con sus pegatinas descoloridas de la universidad y ese rasguño en la puerta que cuenta historias de una vida normal que nunca tuve. Como ella, pienso, tan fuera de lugar y al mismo tiempo tan perfectamente adaptada a este mundo.

Cuando lo arranca, el sonido ronroneante no tiene nada que ver con el silencio sepulcral de los coches oficiales. No hay guardaespaldas, ni protocolo, ni el peso familiar de las expectativas reales. Solo Charlie, con su cabello suelto meciéndose con la brisa que entra por la ventana y una sonrisa que promete aventuras.

No puedo apartar los ojos de ella.

Las calles empedradas de Ravencross desfilan ante nosotros. Conozco estos caminos, por supuesto, los he recorrido mil veces en procesiones oficiales y visitas de estado. Pero nunca así, desde el asiento de un Mini Cooper con pegatinas de la universidad, viendo la ciudad a través de los ojos de Charlie. Cada giro revela un secreto nuevo: un mural escondido, una fuente antigua, un árbol centenario que ha visto pasar generaciones.

El mercado de St. Anne es una explosión de vida y color. Los aromas me golpean primero: especias exóticas que danzan en el aire, pan recién horneado que hace rugir mi estómago, café tostado que promete historias por contar. Observo fascinado cómo Charlie navega entre los puestos con familiaridad, saludando a vendedores por su nombre, probando quesos y aceitunas que le ofrecen sin ceremonias. Aquí no es la Directora de comunicación Real; es solo Charlie, la chica que conoce las mejores aceitunas y sabe regatear por especias.

—Prueba esto —dice, ofreciéndome un trozo de pan todavía caliente, la corteza crujiente entre mis dedos—. La señora Elena lo hace con una receta de su bisabuela.

El sabor explota en mi boca, nada que ver con los elaborados menús del palacio. Simple, auténtico, real. Como todo en este Ravencross que Charlie me está mostrando.

En cada parada, Charlie comparte una historia: aquí escribió su primer discurso real, sentada en el borde de una fuente con el portátil en las rodillas. Allí se escondió después de una pelea con su madre sobre «expectativas nobiliarias», encontrando consuelo en un helado de lavanda. En esa esquina, Tristan y ella solían compartir secretos y sueños adolescentes, cuando el mundo parecía más simple. Cada anécdota revela una capa más de ella, de la mujer bajo la máscara profesional que siempre muestra en el palacio.

La cafetería de Beatrice es una revelación. El local, apenas más grande que mi vestidor en palacio, rezuma calidez y autenticidad. Las paredes de piedra antigua guardan siglos de conversaciones susurradas, y el aroma a cardamomo y canela envuelve cada rincón como un abrazo. Charlie me empuja hacia un rincón apartado, donde las velas parpadean sobre una mesa de madera gastada, y por primera vez en semanas, siento que puedo respirar.

¿Cuántas veces pasé por estas calles sin ver realmente? ¿Cuántas historias como esta me perdí mientras estaba ocupado huyendo de quien se suponía que debía ser?

La observo mientras habla, la luz del atardecer jugando con su cabello, sus ojos brillando con pasión mientras señala diferentes lugares de la ciudad. Esta es la verdadera Charlie, pienso. No la perfecta Directora de comunicación, sino la mujer que conoce cada rincón de su ciudad, que guarda sus secretos, que la ama con una fiereza que me deja sin aliento.

Y por primera vez desde mi regreso, siento que podría pertenecer a aquí. No por deber o por nacimiento, sino por elección. Por ella.

El pensamiento debería asustarme, pero mientras el sol se pone sobre Ravencross y Charlie me cuenta otra historia sobre la ciudad que tanto ama, solo siento paz.

Y quizás, solo quizás, algo más que no me atrevo a nombrar todavía.

CAPÍTULO 14

CHARLIE

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —exijo, cerrando la puerta de mi oficina con más fuerza de la necesaria. Los ventanales victorianos tiemblan ligeramente, como anticipando la tormenta que se avecina. La luz de la tarde se filtra a través de las cortinas de seda, proyectando sombras danzantes sobre las paredes tapizadas.

Kylian se gira hacia mí con esa calma exasperante que ha perfeccionado desde su regreso. Su corbata está ligeramente torcida, único indicio de su propio enfado.

—¿Te refieres a decir la verdad en una reunión del consejo? —su voz es engañosamente suave, con ese tono aristocrático que me saca de quicio—. Pensaba que eso era parte de mis deberes reales.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —avanzo hacia mi escritorio, necesitando la barrera física entre nosotros. Mis tacones resuenan contra el parqué, marcando cada paso como una acusación—. «No tengo intención de continuar con esta farsa más tiempo del necesario.» ¿En serio, Kylian? ¿Delante de todo el consejo?

—¿Preferirías que mintiera? —da un paso hacia el escritorio, sus ojos grises tormentosos como el mar que azota los acantilados de Ravencross—. ¿No es eso lo que haces tú? ¿Maquillar la verdad hasta que sea «apropiada»?

El golpe da en el blanco y él lo sabe. Siento el rubor subir por mi cuello, mezcla de rabia y algo más que no quiero examinar demasiado de cerca. Algo que lleva años dormido, despertando peligrosamente.

—Mi trabajo es proteger la imagen de la corona —mis nudillos están blancos sobre el borde del escritorio de caoba pulida, herencia de tres generaciones de directores de comunicación—. Tu trabajo es no hacer el mío imposible.

—Ah, sí, la imagen —su risa carece de humor, resonando en las paredes de mi oficina como un desafío—. Siempre la maldita imagen. ¿Y qué hay de la verdad, Charlie? ¿Qué hay de lo que realmente importa?

—¿La verdad? —mi voz tiembla ligeramente, traicionando la compostura que intento mantener—. ¿Quieres hablar de verdad? Bien. La verdad es que llevas un par de días saboteando cada intento de hacer esto funcionar. La verdad es que te estas comportando como un adolescente rebelde en lugar del futuro rey que deberías ser y no lo entiendo. El otro día visitando el pueblo creía que habías empezado a amar al reino.

Esta vez mi golpe es el que da en su blanco. Kylian toma mi comentario como si le hubiera dado un golpe.

Rodea el escritorio en dos zancadas. De repente está demasiado cerca, su presencia llenando todo mi espacio personal. El aroma de su aftershave me envuelve, familiar y perturbador a la vez.

—¿Crees que porque controlas cada detalle de mi agenda, cada palabra que digo en público, me conoces? —su voz es baja, peligrosa, enviando escalofríos por mi columna.

—Te conozco mejor de lo que crees —las palabras salen antes de que pueda detenerlas, cargadas con el peso de años de observación silenciosa—. Te he estado observando toda mi vida.

Algo cambia en su mirada. El aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de electricidad. La luz del atardecer dibuja sombras en su rostro, acentuando los ángulos que tanto han cambiado desde que éramos adolescentes.

—¿Es eso lo que haces, Charlie? ¿Observar desde las sombras, controlando todo desde la distancia? —su voz tiene un tono que nunca le había escuchado, algo crudo y personal.

—Alguien tiene que hacerlo —intento dar un paso atrás, pero mi espalda choca contra la librería. El olor a cuero de los libros antiguos se mezcla con su aroma, mareándome—. Alguien tiene que mantener este reino a flote mientras tú juegas a ser rebelde.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —está tan cerca que puedo contar las motas doradas en sus ojos grises, ver la pequeña cicatriz en su mandíbula de aquel accidente de polo—. ¿Jugando?

—No sé qué estás haciendo —susurro, mi voz traicionándome—. Ya no sé quién eres.

—Ese es el problema, ¿verdad? —su mano se apoya en la librería junto a mi cabeza, atrapándome efectivamente. Los libros de protocolo nos rodean como testigos silenciosos—. No puedes controlarme. No puedes meterme en una de tus pulidas notas de prensa.

—No intento...

—Sí lo intentas —me interrumpe, su aliento cálido contra mi mejilla—. Siempre intentando controlar todo. ¿Pero sabes qué, Charlie? La vida no es una de tus ruedas de prensa perfectamente orquestadas.

—Para —mi voz suena débil incluso para mis propios oídos, un ruego que ni yo misma sé si es para que se detenga o continúe.

—¿Por qué? ¿Porque no está en el guion? ¿Porque esto —su mano libre roza mi mejilla, un toque tan ligero que podría ser imaginario— no está en tu plan maestro?

El contacto envía electricidad por mi columna. Debería apartarme, debería recordarle los protocolos, las normas, todo lo que nos separa. Debería ser profesional, mantener la distancia que tan cuidadosamente he construido.

En cambio, me encuentro inclinándome hacia su toque.

No sé cómo hemos pasado de estar discutiendo a esto.

—Kylan... —mi voz es apenas un susurro, cargado con años de anhelo reprimido.

—Dime que pare —murmura, su aliento mezclándose con el mío—. Dime que esto no es lo que quieres

Y eso es todo. Algo se rompe dentro de mí, años de control y anhelo silencioso estallando como una presa desbordada.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que un momento estamos discutiendo y al siguiente sus labios están sobre los míos, furiosos y hambrientos. Mis manos se enredan en su pelo, desordenando el peinado perfecto. Sus dedos se clavan en mi cintura, atrayéndome más cerca, como si quisiera borrar cualquier espacio entre nosotros.

El beso sabe a café y a promesas rotas, a años de deseo reprimido y a todas las palabras que nunca le he dicho. Es una tormenta, una revolución, un terremoto que amenaza con destruir todo lo que he construido tan cuidadosamente.

Y no me importa.

KYLIAN

«Por fin»

Es lo primero que pienso cuando mis labios impactan con los de Charlie.

Estos últimos días, desde nuestra escapada al pueblo, en lo único que he podido pensar es en lo mucho que la deseo. Por eso me estoy comportando como un gilipollas. Por eso estoy más tenso de lo habitual.

Y ahora, ahora la tengo en mis brazos.

El beso es una tormenta, violento y necesitado. Sus manos en mi pelo envían escalofríos por mi columna, y mis dedos se clavan en su cintura como si temiera que fuera a desvanecerse.

Sabe a café y a algo dulce, probablemente esos caramelos de menta que siempre tiene en su escritorio. Pero más que eso, sabe a Charlie: a control perfectamente dominado y pasión apenas contenida, a noches en vela preparando informes y a sonrisas secretas sobre tazas de té.

Mis manos suben a su rostro, sosteniendo el momento como si fuera algo precioso y frágil. Y lo es. Este instante, suspendido entre el deber y el deseo, entre lo que deberíamos ser y lo que realmente somos, es brutal.

El sabor de sus labios, el sonido suave que hace cuando mi pulgar acaricia su mejilla, la forma en que su cuerpo encaja perfectamente contra el mío... todo se graba a fuego en mi memoria.

El suave golpe en la puerta nos separa como si nos hubiera alcanzado un rayo. Eleanor está en el umbral, su expresión inescrutable mientras nos observa. Me aparto de Charlie bruscamente, aunque el daño ya está hecho. Su moño, que siempre está impecable, está medio deshecho, y puedo sentir que mi corbata está completamente torcida. El rubor en sus mejillas y sus labios hinchados por los besos nos delatan como ninguna palabra podría hacerlo.

—El primer ministro está esperando —dice mi madre suavemente. Hay algo en su mirada, una mezcla de comprensión y preocupación que me hace sentir como un adolescente pillado in fraganti.

Intento arreglarme la corbata con normalidad, pero me resulta imposible. El sabor de Charlie aún permanece en mis labios, y evito mirarla porque sé que, si lo hago, desearé volver a besarla y malditas sean las consecuencias.

Salgo de la oficina sin decir una palabra, pero cada paso que me aleja de ella es una tortura. El eco de sus tacones contra el parqué me dice que ella también se está recomponiendo, volviendo a ser la perfecta directora de comunicación que todos esperan que sea.

Pronto tendremos que sentarnos en la misma mesa, hacer como si esto no hubiera sucedido. Volveremos a ser el príncipe heredero y la directora de comunicación, interpretando nuestros papeles en esta obra real.

Pero algo fundamental ha cambiado, y mientras camino hacia la reunión con el primer ministro, sé con certeza que ninguna máscara, ningún protocolo, podrá borrar el recuerdo de este momento.

Ni el sabor de la libertad en sus labios.

CAPÍTULO 15

CHARLIE

El jet privado real vibra suavemente mientras atravesamos un banco de nubes. Mantengo mis ojos fijos en la tablet, releyendo por décima vez el mismo párrafo sobre acuerdos comerciales con Bélgica. Intento concentrarme en las cifras, en los datos, en cualquier cosa excepto en su presencia al otro lado del pasillo.

Cada vez que Kylian se mueve, su aroma llega hasta mí como una distracción no deseada. Me obligo a no levantar la vista cuando pasa las páginas de sus documentos, aunque puedo imaginar perfectamente cómo frunce el ceño mientras estudia los informes, un gesto que conozco desde que éramos adolescentes.

El beso de hace dos días flota entre nosotros como un fantasma, haciendo que el aire en la cabina parezca denso, cargado de tensión no resuelta. Ninguno lo ha mencionado. Es más fácil fingir que no sucedió, enterrarlo bajo capas de profesionalismo y protocolo.

Gracias al cielo, no tardamos mucho en llegar. Pero si pensaba que por no estar encerrados juntos en un espacio reducido las cosas iban a mejorar, estaba muy equivocada.

Durante las reuniones, me sorprende a mí misma admirando su forma natural de desenvolverse. La forma en que maneja las negociaciones con una mezcla perfecta de autoridad real y encanto diplomático hace que mi trabajo sea más sencillo. Algo ha cambiado en su forma de comportarse desde el beso. Es como si se hubiese vuelto a centrar en su obligación de ser rey.

Cuando defiende apasionadamente un punto sobre energías renovables, una pequeña sonrisa de aprobación se me escapa antes de poder contenerla.

Nuestras miradas se cruzan accidentalmente sobre la mesa de negociaciones, y por un segundo el recuerdo de sus labios sobre los míos amenaza mi compostura profesional. Bajo la vista rápidamente hacia mis notas, mis mejillas ardiendo traicioneramente.

La cena diplomática es una prueba de resistencia. El protocolo nos ha sentado estratégicamente separados, pero la distancia no ayuda. Cada vez que levanto la vista de mi plato, me encuentro buscándolo inconscientemente. En ocasiones, lo atrapo mirándome también, y ambos desviamos la mirada como adolescentes pillados in fraganti.

Me concentro en cortar mi filete en trozos perfectamente simétricos, en mantener conversaciones triviales con el embajador sentado a mi derecha, en cualquier cosa excepto en la forma en que la luz de las velas juega con sus rasgos al otro lado de la mesa.

Esta es nuestra nueva normalidad: una danza de miradas evitadas y proximidad forzada, de profesionalismo tenso y deseo negado. Cada sonrisa contenida, cada gesto interrumpido, cada palabra medida cuidadosamente para mantener las distancias.

Porque lo que sucedió en mi oficina fue un error que no puede repetirse. Porque hay demasiado en juego. Porque en tres meses él se irá, y yo tengo que seguir siendo la perfecta directora de comunicación que todos esperan que sea.

Así que mantengo mi máscara profesional firmemente en su lugar, ignorando cómo mi corazón se acelera cuando nuestras miradas se encuentran accidentalmente. Ignorando el hecho de que, por primera vez en mi vida, el control que tanto me ha costado mantener amenaza con desmoronarse.

Y si mis manos tiemblan ligeramente mientras tomo notas, si mi voz suena un poco tensa cuando tengo que dirigirme a él directamente, nadie tiene por qué saberlo.

Excepto él.

Porque por la forma en que sus ojos se oscurecen cada vez que me atrapa mirándolo, por cómo sus dedos se tensan alrededor de su copa de vino cuando hablo, sé que esta tortura es mutua.

Y eso lo hace todo infinitamente peor.

CAPÍTULO 16

CHARLIE

—¿Cómo que hay una sola suite? —mantengo mi voz controlada, pero mis nudillos están blancos alrededor del asa de mi maletín. Trece años de entrenamiento en gestión de crisis amenazan con desmoronarse en este preciso instante—. Debe haber un error. La reserva era para dos habitaciones separadas.

La recepcionista, impecable en su uniforme del Hotel Royal Brussels, teclea nerviosamente en su ordenador. Sus ojos se desvían constantemente hacia Kylian, como si temiera que el príncipe heredero fuera a estallar en cualquier momento. Si supiera que es mi temperamento el que está a punto de quebrar su fachada profesional...

—Lo siento, Lady Sinclair, pero con la cumbre internacional... —sus ojos se desvían nuevamente hacia Kylian, que observa la escena con una calma irritante—. Solo nos queda la suite presidencial.

Siento su presencia detrás de mí, demasiado cerca para mi tranquilidad mental. Su calor corporal parece atravesar las capas de mi traje sastre, y el aroma de su colonia me transporta peligrosamente al momento en su oficina que estoy intentando olvidar.

—No hay problema —su voz grave envía escalofríos por mi columna—. Estoy seguro de que Lady Sinclair puede manejar la situación con su habitual... eficiencia.

Hay algo en su tono que me hace querer estrangularlo con su perfecta corbata de seda.

Los siguientes minutos son un ejercicio de diplomacia mientras mantengo la compostura frente al personal del hotel. No podemos hacer una escena: los periodistas que cubren la cumbre estarían encantados con el escándalo de que el príncipe heredero y su directora de comunicación discutan por compartir habitación, por lo que no me queda otro remedio que aceptar que la compartiremos.

Este viaje no hace más que empeorar.

Kylian no parece nada perturbado y eso solo me enfada más.

Lo único bueno de la situación es que la suite es una obra maestra de lujo europeo. Techos altos con molduras doradas, ventanales que van del suelo al techo ofreciendo vistas panorámicas de Bruselas, muebles de época que probablemente cuestan más que mi salario anual. Salón, despacho, dos baños... pero solo un dormitorio. Con una cama king size que parece burlarse de mi intento de mantener las distancias profesionales.

El papel tapiz color crema, los sofás de terciopelo azul medianoche, las lámparas de cristal que arrojan una luz íntima... todo parece diseñado para recordarme que esto es todo menos profesional.

—Dormiré en el sofá —anuncio secamente, dejando mi maletín sobre una mesa.

—No seas ridícula —Kylian examina el sofá con ojo crítico—. Mides uno sesenta y ocho, pero ese sofá no tiene más de uno cincuenta.

—¿Cómo sabes mi...? —me interrumpo. No quiero saber por qué conoce mi altura exacta.

—El dormitorio es tuyo —declara con ese tono principesco que no admite discusión—. Tengo una reunión con el ministro de energía. No volveré hasta tarde.

Y con eso se va, dejándome sola con mis pensamientos caóticos y el aroma persistente de su aftershave.

Después de una tarde de llamadas y emails intentando resolver la situación (sin éxito), la recepcionista tenía razón al decir que todos los hoteles estaban completos, decido darme una ducha. Por lo menos voy a disfrutar del lujo puesto a mi alcance. El vapor llena el baño de mármol,

empañando los espejos y creando una atmósfera onírica. El agua caliente golpea mis hombros tensos, y por un momento me permito cerrar los ojos y fingir que estoy en casa, lejos de esta situación imposible.

Es la falsa sensación de seguridad lo que me hace salir envuelta solo en una toalla. El algodón egipcio es suave contra mi piel húmeda, pero de repente parece demasiado fino, demasiado corto, cuando mis ojos se encuentran los suyos.

Kylian.

¿Qué está haciendo ya aquí?

Está sentado en el salón, su corbata aflojada y las mangas de su camisa remangadas, una imagen que protagoniza demasiados de mis sueños prohibidos. La luz del atardecer que se filtra por los ventanales juega con sus rasgos, suavizando los ángulos de su mandíbula, pero intensificando el gris tormentoso de sus ojos.

Una gota de agua se desliza por mi cuello, y sus ojos la siguen como un depredador sigue a su presa. Puedo sentir su recorrido como si fueran sus dedos los que trazan ese camino. El aire entre nosotros se espesa, cargado de tensión no resuelta y deseo contenido. El silencio en la suite es ensordecedor, roto solo por el sonido de nuestras respiraciones cada vez más agitadas.

El timbre de mi móvil rompe el momento como un cristal estrellándose. La foto de Tristan ilumina la pantalla.

—Yo... debería... —señalo vagamente hacia el dormitorio, consciente de que la toalla se está deslizando peligrosamente.

—Deberías —su voz es ronca, sus ojos todavía fijos en mí con una intensidad que hace que mis rodillas tiemblen.

Salgo corriendo antes de que haga nada de lo que me arrepentiré después.

Me refugio en el dormitorio, mi corazón latiendo desbocado. La voz de Tristan al teléfono es un ancla a la realidad, aunque apenas registro lo que dice. Solo puedo pensar en que Kylian está al otro lado de la pared.

La noche se convierte en una dulce tortura. Cada vez que tengo que cruzar el salón para buscar documentos, soy dolorosamente consciente de su presencia. El rasgueo de su pluma sobre el papel, el sonido de las páginas al pasar, incluso su respiración... todo parece amplificado en el silencio de la suite.

Me acuesto tarde, después de asegurarme de que mi pijama de seda cubre cada centímetro de mi piel. La cama es ridículamente cómoda, las sábanas frescas contra mi piel acalorada, pero el sueño me elude. Kylian todavía no se ha acostado. Los sonidos de la suite se amplifican en la oscuridad: el roce de papeles mientras él sigue trabajando, el tintineo ocasional de un vaso de agua, sus pasos amortiguados por la alfombra.

Cada pequeño ruido es como una caricia no deseada en mis sentidos hipersensibles. Me encuentro conteniendo la respiración cada vez que pasa cerca de la puerta del dormitorio, mi cuerpo traicioneramente alerta a su presencia.

El reloj de mi mesita marca las horas con cruel lentitud. 1:23. 2:47. 3:15. Cada minuto es un ejercicio de autocontrol, cada hora una batalla contra el impulso de cruzar esa puerta y terminar lo que empezamos en mi oficina.

Pero no puedo. No debo. Hay demasiado en juego: mi carrera, mi corazón. Porque todos sabemos que, cuando pasen los seis meses, Kylian se marchará del reino para no regresar jamás. Así que me quedo mirando el techo, contando respiraciones, intentando ignorar el calor que se acumula en mi vientre cada vez que lo oigo moverse al otro lado.

Va a ser una noche muy larga. Y mañana tendremos que fingir que nada de esto importa, que somos solo el príncipe heredero y su directora de comunicación, interpretando nuestros papeles en esta obra real que cada vez se siente más como una dulce tortura.

KYLIAN

La reunión con el ministro es interminable, y mi mente no deja de volver a Charlie, sola en nuestra suite. Nuestra suite. Las palabras tienen un sabor peligroso.

La deseo mucho más de lo que soy capaz de controlar. No puedo dejar de pensar en ella y esto es un problema a punto de estallar.

Cuando regreso, la suite está en silencio. Me aflojo la corbata, remangándome la camisa mientras reviso documentos. El sonido de la ducha llega desde el baño, y con él, el aroma a jazmín que siempre he asociado con ella. Me pongo dolorosamente duro de imaginarme que está desnuda al otro lado de la pared, con el agua resbalando sobre su cuerpo.

No estoy preparado para lo que sucede después.

Charlie emerge del baño envuelta únicamente en una toalla, su pelo húmedo cayendo en ondas sobre sus hombros desnudos. Una gota de agua se desliza por su cuello, trazando un camino que mis dedos ansían seguir. El aroma a jazmín de su gel de ducha llena la habitación y que hace que mi sangre hierva.

El tiempo se detiene. La luz del atardecer la baña en tonos dorados, haciendo que su piel brille como si estuviera hecha de miel y oro. La toalla apenas cubre lo necesario, y mis manos se tensan sobre los documentos que pretendo leer.

Nuestros ojos se encuentran, y el aire entre nosotros se carga de electricidad. Puedo ver el pulso acelerado en su garganta, notar cómo su respiración se vuelve más superficial. Mi propio corazón martillea contra mis costillas con fuerza suficiente para hacerse oír.

El timbre de su móvil rompe el momento. La foto de Tristan en la pantalla es como un cubo de agua fría, un recordatorio de todas las razones por las que no puedo cruzar la habitación y reclamar sus labios como deseo.

—Yo... debería... —señala hacia el dormitorio.

—Deberías —mi voz suena irreconocible, ronca de deseo contenido.

Las horas se arrastran mientras permanezco en el sofá, torturado por su cercanía. El silencio de la suite solo intensifica cada pequeño sonido: el susurro de las sábanas al otro lado de la pared, su respiración suave, el roce de la seda contra su piel.

Mi cuerpo reacciona inevitablemente ante los recuerdos de esta tarde. Charlie emergiendo del baño envuelta en aquella toalla, vulnerable y hermosa, el agua deslizándose por su piel como una caricia prohibida. El aroma a jazmín aún flota en el aire, mezclándose con la tensión que vibra entre estas paredes.

Mi mano se desliza bajo la cintura del pantalón casi sin mi permiso. Cierro los ojos y dejo que las imágenes fluyan: el rubor en sus mejillas cuando nuestras miradas se cruzaron, la forma en que la toalla se aferraba a sus curvas, el temblor en su voz cuando Tristan llamó.

Mis dedos acarician mi miembro y encuentran un ritmo perfecto mientras imagino cómo habría sido si el teléfono no hubiera sonado. Si hubiera cruzado la habitación y reclamado sus labios como deseaba. Si hubiera trazado con mi boca el camino de aquella gota de agua por su cuello.

El placer se construye con cada movimiento, con cada fantasía. La imagino suspirando mi nombre, sus uñas clavándose en mis hombros, su piel de seda bajo mis manos. El ritmo se acelera,

mi respiración se vuelve errática.

Se que me la estoy jugando masturbándome en un lugar donde si sale de su habitación podría verme, pero eso solo me excita más. Así que me acaricio con más fuerza.

Su nombre se ahoga en mi garganta cuando el clímax me alcanza, un gemido apenas contenido en la oscuridad. La liberación me deja exhausto pero insatisfecho, porque ninguna fantasía podrá compararse con la realidad que duerme a pocos metros.

El amanecer me encuentra aún despierto, contemplando el techo y escuchando su respiración acompasada. Dentro de unas horas volveremos a ser el príncipe heredero y la directora de comunicación, interpretando nuestros papeles en esta farsa real.

¿Durante cuánto tiempo más podré aguantar?

CAPÍTULO 17

KYLIAN

El salón de baile es un caleidoscopio de joyas y sedas, pero mis ojos solo pueden seguir un destello de azul medianoche. Charlie se mueve entre los invitados como si hubiera nacido para esto, su vestido fluyendo como agua oscura con cada paso. La espalda descubierta me tortura con recuerdos de la suite en Bruselas, de piel húmeda y toallas de baño.

El champán en mi copa ha perdido todo sabor mientras la observo trabajar en la sala. Cada gesto suyo está perfectamente calculado: la inclinación de su cabeza cuando escucha, la forma en que sus dedos rozan ligeramente el brazo de un diplomático, esa sonrisa profesional que nunca llega a sus ojos. La he visto hacerlo en muchas ocasiones, pero esta noche hay algo diferente. Esta noche, cada movimiento suyo hace que mi sangre hierva.

Intento concentrarme en la conversación del embajador francés, asintiendo mecánicamente mientras habla sobre acuerdos comerciales. Pero cada risa de Charlie hace que mi atención se desvíe. La observo inclinarse para susurrar algo al oído de una duquesa, y el movimiento hace que su vestido se tense sobre sus curvas de una forma que me hace apretar el vaso con más fuerza de la necesaria.

La luz de las arañas de cristal juega sobre su piel expuesta, creando sombras tentadoras en la curva de su cuello, en el valle entre sus omóplatos. Me encuentro memorizando cada detalle: el modo en que un mechón rebelde acaricia su nuca, el balanceo hipnótico de sus caderas al caminar, el brillo de sus pendientes de zafiros cuando gira la cabeza.

Es entonces cuando lo veo acercarse a ella. Alexander Capell. Alto, rubio, con esa maldita sonrisa perfecta que gritan «realidad europea». La forma en que la cara de Charlie se ilumina al reconocerlo hace que algo primitivo se retuerza en mi estómago. El abrazo dura demasiado. Sus manos son demasiado familiares. Y cuando la conduce a la pista de baile, colocando su mano en su espalda desnuda, siento que algo dentro de mí se rompe.

Los observo girar por la pista, cada sonrisa compartida como un puñal. La mano del príncipe danés se desliza más abajo en su espalda, y el vaso en mi mano cruje peligrosamente. La familiaridad entre ellos es evidente: la forma en que se mueven juntos, las risas compartidas, los secretos susurrados.

—¿Todo bien, Alteza? —pregunta alguien a mi lado, notando probablemente cómo mis nudillos se han puesto blancos alrededor de la copa.

No respondo. No puedo. No cuando veo cómo ese bastardo se inclina para susurrarle algo al oído, haciéndola reír. Una risa real, no la profesional que usa en estos eventos. Una risa que debería ser mía.

Mis pies se mueven antes de que mi cerebro pueda procesarlo. Atravieso la pista como un depredador, la multitud abriéndose instintivamente ante mi expresión. Cada paso hace que la rabia crezca, alimentada por el deseo contenido y noches de frustración.

—¿Me permites? —digo cuando llego hasta ellos. Mi voz es puro hielo cortés, pero mis ojos prometen tormenta cuando agarro su brazo.

No espero respuesta. No puedo. Si veo esa sonrisa condescendiente un segundo más, la diplomacia internacional será lo último en mi lista de preocupaciones.

Tomo a Charlie y la llevo lejos de la pista, de las miradas curiosas, de las manos que no deberían tocarla. Necesito aire. Necesito espacio. Necesito...

A ella.

El pensamiento me golpea con la fuerza de un puñetazo mientras empujo la puerta del balcón. La necesito a ella. Solo a ella. Y la idea me aterra tanto como me enfurece.

CHARLIE

La conversación con Alex fluye con la facilidad de los viejos amigos, pero no puedo concentrarme, soy dolorosamente consciente de la presencia de Kylian al otro lado del salón. Incluso sin mirarlo, puedo sentir el peso de su mirada. Está devastador esta noche, el uniforme de gala delineando sus anchos hombros, la banda real cruzando su pecho como una promesa de poder. Las medallas brillan bajo las luces de araña, cada una contando una historia de deber y privilegio. El azul medianoche de mi vestido hace juego con su fajín, un detalle que Eleanor planeó con precisión diplomática.

Sus ojos grises, heredados de su padre, parecen más oscuros esta noche, tormentosos mientras nos observa. La forma en que sus dedos se tensan alrededor de su copa de champán, cómo su mandíbula se contrae cada vez que Alex se inclina hacia mí... cada detalle alimenta una tensión que amenaza con consumirme.

—Entonces, ¿es cierto lo que dicen? —susurra Alex mientras bailamos, su acento danés más marcado en la intimidad—. ¿El príncipe rebelde realmente va a abdicar?

—Alex... —mi tono es una advertencia.

—Solo me preocupo por ti, Charlie —su mano se desliza ligeramente en mi espalda mientras me hace girar—. Siempre has estado enamorada de...

No le da tiempo a terminar la frase. Una presencia imponente se materializa a nuestro lado, y el agarre de Kylian en mi brazo es tan posesivo como cortés. El aroma de su colonia me golpea con fuerza.

—¿Me permites? —su voz es terciopelo sobre acero.

Antes de que pueda responder, me lleva fuera de la pista. Estoy tan desconcertada que no soy capaz de hacer ni de decir nada. El contraste entre la luz del salón y la penumbra del balcón hace que me desoriente momentáneamente. O quizás es su aroma, una mezcla embriagadora de sándalo y poder masculino.

—¿Se puede saber qué haces? —siseo cuando finalmente me suelta.

—¿Yo? —su risa es amarga, sus ojos grises brillando peligrosamente en la oscuridad—. ¿Qué haces tú, dejando que te toque así en público?

—¿Que me toque? ¿Te has vuelto loco? Es un viejo amigo y...

—Vi cómo te miraba —avanza hacia mí como un depredador, cada paso rezumando autoridad real—. Como todos te miran con este maldito vestido.

Retrocedo hasta que mi espalda toca la barandilla de piedra. Su altura me domina completamente, sus manos se apoyan a ambos lados de mi cuerpo, encerrándome en una jaula de músculos tensos.

—No tienes ningún derecho... —empiezo, pero sus labios chocan contra los míos con una violencia que me roba el aliento.

El beso es pura dominación. Su lengua reclama mi boca como si fuera territorio conquistado, sus manos abandonan la barandilla para clavarse en mi cintura. El roce de sus medallas contra mi pecho desnudo envía escalofríos por mi columna. Gimo contra sus labios, odiándome por lo mucho que deseo esto, por cómo mi cuerpo se arquea instintivamente hacia él, buscando más contacto, más calor, más de todo.

Pero no. No puedo permitirlo.

Me separo con toda la fuerza de voluntad que poseo, jadeando. La luna ilumina sus rasgos aristocráticos, el deseo crudo en sus ojos casi me hace flaquear.

—No soy de tu propiedad, Kylian —mi voz tiembla pero es firme—. No puedes simplemente ordenarme qué hacer o con quién bailar.

—Charlie... —su voz es un gruñido bajo que hace que mi piel se erice.

—No —levanto una mano entre nosotros—. Si quieres una cortesana que agache la cabeza ante tu voluntad, busca en otro lado. Yo no voy a ser tu juguete.

Me deslizo lejos de su alcance, cada paso un ejercicio de autocontrol. Años de entrenamiento mantienen mi espalda recta, mi barbilla alta, mientras atravieso el salón de baile rezando porque nadie nos haya visto besarnos. Las miradas curiosas resbalan sobre mi máscara profesional como agua sobre cristal.

Pero incluso mientras mantengo la compostura perfecta, mis labios arden con el sabor de su beso y mi piel grita por sus caricias. Esta noche he desafiado a un rey, pero la verdadera batalla la libro contra mi propio corazón.

CAPÍTULO 18

KYLIAN

La reunión del consejo se alarga interminablemente mientras observo a Charlie a dos sillas de mí. Perfecta como siempre en su traje gris perla, pero noto cómo se masajea discretamente el cuello cuando cree que nadie la observa. Siempre carga la tensión ahí, un hábito que descubrí hace años, desde aquellas tardes en la biblioteca del instituto cuando la observaba estudiar sin que ella lo supiera.

Desde que llegué la he visto hacer esto cada jueves: desaparecer puntualmente a las cinco, regresando una hora después con ese brillo especial en la piel y un rubor que me tortura en sueños. Sus masajes semanales en el spa real son el único momento en que se permite bajar la guardia, ser vulnerable.

La idea se forma lentamente en mi mente mientras la observo tomar notas. No puedo soportar más la imagen de otras manos sobre ella, no después del baile, no después de haber probado sus labios de nuevo, de haber sentido su cuerpo contra el mío.

Lo que voy a hacer es una muy mala idea, pero nada puede evitar que lo haga.

Cuando llego, el spa real es un santuario de mármol y silencio. Me refugio en una de las salas de descanso para que nadie se percate de mi presencia, pero colocado en el ángulo exacto en el que yo sí que veo a quien se acerque. El aroma a lavanda y sándalo flota en el aire mientras observo la puerta a través del reflejo en los ventanales. La anticipación me tiene al borde, cada minuto una eternidad hasta que finalmente la veo aparecer.

Charlie entra como una aparición en seda blanca. El albornoz del spa abraza sus curvas de una manera que hace que mi boca se seque. Su pelo está recogido en un moño descuidado, exponiendo la vulnerabilidad de su nuca. Sin maquillaje parece más joven, más accesible.

La sigo discretamente con la mirada mientras la recepcionista la guía hacia la sala de masajes. Espero cinco minutos exactos antes de acercarme a la masajista.

—Puede retirarse —ordeno. Mi voz no admite discusión—. Me ocuparé personalmente de Lady Sinclair.

Su expresión oscila entre la sorpresa y la curiosidad, pero nadie se atreve a cuestionar una orden real. La observo marcharse, consciente de que estoy cruzando una línea, pero incapaz de soportar la idea de estar alejado de ella, a pesar de que el otro día me dejase claro que no me pertenece. Eso ya lo veremos.

Me detengo frente a la puerta de la sala de masajes, permitiéndome un momento para controlar mi respiración.

Cuando entro, la encuentro boca abajo en la mesa, una sábana de lino cubriendo estratégicamente su cuerpo. La luz tenue crea sombras tentadoras en la curva de su espalda expuesta. Sus ojos están cerrados, su rostro relajado contra la almohada, completamente vulnerable y confiada.

El aroma a aceite de almendras llena el aire mientras vierto un poco en mis manos, calentándolo. Mi corazón late con fuerza, sabiendo que en segundos podré tocarla sin barreras, sin pretensiones. Sin el peso de nuestros títulos y obligaciones entre nosotros.

Al primer contacto, su piel es seda bajo mis dedos. Años de cirugías me han dado un pulso perfecto, pero ahora mis manos tiemblan ligeramente. Comienzo con movimientos suaves, profesionales, encontrando los puntos de tensión que he observado durante la reunión.

Ella suspira suavemente, relajándose bajo mi toque, y cada pequeño sonido es como una descarga eléctrica en mi columna. La intimidad del momento es abrumadora: el susurro de la música ambiental, el aroma a aceites esenciales, la penumbra que nos envuelve como un secreto compartido.

Mis dedos trazan patrones sobre su piel, memorizando cada lunar, cada pequeña imperfección que la hace perfecta. La curva de su columna es una invitación que me tortura, y debo recordarme constantemente que esto debe parecer profesional. Al menos por ahora.

Y entonces, cuando mis dedos encuentran ese punto específico en su nuca que siempre la hace tensarse en las reuniones, un gemido escapa de su garganta. Un sonido tan íntimo, tan vulnerable, que hace que todo mi control se tambalee.

—Marie, eso es... —su voz se corta abruptamente cuando mis manos se detienen. La siento tensarse bajo mi toque mientras la realidad la golpea—. Tú no eres...

Se gira bruscamente, la sábana apenas cubriendo su cuerpo, sus ojos verdes encontrando los míos con una mezcla de sorpresa, indignación y algo más oscuro, más primitivo.

—Kylan... —mi nombre en sus labios es mitad jadeo, mitad acusación.

La observo mientras procesa la situación, fascinado por el rubor que se extiende por su cuello, por cómo sus pupilas se dilatan en la penumbra. El aire entre nosotros se espesa con tensión no resuelta, con todos los besos no dados, con todas las caricias contenidas desde el baile.

Y entonces ella suspira, un sonido suave y vulnerable que hace que todo mi control se destruya.

CHARLIE

El spa real es mi santuario de los jueves. El único momento de la semana donde me permito ser simplemente Charlie, no la directora de comunicación, no Lady Sinclair, solo yo. Vulnerable. Expuesta. Sin defensas.

El aroma familiar me recibe mientras atravieso el vestíbulo de mármol. Mis músculos ya se relajan anticipando el masaje de Marie, sus manos expertas que conocen cada nudo de tensión que acumulo durante la semana. La luz tenue y las velas aromáticas crean ese ambiente íntimo que tanto necesito, ese espacio seguro donde puedo dejar caer todas mis máscaras.

Me deslizo fuera del albornoz, la seda blanca susurrando contra mi piel. El aire fresco me eriza la piel mientras me acomodo boca abajo en la mesa de masaje. La sábana de lino es fresca contra mi piel desnuda, y cierro los ojos, permitiéndome esta rara indulgencia de vulnerabilidad total.

El primer toque me hace contener la respiración. Algo es diferente. Las manos son más grandes, más firmes, más... dominantes. Cada movimiento es preciso, como si conocieran mi cuerpo mejor que yo misma. La presión es perfecta, encontrando puntos de tensión que ni siquiera sabía que tenía. Pero hay algo más, algo que hace que mi piel cobre vida bajo cada caricia.

Un suspiro escapa de mis labios cuando los dedos encuentran un punto particularmente sensible. El aroma a aceite de almendras se mezcla con algo más, algo peligrosamente familiar que mi mente nublada por el placer no logra identificar. Es un aroma masculino, potente, que hace que mi vientre se contraiga con un deseo inexplicable.

Los movimientos son hipnóticos, cada toque parece diseñado para desarmarme. Es como si estas manos supieran exactamente cómo hacerme perder el control. Mis defensas se derriten bajo cada caricia, mi respiración se vuelve más pesada, más irregular. Pequeños sonidos de placer escapan de mi garganta sin mi permiso.

Las manos trabajan mi espalda con una mezcla perfecta de firmeza y suavidad. Suben por mi columna, trazando cada vértebra como si estuvieran memorizando mi anatomía. Los pulgares

dibujan círculos en mis omóplatos, y mi cuerpo se arquea involuntariamente, buscando más contacto.

Y entonces esos dedos rozan mi nuca de una manera que envía descargas eléctricas por mi columna. Un gemido involuntario, más profundo y necesitado de lo que debería ser, escapa de mi garganta.

—Marie, eso es... —pero las manos se detienen, y de repente todo cobra sentido—. Tú no eres...

El aroma que no lograba identificar. La firmeza de las manos. La electricidad que recorre mi piel con cada toque. La forma en que mi cuerpo responde como si hubiera estado esperando estas caricias toda mi vida.

Kylian.

Me giro bruscamente, sujetando la sábana contra mi pecho. Y ahí está él, sus ojos grises oscurecidos por algo primitivo que hace que mi vientre se contraiga de deseo. Kylian me mira como un depredador, y por primera vez en mi vida, quiero ser cazada.

—Kylian... —su nombre sale como una acusación, pero suena más como una súplica.

—No te muevas —su voz es terciopelo sobre acero, una orden suave pero innegable—. Por favor.

Sus manos siguen sobre mi piel, y el punto donde nos conectamos arde como una marca al rojo vivo. Debería protestar. Debería mantener mi dignidad. Debería mantenerme firme a mi palabra de que no voy a ser un juguete para él. Pero hay algo en su mirada que me mantiene inmóvil, cautiva. El poder que siempre emana de él parece multiplicarse en la intimidad de esta sala, y me encuentro rindiéndome sin luchar.

—Esto es una locura —susurro, mi voz temblando ligeramente.

—Lo es —acepta, sus dedos trazando patrones hipnóticos en mi espalda—. ¿Quieres que pare?

La pregunta flota entre nosotros, pesada con promesas no dichas. Si digo que sí, volveremos a nuestros roles seguros. Si digo que no...

Como respuesta, me recuesto nuevamente, exponiendo mi espalda a sus caricias. El sonido que escapa de su garganta es casi animal, y hace que todo mi cuerpo tiemble de anticipación.

Sus manos reanudan su exploración, pero ahora no hay pretensión de profesionalismo. Cada toque es una declaración de posesión, cada presión una promesa de más. Mi piel arde bajo sus dedos, y los pequeños sonidos que escapan de mis labios son cada vez más desesperados.

—Charlie... —mi nombre en sus labios suena como una orden y una súplica al mismo tiempo.

Sus manos se deslizan más abajo, rozando peligrosamente el borde de la sábana. Contengo la respiración mientras sus dedos juegan con el límite de lo permitido. El aire entre nosotros se espesa con deseo contenido y promesas silenciosas.

Solo existen sus manos sobre mi piel y la forma en que hace que mi cuerpo responda a cada caricia, a cada orden silenciosa.

Esta vez, cuando sus dedos vuelven a mi nuca, no intento contener el gemido que escapa de mis labios. Y cuando susurra «buena chica» contra mi oído, todo mi cuerpo se estremece en rendición.

Y me pierdo en sus caricias, que se mantienen al límite de lo apropiado, pero sin cruzar la línea, lo que me tiene al borde de sufrir un colapso por el deseo.

—Hoy solo te voy a dar un masaje, Charlie, pero muy pronto te haré mía. —Su promesa silenciosa hace que esté a punto de alcanzar el orgasmo incluso sin haber llegado a tocarme nada inapropiado.

Y así es como me doy cuenta de lo absolutamente perdida que estoy.

Nada me va a salvar de sucumbir a Kylian.

CAPÍTULO 19

CHARLIE

Desde el masaje del otro día nada ha vuelto a ser lo mismo. La tensión que existe entre nosotros es imposible de pasar por alto.

Esta mañana empezó con un roce accidental durante la reunión del consejo. Sus dedos contra los míos al pasarme los documentos, un contacto que duró un segundo más de lo necesario. Su mirada encontró la mía por encima de la mesa, y el aire entre nosotros se espesó con promesas silenciosas.

Durante el almuerzo con los embajadores, Kylian se sentó frente a mí. Cada vez que levantaba mi copa, sentía el peso de sus ojos siguiendo el movimiento. Su pie rozó «accidentalmente» el mío bajo la mesa, y el contacto envió escalofríos por mi columna.

—Ese vestido es una distracción —susurró en mi oído durante la recepción de la tarde, su aliento cálido contra mi cuello—. ¿Lo elegiste para torturarme?

Me alejé sin responder, pero sentí el calor subir por mis mejillas. Su risa grave me persiguió por el salón.

Ahora, mientras camino hacia mis aposentos, escucho sus pasos tras los míos. No hemos intercambiado una palabra desde la cena, donde sus dedos rozaron mi muñeca al pasarme la sal, un gesto aparentemente inocente que hizo que mi pulso se acelerara.

Pero ambos somos conscientes de lo que va a suceder.

Y yo no tengo la fuerza necesaria para resistirme.

El pasillo está en penumbra, iluminado solo por la luz de la luna que se filtra por los ventanales góticos. Me detengo frente a mi puerta, consciente de su presencia a escasos centímetros. No me ha tocado, pero puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

—Charlie... —su voz es grave, contenida.

Me giro para enfrentarlo y el aire abandona mis pulmones. Está demasiado cerca, acorralándome contra la puerta sin tocarme. Sus ojos brillando peligrosamente en la oscuridad.

—Deberías irte —susurro, pero mis dedos ya están jugando con la llave.

—¿Es eso lo que quieres? —se inclina más cerca, sus labios rozando mi oído—. ¿Después de todo el día provocándome?

—Yo no... —pero las palabras mueren en mi garganta cuando su mano se apoya en la puerta junto a mi cabeza.

—El modo en que te mordías el labio durante la reunión —continúa, su voz un susurro torturador—. La manera en la que cruzabas las piernas durante la cena. La forma en que tu respiración se acelera cuando me acerco... como ahora.

Tiene razón. Mi corazón late tan fuerte que debe poder oírlo. La tensión entre nosotros es casi palpable, semanas de deseo contenido cristalizando en este momento.

La llave gira en la cerradura con un clic que resuena en el silencio. Una última oportunidad de mantener las apariencias, de seguir fingiendo que lo que sucedió en el spa fue un momento de debilidad.

Sus ojos encuentran los míos en la penumbra, y toda pretensión de control se desvanece. Empujo la puerta y entro, el sonido de sus pasos siguiéndome hace que mi pulso se acelere.

La puerta se cierra tras nosotros con un golpe suave, y antes de que pueda respirar, sus manos están en mi cintura, girándome hacia él. El primer beso es una explosión, semanas de tensión

liberándose de golpe.

Sus manos en mi cintura son firmes, posesivas. Me presiona contra la pared con una autoridad que me hace temblar. El contraste entre la piedra fría y el calor de su cuerpo es abrumador.

—Llevo todo el día imaginando esto —murmura contra mi cuello, sus dientes rozando suavemente mi piel—. Cómo te estremeces cuando te toco, los pequeños sonidos que intentas contener.

Como para probar su punto, sus dedos trazan un camino por mi columna, y un gemido escapa de mis labios sin mi permiso. Sonríe contra mi piel, satisfecho con mi reacción.

—Eso es —susurra—. No te contengas.

Sus manos encuentran la cremallera de mi vestido con precisión quirúrgica. La tela susurra al caer, y el aire fresco contra mi piel me hace consciente de mi vulnerabilidad. Pero no me da tiempo a sentir vergüenza. Sus ojos recorren mi cuerpo con una intensidad que hace que mi piel arda.

—Perfecta —declara, y hay algo en su tono que no admite discusión.

Me levanta en sus brazos como si no pesara nada, y el mundo gira mientras me lleva hacia la cama. La luz de la luna dibuja sombras sobre su rostro cuando me deposita sobre las sábanas de seda, sus movimientos controlados conteniendo una promesa de pasión apenas contenida.

Se toma su tiempo desvestiéndose, cada botón de su camisa una dulce tortura. Sus ojos nunca dejan los míos, y hay algo primitivo en su mirada que hace que mi vientre se contraiga de anticipación.

Cuando finalmente se cierne sobre mí, el peso de su cuerpo es como un ancla a la realidad. Sus manos de cirujano trazan cada curva con precisión experta, encontrando puntos que me hacen arquear la espalda y suplicar por más.

—Dime qué quieres —ordena suavemente, sus dedos jugando en el borde de mi ropa interior.

—A ti —jadeo, incapaz de elaborar más.

—No es suficiente —sus labios rozan mi oído—. Quiero oírte decirlo. Cada detalle, Charlie.

Su voz tiene ese tono de autoridad que usa en las reuniones del consejo, pero ahora hay algo más oscuro, más primitivo. Sus dedos se detienen, manteniendo la presión justo donde más lo necesito, esperando.

—Por favor... —susurro, intentando moverme contra su mano.

—Quieta —ordena suavemente, su otra mano inmovilizando mis caderas—. No hasta que me digas exactamente qué quieres.

El rubor sube por mi cuello ante la exigencia, pero hay algo liberador en rendirse a él, en dejar que tome el control que siempre me esfuerzo tanto en mantener.

—Quiero... quiero que me toques —las palabras salen entrecortadas.

—¿Así? —sus dedos se mueven ligeramente, arrancándome un gemido—. ¿O así? —su boca encuentra un punto sensible en mi cuello, succionando suavemente.

—Kylan... —mi voz es apenas un suspiro.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tus labios cuando pierdes el control —murmura contra mi piel—. Tan diferente a como lo dices en las reuniones. Tan real.

Sus manos exploran mi cuerpo encontrando cada punto que me hace temblar. Es una dulce tortura: la forma en que alterna entre toques suaves y firmes, cómo sus dientes rozan mi piel justo después de sus besos.

—Pon tus manos sobre tu cabeza —ordena, y su voz no admite discusión—. Y no las muevas.

Obedezco, temblando bajo su mirada. La vulnerabilidad de la posición hace que mi corazón se acelere. Sus ojos recorren mi cuerpo expuesto con una intensidad que me hace arder.

—Así —aprueba, sus dedos trazando un camino desde mi garganta hasta mi vientre—. Perfecta.

Se inclina para besarme, pero se detiene a milímetros de mis labios. Su aliento se mezcla con el mío mientras espera, torturándome con la proximidad.

—Pídelo —susurra contra mi boca.

—Por favor... —gimo, intentando alcanzar sus labios.

—Por favor, ¿qué? —hay una sonrisa en su voz que hace que mi vientre se contraiga—. Sé específica, Charlie.

—Bésame —suplico, y la palabra apenas sale de mi boca cuando sus labios capturan los míos con una intensidad devastadora.

Cuando sus dedos vuelven a encontrar el encaje de mi ropa interior, se detiene.

—¿Quieres que siga? —su voz es terciopelo sobre acero.

—Sí...

—Mírame —ordena—. Quiero ver tus ojos cuando te toco.

La intensidad de su mirada mientras sus dedos me exploran es casi insoportable. Cada caricia está perfectamente calculada para llevarme al borde sin dejarme caer.

—Tan sensible —murmura apreciativamente cuando un gemido especialmente fuerte escapa de mis labios—. Tan receptiva a mi toque.

Sus dedos mantienen un ritmo tortuoso mientras su boca traza un camino de besos por mi cuello, mi clavícula, más abajo. Cuando sus labios reemplazan sus dedos, el mundo explota en sensaciones.

—No apartes la mirada —ordena contra mi piel—. Quiero que veas exactamente lo que te hago.

Es imposible mantener los ojos abiertos cuando su lengua encuentra ese punto exacto que hace que mi mundo se deshaga. Mis caderas se mueven involuntariamente, buscando más contacto, pero sus manos me mantienen firmemente en mi lugar.

—Te he dicho que no te muevas —murmura, y el roce de su aliento contra mi piel hipersensible me hace temblar—. ¿Necesitas que te ayude a mantenerte quieta?

La amenaza velada en su voz hace que mi corazón se acelere. Sus manos se deslizan por mis muslos, separándolos más, exponiéndome completamente a su mirada.

—Tan hermosa —susurra, sus pulgares trazando círculos en la cara interna de mis muslos—. Y toda mía.

El tono posesivo en su voz despierta algo primitivo en mi interior. Sus dedos vuelven a moverse, esta vez con un propósito claro. Cada toque es preciso, medido, llevándome cada vez más cerca del borde, pero nunca lo suficiente.

—Por favor... —suplico, mis manos aferrándose a las sábanas sobre mi cabeza.

—¿Por favor qué, Charlie? —su voz es puro control mientras ralentiza sus movimientos—. Dime exactamente qué necesitas.

—Yo... —las palabras se ahogan en mi garganta cuando curva sus dedos de una manera que hace que ver las estrellas.

—¿Tú qué? —presiona, literal y figurativamente—. Usa tus palabras.

KYLIAN

La visión de Charlie completamente rendida bajo mi toque hace que mi sangre hierva. Sus manos aferradas a las sábanas sobre su cabeza, obedeciendo perfectamente mis órdenes, su piel sonrojada, sus labios entreabiertos buscando aire... es más hermosa de lo que jamás imaginé.

—Usa tus palabras —repito, mis dedos ralentizando deliberadamente sus movimientos.

Sus ojos verdes, normalmente tan controlados, ahora están nublados de deseo. Ver a la siempre perfecta directora de comunicación así, desarmada y vulnerable bajo mis manos, despierta mi interior.

—No puedo... —jadea cuando curvo mis dedos de nuevo, encontrando ese punto que la hace temblar.

—Sí puedes —mi voz es firme mientras mi pulgar traza círculos lentos—. Y lo harás. O me detendré.

La amenaza hace que sus caderas se arqueen involuntariamente. Uso mi mano libre para mantenerla quieta, ejerciendo justo la presión necesaria para recordarle quién tiene el control.

—Eres tan hermosa así —murmuro, inclinándome para morder suavemente su cuello—. Intentando mantener el control incluso ahora. Pero ambos sabemos que quieres rendirte, ¿verdad?

Un gemido escapa de sus labios cuando mi boca encuentra ese punto sensible bajo su oreja. La forma en que lucha por mantener el control, cómo sus músculos se tensan bajo mi toque, me fascina. Siempre tan perfecta, tan contenida... y ahora está deshaciéndose bajo mis manos.

—Dime, Charlie —susurro contra su piel mientras mis dedos mantienen ese ritmo tortuoso—. ¿Cuántas veces has fantaseado con esto? ¿Con perder el control?

Su respiración se vuelve más errática. Puedo sentir su pulso acelerándose bajo mis labios mientras beso su cuello. La piel de gallina que se forma donde mi aliento la roza es una deliciosa traición a su intento de mantener la compostura.

—Mírame —ordeno, mi mano libre tomando su barbilla—. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

El rubor que se extiende por su pecho ante mis palabras es embriagador. Sus ojos verdes, normalmente afilados y profesionales, ahora están oscurecidos por el deseo. La vulnerabilidad en su mirada hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—Por favor... —suplica, y la palabra suena tan dulce en sus labios que casi cedo.

—¿Por favor qué? —murmuro, ralentizando mis movimientos hasta casi detenerlos—. Sé una buena chica y dímelo.

—Quiero... —su voz tiembla cuando mis dedos retoman el movimiento—. Quiero correrme.

—¿Así? —aumentó la presión ligeramente, observando cómo sus ojos se nublan—. ¿O necesitas más?

Su cuerpo entero tiembla bajo mi toque. Es embriagador ver cómo responde a cada caricia, cada orden. La mujer que maneja crisis internacionales con mano de hierro, ahora completamente rendida a mi voluntad.

—Más... por favor —las palabras salen entrecortadas, desesperadas.

—Buena chica —susurro contra su oído—. Ahora mantén tus ojos en mí mientras te doy exactamente lo que necesitas.

Mis dedos encuentran un ritmo implacable mientras mi boca desciende por su cuerpo. La forma en que arquea su espalda, cómo sus manos se aferran a las sábanas sobre su cabeza, obediente incluso en su desesperación... es intoxicante.

—Eres perfecta así —murmuro contra su piel—. Tan hermosa cuando te rindes a mí.

Puedo sentir cómo se acerca al borde, sus músculos tensándose bajo mis manos. Pero no será tan fácil.

—No te corras hasta que yo te lo diga —ordeno, y el gemido frustrado que escapa de sus labios es música para mis oídos—. Quiero ver cuánto control tienes realmente, Charlie.

Sus muslos tiemblan bajo mis manos, su cuerpo luchando entre el deseo de obedecer y la necesidad de liberación. Cada respiración entrecortada, cada pequeño sonido que intenta contener, es una victoria personal.

—¿Difícil mantener el control, verdad? —murmuro contra su piel mientras mis dedos mantienen ese ritmo tortuoso—. La siempre perfecta Lady Sinclair, reducida a súplicas y gemidos.

Sus ojos se abren, un destello de su fuego habitual brillando a través del deseo. Me fascina cómo, incluso al borde del abismo, mantiene esa chispa de desafío.

—Kylan... —mi nombre en sus labios es mitad súplica, mitad advertencia.

—Shh —presiono más fuerte, haciéndola arquearse—. No hasta que yo lo diga. Quiero que recuerdes quién te hizo perder el control así.

Alterno entre movimientos lentos y rápidos, observando cómo su rostro refleja cada sensación. Sus nudillos están blancos de apretar las sábanas, su cuerpo entero temblando con el esfuerzo de contenerse.

—Por favor —suplica, y hay lágrimas de frustración en sus ojos—. No puedo...

—Sí puedes —mi voz es firme pero gentil—. Y lo harás. Porque yo lo digo.

Me inclino para besar su cuello, sintiendo su pulso desbocado bajo mis labios. Está tan cerca del borde que prácticamente vibra bajo mis manos.

—Cuando te diga —susurro contra su oído—, quiero que te corras para mí. Fuerte. Sin contenerte.

Mis dedos aumentan el ritmo mientras mi boca traza un camino descendente por su cuerpo. Cada beso es una marca de posesión, cada caricia una promesa de más. La forma en que se estremece bajo mi toque, intentando desesperadamente mantener el control que le ordené, me vuelve loco.

—Tan obediente —murmuro contra su piel—. Tan perfecta. ¿Tienes idea de lo que me haces cuando te rindes así?

Un sollozo ahogado escapa de sus labios cuando mi lengua reemplaza mis dedos. Sus caderas intentan moverse, pero mis manos las mantienen firmemente en su lugar. El control total es embriagador.

—Por favor, Kylan —su voz está rota de necesidad—. Te necesito...

—Lo sé, cariño —levanto la vista para encontrar sus ojos—. Y voy a darte exactamente lo que necesitas. Cuando yo lo decida.

La tensión en su cuerpo es casi palpable. Cada músculo tiembla con el esfuerzo de contenerse, de obedecer. Sus ojos están vidriosos, perdidos en el placer, pero aún mantienen contacto con los míos como le ordené.

—Ahora —susurro finalmente contra su piel—. Córrete para mí, Charlie.

Su liberación es gloriosa. Su cuerpo se arquea bajo mis manos mientras el placer la atraviesa en oleadas. Mi nombre escapa de sus labios como una plegaria, una y otra vez, y el sonido me hace perder lo último que me quedaba de control.

La sostengo mientras tiembla, sus manos finalmente soltando las sábanas para aferrarse a mis hombros. Beso cada lágrima que escapa de sus ojos, cada temblor que recorre su cuerpo es una victoria personal.

—Eso es —murmuro contra su piel—. Déjate ir. Te tengo.

Cuando finalmente se calma, sus ojos encuentran los míos. Hay algo nuevo en su mirada, una vulnerabilidad que hace que mi pecho se contraiga. El verde de sus iris está casi negro, sus pupilas dilatadas por el placer y algo más profundo.

Cuando sus ojos encuentran los míos de nuevo, el deseo en ellos aún no está saciado. Sus manos, tímidas al principio, comienzan a explorar mi cuerpo.

—Mi turno —susurra, pero la detengo, sujetando sus muñecas sobre su cabeza con una mano.

—No —mi voz es ronca de deseo—. Esta noche es sobre control. Mi control.

Me posiciono entre sus piernas, sacándome de los pantalones, y la forma en que su cuerpo se arquea para recibirme casi acaba con mi autodominio. Pero me contengo, quiero saborear este momento.

—Mírame —ordeno, alineándome contra ella—. Quiero ver tus ojos cuando te haga mía.

Entro en ella lentamente, saboreando cada centímetro, cada pequeño jadeo que escapa de sus labios. Sus piernas se envuelven instintivamente alrededor de mi cintura, pero mantengo un ritmo deliberadamente lento, tortuoso. Su interior es seda caliente y apretada contra mi miembro y me hace perder la cabeza. Es increíble.

—Tan perfecta —gruño contra su cuello—. Tan mía.

Sus caderas intentan moverse, buscando más, pero mi peso la mantiene inmóvil. Cada embestida es calculada, profunda, haciéndola sentir quién tiene el control.

Cuando siento que está cerca de nuevo, aumento el ritmo. La habitación se llena con el sonido de nuestra respiración entrecortada, de piel contra piel, de promesas susurradas en la oscuridad.

Mi propia liberación se acerca, pero me contengo. Primero necesito verla deshacerse bajo mi cuerpo.

—Una vez más —ordeno, mi voz apenas reconocible—. Córrete conmigo, Charlie.

Esta vez, cuando el placer nos alcanza, es simultáneo y devastador. Su cuerpo se tensa alrededor de mí mientras grita mi nombre, y finalmente me permito perder el control, vaciándome dentro de ella con un gruñido gutural.

Cuando bajo de la ola de placer solo puedo pensar en abrazarla. En ponerla más cerca de mí.

—Ven aquí —ordeno suavemente, atrayéndola contra mi pecho.

Su piel está ardiendo, su corazón late tan fuerte que puedo sentirlo contra el mío. Mis dedos trazan patrones perezosos en su espalda mientras su respiración se normaliza gradualmente.

La observo dormir durante hora y, cuando el amanecer comienza a teñir el cielo de rosa, llega la realización de lo que hemos hecho, de las líneas que no podremos volver a trazar. Pero cuando miro su precioso rostro, sus labios hinchados por mis besos, su pelo salvaje sobre la almohada, sé que no hay vuelta atrás.

Ni quiero que la haya.

CAPÍTULO 20

CHARLIE

Las mañanas en el palacio han adquirido un nuevo ritmo. Ya no me despierto con el peso de las obligaciones, sino con la anticipación de pequeños momentos robados. Como ahora, mientras reviso informes en la cocina real a las seis de la mañana, el aroma del café recién hecho mezclándose con el del pan tostado que Kylian prepara.

—Estás frunciendo el ceño otra vez —su voz me sobresalta. Se inclina sobre mi hombro para dejar una taza humeante junto a mis documentos, y aprovecha para besar mi cuello—. ¿Hay alguna crisis internacional?

—El embajador francés insiste en... —pero pierdo el hilo de mis pensamientos cuando sus dedos trazan círculos en mi nuca—. Kylian, tengo que terminar esto.

—Mmm —murmura contra mi piel—. ¿Segura?

La mantequilla se derrite sobre la tostada olvidada mientras sus manos encuentran caminos bajo mi blusa. Debería detenerlo. En cualquier momento podría entrar alguien. Pero cuando sus dedos rozan el encaje de mi sujetador, todos los «debería» se desvanecen.

El día se convierte en una danza de momentos robados. Una «reunión urgente» que termina con mi falda arrugada y su corbata torcida. Un roce aparentemente casual durante el almuerzo que envía escalofríos por mi columna. Notas escondidas en informes oficiales: «Este vestido me está volviendo loco» o «En la sala de mapas. 15 minutos».

Pero no todo es perfecto. La mirada de Tristan durante una reunión me persigue. La forma en que sus ojos se entrecierran cuando Kylian «accidentalmente» deja caer su pluma y aprovecha para rozar mi pierna bajo la mesa al recogerla. Gesto que, por supuesto, no le pasa inadvertido a mí mejor amigo.

—Te veo diferente —comenta Tristan mientras caminamos hacia la siguiente reunión y estamos lejos de todos los demás—. Más... radiante.

—El nuevo régimen de ejercicios —miento, odiando cómo la culpa se retuerce en mi estómago.

—Claro —su tono es escéptico—. Charlie, tenemos que hablar.

Mi corazón se acelera.

—Por supuesto. ¿Sobre qué?

—Sobre lo que está pasando con mi hermano.

—No sé a qué te refieres —miento, odiándome por cada palabra—. Estamos trabajando en su imagen pública, nada más.

—¿Es eso en lo que estabais «trabajando» ayer en la biblioteca? —su voz tiene un filo que nunca he escuchado—. Te vi, Charlie. Os vi.

El aire abandona mis pulmones. Recuerdo el momento: Kylian presionándome contra las estanterías, mis dedos enredados en su pelo, libros antiguos como únicos testigos de nuestra indiscreción.

—Tris, yo...

—No —me interrumpe—. No quiero explicaciones. Solo... ten cuidado. En tres meses se irá y dejará tu corazón hecho pedazos. Igual que lo dejó hace años.

Sus palabras me persiguen durante el resto del día, haciendo que cada mirada robada, tenga un sabor agrisado. Pero entonces Kylian aparece en mi oficina al anochecer, cerrando la puerta tras él,

y todas las advertencias se desvanecen cuando sus labios encuentran los míos.

—Deberíamos parar —susurro contra sus labios, pero mis manos ya están aflojando su corbata—. Alguien podría...

—¿Parar? —su voz tiene ese tono autoritario que hace que mis rodillas tiemblen—. ¿Es eso lo que realmente quieres?

No, no lo es. Y ambos lo sabemos.

Sus manos encuentran el cierre de mi falda con una familiaridad que debería asustarme. En cambio, me inclino hacia su toque como una flor hacia el sol. El escritorio cruje bajo mi peso cuando me siento sobre él, documentos importantes dispersándose por el suelo.

—Kylian... —mi voz es apenas un suspiro.

—Dime que pare —murmura contra mi cuello, sus dientes rozando mi piel—. Dime que no has estado pensando en esto durante toda la reunión.

No puedo mentirle. No cuando sus manos están trazando patrones de fuego sobre mi piel, no cuando su colonia mezclada con el aroma a café y cuero de mi oficina me está volviendo loca.

El sonido de pasos en el corredor nos paraliza. Contenemos la respiración mientras pasan de largo, y la adrenalina solo hace que todo sea más intenso cuando sus labios vuelven a encontrar los míos.

Es una locura. Es peligroso. Es...

Un golpe en la puerta nos separa bruscamente.

—Charlie, ¿tienes un momento? —la voz de Tristan atraviesa la madera, y la culpa me golpea como un puño en el estómago.

Kylian se aparta, sus ojos todavía oscuros de deseo, pero hay algo más en ellos ahora. ¿Culpa? ¿Remordimiento? Se arregla la corbata mientras yo intento alisar mi falda y recuperar la compostura.

—Te veo en la cena —murmura, y hay una promesa en su voz que hace que mi piel arda.

Sale por la puerta lateral justo cuando Tristan entra por la principal. Mi mejor amigo me mira, y sé que puede ver todo lo que intento ocultar. El silencio entre nosotros pesa más que todas las mentiras que he dicho últimamente.

Y así es como termina mi día: dividida entre el fuego que Kylian enciende en mi sangre y el hielo de la culpa que Tristan planta en mi corazón.

KYLIAN

Mi hermano entra en mi despacho hecho una furia y no puedo negar que sabía que esto iba a suceder en algún momento. Siempre fue el más observador de los dos, y tampoco es como si me hubiera esforzado en ocultar lo que Charlie y yo estamos haciendo. ¿Por qué debería hacerlo si me siento muy orgulloso de ello? De hecho, estar con ella puede ser lo mejor que he hecho en toda mi vida.

Pero eso no quiere decir que le vaya a poner las cosas fáciles a mi hermano.

—¿Qué crees que estás haciendo, Kylian? —pregunta con dureza cerrando la puerta de golpe.

—Trabajando —respondo, manteniendo mi tono neutral—. ¿No es eso lo que todos queráis?

—Sabes perfectamente a qué me refiero —su voz tiene un filo peligroso—. Charlie no es un juego. No es una distracción antes de volver a tu perfecta vida en Nueva York.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Me giro hacia la ventana, incapaz de enfrentar la acusación en sus ojos.

—No es lo que piensas...

—¿No? —se acerca, y por un momento veo al niño que dejé atrás, el hermano que juré proteger y al que fallé—. ¿Vas a decirme que te quedarás? ¿Que no la destrozarás como todo lo demás que dejas atrás?

El silencio entre nosotros está cargado de trece años de ausencia, de promesas rotas, de lealtades divididas. Las palabras se atascan en mi garganta, porque cualquier respuesta sería una mentira o una promesa que no estoy seguro de poder cumplir.

—Esto es diferente —murmuro finalmente, aunque ni yo mismo sé exactamente por qué o cómo.

Tristan me mira durante un largo rato, buscando algo en mi rostro.

—Cuando te vayas, ella intentará fingir que está bien. Y yo tendré que verla romperse en silencio. Otra vez.

Se va antes de que pueda responder, dejándome con el peso de una verdad que he estado evitando: en tres meses, tendré que elegir entre la libertad que construí y algo que no me atrevo a nombrar todavía.

Me quedo solo en el despacho, las palabras de Tristan resonando en mi mente. A través de la ventana, veo a Charlie atravesando el jardín, su figura elegante recortada contra el atardecer. La luz dorada juega con su cabello, y algo en mi pecho se contrae al verla.

Tres meses. Noventa días. Antes parecía una eternidad, un precio razonable a pagar por mi libertad. Ahora cada día que pasa es un recordatorio de lo que tendré que dejar atrás. De a quién tendré que dejar atrás.

Mis dedos rozan inconscientemente el bolsillo de mi chaqueta, donde guardo la última nota que me dejó entre los informes: «Las reuniones del consejo son infinitamente más interesantes cuando sonríes así». Su letra elegante, el sutil aroma a jazmín en el papel, la forma en que cada pequeño detalle de ella se ha infiltrado en mi vida sin darme cuenta.

Nueva York espera con sus sirenas y emergencias, con pacientes que necesitan al Dr. Ashthorne. Una vida que construí lejos de la corona y las obligaciones. Pero por primera vez desde que volví, la libertad que tanto anhelé tiene un sabor amargo.

Porque la libertad no huele a jazmín, ni ríe en secreto durante reuniones tediosas, ni hace que mi corazón se acelere con solo una mirada por encima de documentos oficiales.

El sol termina de ponerse sobre Ravencross, y con él se va mi certeza sobre lo que realmente significa ser libre.

CAPÍTULO 21

CHARLIE

El sonido de los gritos atraviesa las paredes del despacho como un cristal rompiéndose. El informe que sostengo cae al suelo, las páginas desperdigándose como hojas en otoño. Reconozco la voz de mi madre y algo primario, visceral, me hace ponerme en pie antes incluso de procesar lo que está sucediendo.

Los tacones resuenan contra el mármol mientras corro por el pasillo. Cada eco parece sincronizarse con los latidos de mi corazón, demasiado rápidos, demasiado fuertes. El mundo a mi alrededor se mueve a cámara lenta: los guardias apartándose de mi camino, las cortinas meciéndose con la brisa de la mañana, la luz del sol creando patrones en el suelo que mis pies apenas rozan.

Cuando doblo la esquina hacia el despacho real, la escena me golpea como un puño en el estómago: mi padre está tendido en el suelo, su rostro ceniciento contrastando con la alfombra borgoña.

Y entonces los veo. Kylian y mi madre trabajando en perfecta sincronía sobre mi padre. No son el príncipe y la esposa de un Lord; son dos médicos en su elemento. Las manos de mi madre son firmes mientras prepara una inyección, su voz clara y profesional mientras reporta los signos vitales.

—Ha estado evitando sus chequeos —dice mi madre casi llorando, la frustración profesional mezclándose con la preocupación personal—. Los últimos ecos mostraban un gradiente elevado, pero se negaba a...

El equipo médico llega en lo que parece una eternidad, pero probablemente son solo minutos. Me encuentro retrocediendo mientras transforman el despacho real en una improvisada sala de emergencias. Mi madre y Kylian continúan trabajando en perfecta coordinación, años de entrenamiento médico sobreponiéndose a cualquier relación personal.

—Necesitamos llevarlo al hospital —dice Kylian mientras revisa el último ECG—. La estenosis es crítica.

—El Hospital está a diez minutos —mi madre mantiene dos dedos sobre la arteria carótida de mi padre mientras habla—. Ya he alertado al equipo de hemodinámica.

Los observo trabajar juntos con una eficiencia que me deja sin aliento. Se mueven alrededor de mi padre como en una danza perfectamente coreografiada, cada uno anticipando las necesidades del otro.

—La ambulancia está en la entrada de servicio —informa una enfermera.

—Bien —asiente mi madre, ajustando el goteo de la medicación—. Necesitaremos acceso a quirófano inmediatamente. Preparen para posible bypass de emergencia.

—Puedo realizar la cirugía —ofrece Kylian, sus ojos encontrando los de mi madre—. Tengo experiencia en válvulas complejas.

Mi madre lo estudia por un momento, su mirada profesional evaluando al hombre más allá del título real.

—He seguido tu trabajo en el Presbyterian —dice finalmente—. Esa técnica que desarrollaste para minimizar el tiempo de bypass...

—Te asistirá el mejor equipo del hospital —interrumpe Eleanor, que ha aparecido en algún momento sin que me diera cuenta—. Ya he dado las órdenes necesarias.

Todo lo que está sucediendo se siente como un sueño. Nada parece real. Lo único que me

mantiene cuerda es la presencia segura de Kylian, que parece ser capaz hasta de mantener con vida a mi padre.

En la ambulancia, me sorprende la calma con la que mi madre y Kylian discuten opciones quirúrgicas, como si no fuera el corazón de mi padre el que está fallando. Sus voces se mezclan con el sonido de las sirenas mientras debaten técnicas y abordajes.

—La válvula muestra calcificación severa —mi madre señala las últimas pruebas—. El abordaje tradicional podría...

—Podemos usar la técnica modificada que desarrollé en Nueva York —sugiere Kylian—. Minimiza el tiempo de circulación extracorpórea y permite mejor acceso para la reconstrucción valvular.

Quiero centrarme en lo que dicen, pero no soy capaz de hacerlo. Lo único que puedo hacer es mirar a mi padre fijamente y rezar para que sobreviva. Todo se siente tan irreal que es como si le estuviera pasando a otra persona en vez de a mí.

En el hospital, todo se acelera. Las puertas de emergencia se abren de golpe y un equipo completo nos espera. Mi madre desaparece con mi padre hacia el área de preparación quirúrgica, dando órdenes precisas sobre medicación y los análisis necesarios.

Kylian se detiene frente a mí antes de seguirlos. Por primera vez desde que empezó todo esto, veo un destello de algo personal atravesar su máscara profesional.

—Charlie... —su voz es más suave ahora.

—Ve. Sálvalo —logro decir, aunque mi garganta está cerrada—. Confío en ti. En los dos.

Asiente una vez, y luego hace algo completamente inesperado: me besa, allí mismo, en medio del pasillo del hospital. Es un beso rápido pero intenso, una promesa sellada contra mis labios.

—Tu madre y yo somos los mejores en lo que hacemos —murmura antes de apartarse—. Y ambos lo queremos vivo, por razones muy diferentes, pero igual de importantes.

Sus palabras me emocionan tanto que ni siquiera soy capaz de responderle.

Las horas en la sala de espera se convierten en un ejercicio de paciencia y miedo contenido. Eleanor permanece a mi lado, su presencia real transformada en algo más maternal. De vez en cuando, una enfermera nos trae actualizaciones en ese lenguaje médico que aprendí a descifrar creciendo con mi madre: «signos vitales estables», «bypass funcionando correctamente», «presión controlada».

El personal del hospital intenta mantener la discreción, pero noto las miradas furtivas, los susurros cuando pasan. No todos los días tienen al príncipe heredero operando al padre de la directora de comunicación real, con la Reina Madre haciendo guardia en la sala de espera.

—La primera vez que vi a Kylian operar —comenta Eleanor suavemente, sus dedos entrelazados con los míos—, fue durante sus prácticas en el Presbyterian. Me escabullí sin guardias, sin protocolo. Quería ver a mi hijo, no al príncipe.

La miro, sorprendida por esta confesión inesperada.

—Estaba tan concentrado que ni siquiera notó mi presencia —continúa, una sonrisa suave se dibuja en sus labios—. Sus manos... tendrías que haberlo visto, Charlie. Era como si hubiera encontrado su verdadero propósito.

Tristan llega en algún momento, trayendo café y esa calma que siempre ha sido mi ancla. Se sienta al otro lado, su hombro rozando el mío en ese gesto familiar que hemos compartido durante años.

—Está en las mejores manos posibles —murmura, y por primera vez desde que todo esto empezó, escucho orgullo genuino en su voz cuando habla de su hermano.

Cuando me abraza con fuerza contra su cuerpo me pierdo en su consuelo.

Las manecillas del reloj se mueven con una lentitud exasperante. Cada vez que las puertas del quirófano se abren, mi corazón da un vuelco. Pero son solo enfermeras, asistentes, nunca las noticias que esperamos.

Eleanor comparte historias sobre KY de pequeño, jugando a ser doctor con sus peluches, insistiendo en «operar» a cada juguete roto. Tristan añade sus propios recuerdos: su hermano mayor vendando sus rodillas raspadas, memorizando libros de anatomía mientras otros niños leían cómics.

—Siempre supo lo que quería ser —dice Eleanor—. La corona... esa fue la expectativa de Edmund. Pero la medicina... esa es su verdadera vocación.

Las palabras flotan en el aire, pesadas con implicaciones que ninguno de nosotros se atreve a examinar demasiado de cerca. No ahora, no cuando hay tanto en juego.

Finalmente, después de lo que parecen siglos, las puertas se abren. Mi madre aparece primero, aún con el gorro quirúrgico puesto, seguida por Kylian. Sus ojos me buscan inmediatamente, y algo en mi pecho se afloja al ver su sonrisa cansada.

—La cirugía fue un éxito —anuncia mi madre, su voz mezclando el alivio profesional con el personal—. Tu padre es fuerte. Se recuperará completamente.

KYLIAN

El ritual de preparación quirúrgica es familiar: el lavado meticuloso, el roce del jabón antiséptico, el sonido del agua corriendo. Por primera vez desde que volví a Ravencross, me siento completamente en mi elemento. Aquí, bajo las luces del quirófano, no soy el príncipe heredero. Soy simplemente el Dr. Ashthorne, y tengo un trabajo que hacer.

Tengo que salvar al padre de Charlie cueste lo que cueste.

Lady Victoria está a mi lado, sus movimientos tan precisos como los míos mientras nos preparamos. Hay un entendimiento silencioso entre nosotros, el tipo de comunicación que solo existe entre cirujanos que saben que están a punto de hacer algo extraordinario.

El beso que le di a Charlie aún arde en mis labios mientras me atan la bata quirúrgica. Fue un impulso, una necesidad visceral de prometerle que todo estaría bien. Ahora, mientras me pongo los guantes estériles, esa promesa pesa como una corona diferente sobre mis hombros.

—Campo estéril preparado —anuncia la instrumentista mientras termina de colocar los paños quirúrgicos.

El monitor cardíaco marca un ritmo irregular que conozco demasiado bien. Bajo las luces del quirófano, el corazón expuesto de Lord Sinclair cuenta una historia que he visto cientos de veces: calcificación severa, estenosis crítica, años de síntomas ignorados.

—Iniciando bypass cardiopulmonar —mi voz suena clara, profesional. Las manos me hormigean con esa familiar mezcla de adrenalina y concentración que siempre precede a una cirugía compleja.

Lady Victoria supervisa los parámetros desde su posición.

—Flujo establecido. Temperatura descendiendo según lo previsto.

Mis dedos encuentran la válvula dañada con la precisión que solo dan los años de práctica. El campo quirúrgico se reduce a este pequeño espacio bajo mis manos, donde cada movimiento debe ser perfecto, donde no hay margen para el error.

—Necesitaré más exposición medial —murmuro, y el equipo responde instantáneamente, como una orquesta bien afinada.

Mientras trabajo, mi mente registra detalles que intentaré olvidar más tarde: que estas son las manos que abrochan los gemelos de Lord Sinclair en las ceremonias oficiales, que este corazón late más fuerte cuando Charlie entra en una habitación, que bajo toda esta calcificación hay un padre que necesito salvar.

Las horas se deslizan como minutos. Cada sutura es una promesa silenciosa, cada punto una oración no dicha. El quirófano está en silencio excepto por el sonido rítmico de los monitores y mis ocasionales instrucciones.

—Comenzando a calentar —anuncia Lady Victoria después de lo que podrían ser minutos u horas—. Todos los parámetros dentro de lo esperado.

Mis dedos no tiemblan mientras coloco la última sutura, pero mi corazón late con fuerza contra mis costillas. He realizado esta cirugía docenas de veces en Nueva York, pero nunca con tanto en juego.

—Ritmo sinusal establecido —la voz de Lady Victoria tiene un toque de orgullo maternal que hace que algo se apriete en mi pecho—. Presiones perfectas.

Cuando finalmente me aparto de la mesa de operaciones, noto el dolor en mi espalda, el sudor bajo el gorro quirúrgico. Pero más que eso, siento algo que no había experimentado desde que volví a Ravencross: propósito.

Aquí, en este quirófano, no soy el príncipe que debe elegir lo que quiere hacer con su vida. Soy simplemente un médico que acaba de salvar una vida. Y por primera vez desde mi regreso, ambas partes de mi identidad no parecen estar en guerra.

Lady Victoria me mira por encima de su mascarilla, y hay un entendimiento mutuo en sus ojos. Ella también lo sabe: esto es lo que estaba destinado a hacer, con o sin corona.

Salimos juntos hacia la sala de espera. A través de las ventanas del pasillo, veo que ha anochecido; hemos estado en el quirófano más de seis horas. Mis ojos encuentran inmediatamente a Charlie, y algo en mi pecho se contrae al ver las huellas del miedo y el agotamiento en su rostro.

Lady Victoria anuncia el éxito de la cirugía con esa mezcla perfecta de profesionalismo y calidez que la caracteriza. Yo me mantengo en silencio, dejando que mis ojos hablen por mí cuando encuentran los de Charlie.

Porque en este momento, viendo el alivio inundar su rostro, entiendo que algunas vidas salvadas significan más que otras. Y que quizás, solo quizás, el destino tenía sus propios planes cuando me trajo de vuelta a Ravencross.

Eleanor se acerca mientras el equipo traslada a Lord Sinclair a cuidados intensivos. Su mano encuentra mi brazo, y hay un orgullo en sus ojos que no había visto desde que dejé el reino.

—Siempre supe que serías un médico extraordinario —murmura, solo para mis oídos—. Tu padre también lo sabía, aunque nunca supo cómo decírtelo.

Sus palabras me golpean con fuerza inesperada. Me pregunto qué diría Edmund ahora, viendo a su hijo rebelde salvar la vida del hombre que fue su mano derecha durante décadas. ¿Entendería por fin que la medicina no era un capricho, sino mi verdadera vocación?

Charlie está hablando con las enfermeras, organizando turnos y detalles administrativos incluso en este momento. Su eficiencia profesional es como una armadura, pero puedo ver el temblor en sus manos mientras firma documentos. Quiero acercarme, tomarla en mis brazos, pero el peso de las miradas del personal me mantiene en mi lugar.

Lady Victoria emerge de nuevo del área de cuidados intensivos.

—Está estable —informa, su voz mezclando el profesionalismo médico con el alivio maternal—. La técnica que usaste... fue impecable.

—Aprendí del mejor equipo en el Presbyterian —respondo, pero ella sacude la cabeza.

—No es solo técnica, Kylian. Es vocación. Lo vi en tus ojos ahí dentro. Es la misma mirada que tengo yo cuando opero.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Durante años he intentado separar al médico del príncipe, como si fueran dos personas distintas luchando por el control. Pero hoy, en ese quirófano, por primera vez sentí que ambas partes de mí trabajaban en armonía.

Tristan se acerca, sus ojos evaluándome con una nueva luz.

—Gracias —dice simplemente—. Por salvar a su padre. Por ser el médico que siempre supe que eras.

El nudo en mi garganta me impide responder. ¿Cuándo fue la última vez que vi ese orgullo en los ojos de mi hermano? ¿Cuándo fue la última vez que me miró como el hermano mayor que solía admirar?

A través del cristal de la UCI, observo los monitores que marcan el ritmo constante del corazón de Lord Sinclair. Las líneas verdes que bailan en la pantalla son la confirmación de que todo ha salido bien. De que estas manos, que han sostenido tantos corazones, no han fallado cuando más importaba.

Charlie se acerca silenciosamente, su reflejo apareciendo junto al mío en el cristal. Sin decir palabra, se gira y me abraza, enterrando su rostro en mi pecho. El aroma de su perfume se mezcla con el antiséptico, creando una combinación que quedará grabada en mi memoria para siempre.

—No puedo... —su voz se quiebra contra mi pecho—. No hay palabras suficientes para agradecerte lo que has hecho hoy.

La estrecho más fuerte, permitiéndome por primera vez en horas sentir el agotamiento, el alivio, y algo más profundo que no me atrevo a nombrar todavía. Sus lágrimas empapan mi ropa, pero no son lágrimas de miedo como antes. Son de gratitud, de alivio, de algo que hace que mi corazón se hinche en mi pecho.

Y mientras la sostengo ahí, frente a la UCI donde el corazón de su padre late con fuerza renovada, entiendo que algunos momentos cambian todo lo que creías saber sobre ti mismo.

CAPÍTULO 22

KYLIAN

Encuentro a mi madre donde sabía que estaría, entre sus rosas blancas, esas que Edmund plantó para ella en su primer aniversario. Sus dedos acarician los pétalos con la misma delicadeza con la que solía limpiar mis raspones de niño.

—Solías esconderte aquí —dice sin girarse, su voz suave en la penumbra—. Cada vez que las responsabilidades te pesaban demasiado.

Me acerco, el crujido de la grava bajo mis zapatos italianos tan fuera de lugar como me he sentido desde mi regreso. La operación de Lord Sinclair ha removido algo en mí, ha despertado miedos que creía enterrados bajo años de entrenamiento médico y distancia autoimpuesta.

—Madre... —mi voz suena más vulnerable de lo que pretendo.

Se gira entonces, y hay algo en sus ojos que hace que mi garganta se cierre. No es la decepción a la que me acostumbré en la mirada de Edmund. Es comprensión. Es amor.

—¿Recuerdas tu hospital de peluches? —pregunta, señalando un banco de piedra junto a los rosales—. Tenías cinco años y te tomabas tan en serio cada «operación».

Me siento junto a ella, aunque mi cuerpo mantiene esa rigidez que he cultivado como una armadura. El banco de piedra está frío bajo mis manos.

—El señor Whiskers fue mi primer paciente —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Aquel conejo de peluche gris...

—Le cosiste una «herida» en el pecho con el hilo de bordar que robaste de mi costurero —hay una sonrisa en su voz—. Estabas tan concentrado que ni siquiera notaste cuando tu padre entró.

Edmund. Su nombre aún pesa en el aire entre nosotros. Aprieto la mandíbula, intentando contener la avalancha de emociones que amenaza con desbordarme.

—Él iba a verte operar —dice Eleanor de repente, y sus palabras me golpean como un puñetazo—. A Nueva York.

—¿Qué? —mi voz suena áspera, controlada, pero mis nudillos están blancos contra la piedra del banco.

—Se sentaba en la galería de observación, donde nadie pudiera reconocerlo —hace una pausa, sus dedos encontrando los míos en la oscuridad—. Guardaba cada artículo sobre tus innovaciones quirúrgicas en un cajón de su escritorio. Lo encontré después de... después de que se fue.

El aire abandona mis pulmones en un golpe. Trece años de rabia, de dolor contenido, de preguntas sin respuesta, amenazan con ahogarme.

—¿Por qué nunca...? —no puedo terminar la pregunta.

—Tu padre era un hombre complicado, Kylian —su voz es suave pero firme—. Creía que mostrarte orgullo te haría débil. Que la dureza te prepararía mejor para ser rey.

Una risa amarga escapa de mi garganta.

—¿Y en cambio consiguió que me fuera?

—Consiguió que te convirtieras en el hombre que hoy eres.

El silencio que sigue es denso, cargado con el peso de secretos revelados demasiado tarde. Las rosas blancas brillan como fantasmas bajo la luz de la luna, testigos silenciosos de esta conversación postergada durante años.

—La última vez que fue a verte operar —continúa Eleanor, su voz apenas un susurro—,

realizaste una cirugía de emergencia en un niño. Edmund no dejó de hablar de ello durante semanas.

Algo se rompió dentro de mí. Un dique que ha contenido trece años de dolor, de rabia, de anhelo no reconocido por la aprobación de un padre que nunca supe que la daba en silencio.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —mi voz suena extraña, ahogada.

—Porque necesitabas encontrar tu propio camino —sus dedos aprietan los míos—. Como lo hiciste hoy en ese quirófano. No operaste como un príncipe cumpliendo un deber. Operaste como el médico que siempre has sido.

Las lágrimas que he estado conteniendo desde la muerte de Edmund finalmente encuentran su camino. No son las lágrimas controladas del príncipe heredero en el funeral de Estado. Son las lágrimas crudas del hijo que nunca pudo decir adiós, del niño que solo quería hacer sentir orgulloso a su padre.

Eleanor me atrae hacia sí, y por primera vez desde que era pequeño, me permito ser simplemente su hijo. Su perfume me envuelve, el mismo que usaba cuando me consolaba después de una pesadilla, cuando el peso de la corona era demasiado incluso para un niño.

—Lo siento —murmuro contra su hombro—. Siento haberme ido así. Siento no haber estado aquí cuando...

—Shh —sus dedos acarician mi pelo como solían hacer—. Estabas exactamente donde necesitabas estar. Convirtiéndote en el hombre que hoy puede ser tanto médico como rey.

Me aparto ligeramente, estudiando su rostro en la penumbra.

—No sé si puedo ser ambos.

—Ya lo eres —su sonrisa es suave pero firme—. Lo vi hoy. En cómo manejaste la crisis, en cómo trabajaste con Victoria, en cómo tus manos salvaron una vida mientras tu presencia mantenía la calma de todos. Eso es lo que hace un verdadero rey, Kylian. No solo llevar una corona, sino saber cuándo quitársela para hacer lo que debe hacerse.

El jardín está en silencio excepto por el susurro del viento entre las rosas. En algún lugar del hospital, Charlie debe estar junto a la cama de su padre en la UCI, manteniendo esa vigilia que solo una hija puede hacer. La imagen me golpea con una claridad repentina: necesito estar allí. No como el príncipe heredero, sino como el hombre que hoy encontró su verdadero propósito.

—Ve con ella —dice Eleanor, leyendo mis pensamientos como solo una madre puede—. El protocolo puede esperar hasta mañana.

Me levanto, besando su frente antes de partir.

—Gracias, madre. Por todo.

El trayecto al hospital es un borrón de luces nocturnas y pensamientos revueltos. Encuentro a Charlie exactamente donde sabía que estaría: en la pequeña sala de espera junto a la UCI, revisando informes incluso a esta hora, intentando mantener el control cuando todo lo que quiere es ser simplemente una hija preocupada.

—Ven aquí —digo suavemente, y hay algo en mi voz que hace que levante la mirada—. No tienes que hacer esto sola.

Veo tanta gratitud en su rostro que el corazón se me hincha hasta casi explotar.

Cuando se acurruca contra mi pecho en el incómodo sofá de hospital, sus documentos olvidados a un lado, siento que todas las piezas encajan. Quizás este es mi verdadero destino: no elegir entre el príncipe y el médico, sino ser más. Ser el hombre que puede sostener tanto un reino como a la mujer que lo está cambiando todo.

CAPÍTULO 23

CHARLIE

Reviso mi reflejo en el espejo por décima vez. El vestido azul marino es lo suficientemente formal para cenar con un príncipe, pero lo suficientemente casual para una cena en casa. Mi madre lleva toda la tarde en la cocina, el aroma de su famosa lasaña flotando por toda la casa como un abrazo de bienvenida.

—Deja de retorcerte las manos —dice mi padre desde el sillón, donde se recupera con el reposo ordenado por sus médicos—. Es solo una cena.

Solo una cena. Como si fuera normal tener a Kylian, al futuro rey del país, el hombre que le salvó la vida, viniendo a cenar a nuestra casa familiar.

El timbre hace que mi corazón salte. Respiro hondo, recordándome que he manejado crisis internacionales, que organizo eventos para la corona, que...

Todos mis pensamientos coherentes se evaporan cuando abro la puerta. Kylian está allí, sin el traje formal al que estoy acostumbrada. Lleva un suéter azul oscuro que hace que sus ojos parezcan más grises que nunca, y unos pantalones vaqueros que deberían ser ilegales. En sus manos, un ramo de flores y una botella de vino.

—Para tu madre —dice, entregándome la botella de vino con una sonrisa que hace que mis rodillas tiemblen—. Y esto —añade en voz más baja, rozando deliberadamente mis dedos al pasarme la botella—, es para ti.

El escalofrío que me recorre no tiene nada que ver con la brisa nocturna.

Lo guío hacia el salón, observando cómo sus ojos recorren cada detalle. Las fotos familiares en las paredes, los sofás gastados pero cómodos, los pequeños signos de una vida normal que deben parecer tan ajenos a alguien criado en un palacio.

Se detiene frente a una foto particular y contengo el aliento. Soy yo a los trece años, con aparatos dentales y el uniforme del instituto, sonriendo junto a un Tristan igual de desgarrado.

—Adorable —murmura, y hay algo en su voz que me hace sonrojar.

—Era el primer día de instituto —explico, intentando mantener mi voz firme a pesar de su cercanía—. Tristan y yo...

—Siempre juntos —termina por mí, y hay un matiz en su voz que no logro descifrar. Sus dedos rozan el marco de la foto, deteniéndose en los detalles—. ¿Eso es un pin de «Presidente del Club de Debate»?

—Oh, Dios —gruño, pero es tarde. Ya ha descubierto la siguiente foto, donde sostengo un trofeo casi tan grande como yo.

—«Campeona Regional de Debate, 2009» —lee con una sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco—. ¿Por qué no me sorprende que ya entonces fueras imbatible en argumentación?

El sonido de voces nos interrumpe, y agradezco la distracción. Mi madre aparece en el umbral, el delantal cubierto de harina y esa sonrisa que siempre me hace sentir en casa.

—¡Su Alteza! —exclama, y veo el momento exacto en que recuerda que debería hacer una reverencia.

—Por favor, Victoria —Kylian la detiene con un gesto suave—. Esta noche soy solo Kylian. Y ese aroma es demasiado tentador como para mantener formalidades.

La forma en que mi madre se ilumina ante el cumplido hace que algo se derrita en mi pecho. La

sigo a la cocina, necesitando un momento para recomponerme, pero Kylian viene con nosotras. Lo observo fascinada mientras se remanga el suéter y pregunta si puede ayudar.

—Oh, no, no hace falta... —empieza mi madre.

—Insisto —su voz tiene ese tono de autoridad suave que usa cuando no acepta un no por respuesta—. Charlie siempre presume de su lasaña familiar. Necesito aprender los secretos.

Y así es como me encuentro en la cocina de mi infancia, viendo al futuro Rey de Ravencross aprender a hacer salsa bechamel de mi madre. La escena es tan surreal que tengo que pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando.

La forma en que Kylian se mueve por mi cocina familiar tiene algo hipnótico. Sus gestos son seguros, dominantes incluso aquí, tan lejos del palacio. Cuando pasa tras de mí para alcanzar un cuenco, su mano roza mi cintura de una manera que parece casual pero no lo es. El calor de su cuerpo tan cerca del mío me recuerda a otras noches, otros toques menos inocentes.

—¿Dónde guardáis el rallador? —pregunta, su voz lo suficientemente baja para que solo yo lo oiga, su aliento rozando mi oído.

—Segundo cajón —respondo, agradeciendo que mi madre esté ocupada con el horno.

Sus dedos rozan los míos cuando le paso el utensilio, y la mirada que me lanza promete que me haré pagar esta tortura más tarde. Es el mismo tipo de juego al que nos hemos acostumbrado en las reuniones del consejo, pero aquí, en la intimidad de mi cocina familiar, se siente diferente. Más personal.

Mi padre entra en la cocina, y Kylian se aparta con una naturalidad practicada que me recuerda que no es la primera vez que ocultamos nuestra... lo que sea que tengamos.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunta mi padre, y por un momento me confunde hasta que veo que se dirige a Kylian, que está luchando con el queso para la lasaña.

—La verdad es que sí —admite Kylian con una sonrisa—. En el palacio nunca me dejaron estar cerca de la cocina, y en Nueva York no tenía tiempo para cocinar.

—Charlie tampoco era muy hábil al principio —ríe mi padre—. Deberías haber visto su primer intento de hacer pasta. Creo que aún tenemos marcas en el techo.

—¡Papá! —protesto, pero la risa grave de Kylian hace que mi indignación se derrita.

Lo observo interactuar con mi padre, tan diferente del futuro Rey, al menos por unos pocos meses más, o del amante dominante que conozco en privado. Hay una suavidad en él que solo he visto en momentos robados, después de que la pasión se calma y sus dedos trazan patrones perezosos en mi piel.

—Los últimos análisis son excelentes —dice mi padre mientras se sienta en su sillón favorito—. Tu técnica quirúrgica fue impecable, hijo.

—Tuve una excelente ayuda —responde Kylian, mirando a mi madre—. Lady Victoria es una cirujana extraordinaria.

—Por eso queríamos que vinieras a cenar —interviene mi madre, secándose las manos en el delantal—. No solo para agradecerte por salvar a William, sino... por cómo lo hiciste. Por quedarte todas esas noches en el hospital con Charlie, por estar junto a ella en cada paso del proceso...

Me sonrojo al recordar esas noches en el hospital. Cómo Kylian aparecía con café a las tres de la mañana, cómo me obligaba a descansar usando su hombro como almohada.

—Era lo mínimo que podía hacer —dice Kylian, pero sus ojos encuentran los míos con una intensidad que hace que mi pulso se acelere—. Además, algunos pacientes son más importantes que otros.

La forma en que lo dice, con esa voz grave que reserva para momentos íntimos, hace que un

escalofrío recorra mi espalda. Mi padre, ajeno al subtexto, asiente emocionado.

—La cicatriz es apenas visible —continúa, desabrochándose los primeros botones de la camisa para mostrarla—. Y la rehabilitación va mejor de lo esperado.

—Papá, no creo que Kylian necesite ver...

—Al contrario —interrumpe él, acercándose a examinar la cicatriz con ojo clínico. Sus dedos rozan el pecho de mi padre con la misma precisión que usa en el quirófano—. La cicatrización es perfecta. En unas semanas será apenas perceptible.

Observo la escena con un nudo en la garganta: el hombre que me hace perder el control cada noche, examinando con infinita delicadeza la herida que salvó la vida de mi padre. Los dos aspectos de Kylian, el médico y el amante, el Rey y el hombre, fusionándose en uno solo frente a mis ojos.

—Bueno, ¡a la mesa todos! —anuncia mi madre—. La lasaña está lista.

Mientras nos dirigimos al comedor, Kylian pasa tras de mí, su mano rozando la parte baja de mi espalda en una caricia que promete mucho más. Me pregunto cómo sobreviviré a esta cena, sentada frente al hombre que conoce cada centímetro de mi cuerpo, fingiendo que solo es el Rey que salvó a mi padre.

KYLIAN

El comedor de los Sinclair es todo lo que el palacio no es: íntimo, acogedor, con marcas de uso en la mesa de roble que hablan de cenas familiares y risas compartidas. Las velas que Lady Victoria ha encendido crean sombras danzantes sobre las paredes, donde más fotos familiares cuentan historias de una vida normal que nunca tuve.

Charlie se sienta frente a mí, y la luz de las velas juega con los reflejos cobrizos de su pelo. El vestido azul que ha elegido me recuerda a otras noches, otros momentos donde ese mismo color terminó arrugado en el suelo de mi habitación. Cuando sus ojos encuentran los míos por encima de la copa de vino, veo que ella también lo recuerda.

—La receta es de mi abuela —explica Lady Victoria mientras sirve la lasaña—. Charlie intentó aprenderla durante años, pero...

—Madre —advierte Charlie, y el rubor que sube por su cuello me hace querer morderlo, justo donde sé que la hace gemir.

—Oh, vamos, cariño —ríe su madre—. Su Alteza... perdón, Kylian, debe saber que no eres perfecta en todo.

Si ella supiera lo perfecta que es su hija cuando pierde el control bajo mis manos...

—Me gusta descubrir sus imperfecciones —digo, manteniendo mi voz casual mientras mi pie encuentra el suyo bajo la mesa—. Son fascinantes.

Charlie casi se ahoga con el vino, y la satisfacción que siento es puramente primitiva.

—Cuéntenos más sobre tu vida en Nueva York —pide Lord Sinclair mientras corta su lasaña—. Charlie mencionó que su hospital era uno de los mejores en cirugía cardíaca.

Mi pie sigue rozando el tobillo de Charlie mientras respondo, disfrutando de cómo intenta mantener su compostura.

—El Presbyterian tiene un programa excelente —explico, saboreando tanto la comida como el ligero temblor en las manos de Charlie cuando me inclino hacia adelante—. Aunque debo admitir que el equipo quirúrgico de Lady Victoria es igualmente impresionante.

—Victoria siempre fue brillante —asiente Lord Sinclair con orgullo—. Recuerdo cuando decidió especializarse en cardiopediatría. Todo el mundo decía que era demasiado exigente para una mujer

de su posición, pero ella...

—Siempre supo lo que quería —completa Charlie, y hay algo en su tono que me hace mirarla. Sus ojos verdes brillan con una mezcla de orgullo y desafío que me resulta irresistible.

—Como su hija —añado, mi voz más baja, más íntima. El rubor que colorea sus mejillas es mi recompensa.

Lady Victoria se levanta para traer más vino, y Charlie se apresura a ayudarla. Observo cómo se mueve hacia la cocina, el vaivén de sus caderas es una dulce tortura.

—Sabes —dice Lord Sinclair en voz baja—, nunca la había visto tan... radiante.

Me giro hacia él, encontrando una mirada conocedora que me hace preguntarme cuánto ha notado realmente.

—Es una mujer extraordinaria —respondo con cuidado.

—Lo es —asiente—. Y también es mi pequeña.

El mensaje es claro, aunque está envuelto en gratitud y calidez paternal. Asiento, respetando tanto la advertencia como el cariño tras ella.

Ojalá pudiera asegurarle que no le voy a hacer daño. Ojalá pudiera decírmelo a mí mismo.

El postre llega acompañado de café y más historias familiares. Lady Victoria insiste en que pruebe tres tipos diferentes de tarta, preocupada por lo «delgado» que estoy. Es el tipo de gesto maternal que nunca experimenté en el palacio, donde hasta las meriendas venían con protocolo.

Mientras los observo interactuar, bromear, compartir miradas cómplices, entiendo lo que Charlie es realmente: el producto de un amor simple y profundo, de cenas compartidas y fotos torcidas, de una familia que celebra tanto sus victorias como sus tropiezos.

—¿Más café? —pregunta Charlie, inclinándose para servirme. El aroma de su perfume se mezcla con el del café recién hecho, y por un momento me permito imaginar más noches así. Más normalidad. Más ella.

Y es así como, sentado en una mesa que ha visto generaciones de cenas familiares, comprendo lo que siempre me faltó en el palacio: no grandeza, sino calidez. No protocolo, sino amor.

Y mientras observo a Charlie reír con sus padres, libre de la máscara profesional que siempre lleva en el palacio, sé que haría cualquier cosa por ser parte de esta calidez. Por ser parte de su mundo.

CAPÍTULO 24

CHARLIE

El aroma a antiséptico del hospital se mezcla con el de las flores que adornan el nuevo ala pediátrica. Las voces excitadas de los niños resuenan contra las paredes recién pintadas, sus risas un contraste perfecto con la solemnidad habitual de estos pasillos.

Intento concentrarme en mi tablet, en los detalles del evento, en cualquier cosa excepto en él. Pero mis ojos siguen encontrando a Kylian una y otra vez como si tuvieran voluntad propia. Está arrodillado junto a una niña pequeña, su bata blanca contrastando con el colorido pijama de princesas de la pequeña. La forma en que sostiene su estetoscopio, enseñándole pacientemente cómo escuchar los latidos, hace que algo se agite en mi interior.

—¿Oyes eso? —su voz es suave, diferente a la que usa en las reuniones del consejo—. Es el sonido más bonito del mundo, ¿verdad?

La niña asiente, sus ojos brillantes a pesar de la palidez que delata su lucha contra la leucemia.

—Charlie —su voz me sobresalta cuando se dirige hacia mí—. ¿Todo está en orden?

Está demasiado cerca. El aroma de su aftershave hace que mi pulso se acelere.

—Perfectamente —miento, retrocediendo un paso. Mi espalda encuentra la pared, y de repente estoy atrapada entre el frío del yeso y el calor de su cuerpo.

—¿Segura? —murmura, inclinándose con el pretexto de revisar algo en mi tablet—. Pareces... distraída.

Sus dedos rozan los míos al tomar el dispositivo, y el contacto envía electricidad por mi columna. Esto es peligroso. Estamos en público, rodeados de personal médico y familias, pero la forma en que me mira hace que todo lo demás se desvanezca.

—¿Y quién tiene la culpa? —pregunto, y él, lejos de parecer culpable, deja escapar una risa encantada antes de separarse de mí y continuar con la visita.

Es entonces, cuando lo veo interactuar con otro niño, explicándole un procedimiento con dibujos simplificados, que la realidad me golpea como una ola: estoy completa, irremediamente enamorada de él. No del Rey, no del cirujano brillante, sino del hombre que puede hacer reír a un niño enfermo mientras le explica una cirugía cardíaca con dibujos de superhéroes.

El peso de este conocimiento me aplasta el pecho. Dos meses. Solo quedan dos meses antes de que vuelva a Nueva York, a su vida real, lejos de...

—Necesito aire —murmuro, escapando hacia el jardín del hospital antes de que alguien pueda ver cómo mi mundo se desmorona.

Kylian me mira con preocupación, pero, debe de ver algo en mi rostro, porque me deja marcharme sin oponer resistencia.

Dios mío. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo me he podido volver a enamorar de él de esta manera?

El aire fresco del jardín no ayuda. Me siento en un banco apartado, intentando controlar mi respiración, pero cada inhalación trae consigo el eco de su risa con los niños, el recuerdo de sus manos explicando procedimientos médicos con infinita paciencia.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —la voz de Tristan me sobresalta. No lo he oído acercarse.

—No sé de qué hablas —miento, pero mi voz tiembla traicioneramente.

Se sienta a mi lado, su hombro rozando el mío en ese gesto familiar que hemos compartido durante años. El silencio entre nosotros está cargado de verdades no dichas.

—Charlie —su voz es suave, casi resignada—. Te conozco de toda la vida. Te vi enamorarte de él entonces, y te estoy viendo enamorarte de él ahora.

Las lágrimas que he estado conteniendo amenazan con desbordarse.

—En dos meses se irá —susurro, las palabras quemando mi garganta—. Volverá a su vida en Nueva York, a sus cirugías, a...

—A una vida sin ti —completa Tristan, y hay dolor en su voz, pero también comprensión—. ¿Por qué crees que he intentado mantenerte alejada de él desde que llegó?

Lo miro sorprendida.

—Siempre supe que sería él —continúa, sus ojos fijos en las flores del jardín—. Desde aquella noche que lo viste marcharse, supe que ningún otro hombre tendría una oportunidad.

Y, Dios, tiene razón.

Las lágrimas finalmente encuentran su camino por mis mejillas. Tristan me atrae hacia sí, y por un momento somos de nuevo adolescentes, él consolándome mientras yo lloraba por su hermano sin saber que él también sufría, por razones diferentes, pero igual de profundas.

—Se va a ir —mi voz se quiebra—. Y esta vez no sé si podré...

—Lo sé —me interrumpe suavemente—. Y estaré aquí, como siempre. Pero Charlie... —hace una pausa, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Tal vez esta vez sea diferente. La forma en que te mira...

—Creo que estás viendo más de lo que hay —le digo, y ni siquiera a mí me pasa inadvertido el dolor en mi voz. Porque desearía ser suficiente para hacer que Kylian se quedase.

El sonido de pasos acercándose hace que me limpie las mejillas. Tristan me abraza con más fuerza durante un segundo antes de soltarme. A través de las puertas de cristal, veo a Kylian buscándome con la mirada, y mi corazón da un vuelco traidor en mi pecho.

—Ve —dice Tristan, poniéndose de pie—. Solo... ten cuidado. Con ambos corazones.

Lo observo alejarse, llevándose consigo el peso de años de lealtad y secretos compartidos. Y mientras me preparo para enfrentar a Kylian, me pregunto si algún corazón saldrá intacto de esta historia.

KYLIAN

El nuevo ala pediátrica se siente vacía sin ella. Continúo el recorrido, sonrío a los niños, respondo a las preguntas de los padres, pero mi mente está en el jardín, donde la vi huir con esa expresión que conozco demasiado bien. Es la misma que tiene justo antes de que pierda el control bajo mis manos, cuando está a punto de rendirse completamente.

Tristan la sigue antes de que pueda hacer algo al respecto. Los celos son una sensación desagradable, primitiva, que se retuerce en mi estómago mientras los imagino juntos. Han compartido tantos años, tantos secretos... todo lo que yo me perdí por mi orgullo, por mi necesidad de escapar.

Una enfermera me hace una pregunta sobre protocolos post-operatorios, y me obligo a concentrarme. Pero incluso mientras explico procedimientos que podría recitar dormido, una parte de mí está pendiente de las puertas de cristal, esperando verla regresar.

Cuando no puedo aguantar ni un segundo más sin comprobar que está bien, salgo al jardín a buscarla.

Mi corazón da un vuelco cuando la veo sentada en el banco con claros signos de haber estado llorando sobre sus mejillas.

—Los niños preguntan por ti —digo, situándome de pie junto a ella.

Charlie asiente, sin mirarme.

—Iré en un momento. Solo necesito unos segundos.

—Charlie —mi voz es más suave ahora, más íntima. No sé cómo hacer que se sienta mejor—.
Mírame.

—No hagas esto —susurra, pero su cuerpo la traiciona, inclinándose hacia mí como siempre lo hace.

—¿Hacer qué? —murmuro, agachándome frente a ella. El aroma de su perfume se mezcla con el antiséptico del hospital, una combinación que no debería ser tan embriagadora—. ¿Preocuparme por ti?

Sus ojos finalmente encuentran los míos, y hay algo en ellos que me golpea con fuerza. Vulnerabilidad. Miedo. Deseo. Todo mezclado en ese verde que me persigue en sueños.

—Sabes que en dos meses... —su voz se quiebra.

—No —la interrumpo, mi corazón apretándose en el pecho—. No hablemos de eso ahora.

—Kylian... —mi nombre en sus labios suena como una súplica.

No puedo contenerme más. La beso con desesperación. Es un beso posesivo, dominante, una declaración de intenciones que ninguno de los dos está listo para expresar en palabras.

Sus manos se aferran a mi bata médica mientras responde al beso con igual intensidad. Hay desesperación en la forma en que sus dedos se clavan en mi pecho, en cómo su cuerpo se arquea contra el mío.

El sonido de pasos acercándose nos devuelve bruscamente a la realidad. Nos separamos, pero mantengo mi mano en su cara, incapaz de dejarla ir completamente.

—Esta noche —susurro contra su oído—. Ven a mí habitación. Necesitamos hablar.

—¿Hablar? —hay un toque de ironía en su voz que me hace sonreír.

—Entre otras cosas —prometo, mis dedos trazando un camino por su columna que la hace estremecerse—. No huyas de mí, Charlie. No de esto.

Y mientras la observo levantarse, tan profesional y compuesta como siempre, me doy cuenta de que mis planes futuros, esos que siempre terminaban en Nueva York, ahora invariablemente incluyen a una mujer de ojos verdes que ha revolucionado mi mundo sin siquiera intentarlo.

La idea debería aterrorizarme. En cambio, por primera vez desde que volví a Ravencross, siento que estoy exactamente donde debo estar.

CAPÍTULO 25

CHARLIE

El aroma a café recién hecho llena mi oficina mientras reviso los informes matutinos. La luz temprana se filtra por los ventanales, creando patrones dorados sobre los documentos esparcidos en mi escritorio. Es una mañana como cualquier otra, excepto por la taza de café extra que Kylian dejó hace unos minutos, su aroma mezclándose con el recuerdo de su beso robado al entregarla.

El sonido de su teléfono atraviesa la quietud de la mañana. Al principio no le presto atención, las llamadas son constantes en el palacio, pero algo en su tono me hace levantar la vista.

—¿Cuándo empezaron los síntomas? —su voz ha cambiado, es la voz del Dr. Ashthorne, no la del príncipe—. ¿Y el último eco?

Lo observo mientras escucha, notando cómo su postura cambia sutilmente. Sus dedos, esos que conozco tan íntimamente, se tensan alrededor del teléfono. Su rostro se vuelve más serio con cada segundo que pasa.

—Envíame los resultados —dice finalmente—. Estaré pendiente de mi email.

Cuando cuelga, el silencio en la oficina es denso. No pregunto, espero. Años de experiencia me han enseñado que a veces el silencio obtiene más respuestas que las preguntas.

El sonido de sus pasos mientras camina hacia la ventana resuena en el silencio. Lo conozco lo suficiente para saber que está luchando consigo mismo, ordenando sus pensamientos. Su reflejo en el cristal muestra una tensión enorme.

—Me han llamado por Sarah —dice finalmente, su voz contenida—. La niña del violín.

El nombre hace que algo se retuerza en mi estómago. La recuerdo de sus historias: ocho años, prodigio musical, su paciente favorita en Nueva York. La forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de ella, de cómo practicaba violín incluso durante la quimioterapia.

—¿Ha empeorado? —pregunto suavemente, aunque ya sé la respuesta.

Se gira hacia mí, y hay algo en sus ojos que hace que mi corazón se encoja.

—Necesita una cirugía de emergencia —su voz es profesional, pero detecto el temblor subyacente—. El Dr. Morrison dice que la válvula está fallando. Los nuevos medicamentos no están funcionando.

—¿Cuánto tiempo? —mi voz suena más firme de lo que me siento.

—Cuarenta y ocho horas, máximo —pasa una mano por su pelo, un gesto que reconozco de sus momentos de frustración—. Morrison dice que soy el único que conoce su caso lo suficientemente bien. La técnica que desarrollamos...

El silencio se extiende entre nosotros, pesado con todo lo que no decimos. Con lo que esto significa realmente. Puede que pensásemos que todavía nos quedaba un tiempo juntos, pero la realidad ha llegado para tocar a nuestra puerta: su vida en Nueva York lo reclama y él va a acudir.

Me levanto de mi escritorio, años de entrenamiento guiando mis movimientos. Mi mente ya está catalogando todo lo que necesitará organizarse: el jet real, la seguridad, los comunicados de prensa. Es más fácil pensar en logística que en el vacío que dejará su partida. En cómo se me parte el corazón por esta situación que llega antes de tiempo, pero que ambos sabíamos que iba a llegar.

—Haré que preparen el jet —digo finalmente, mi voz profesional ocultando el temblor de mis manos—. ¿Necesitarás escolta en Nueva York?

—Charlie... —hay una súplica en su voz que me obliga a mantener la mirada fija en mi tablet.

—También debemos considerar cómo manejar a la prensa —continúo, como si no hubiera hablado—. Un comunicado sobre tus responsabilidades médicas podría...

—Por favor, mírame.

Es el «por favor» lo que me desarma. Kylian nunca ruega. Da órdenes, exige, domina. Pero nunca ruega.

Cuando finalmente levanto la vista, la intensidad de su mirada casi me hace retroceder. Hay tanto en sus ojos: culpa, determinación, y algo más profundo que ninguno de los dos está listo para nombrar.

—No tienes que hacer esto —dice suavemente—. No tienes que pretender que esto es solo otro asunto que gestionar.

—¿Y qué sugieres? —mi voz suena más afilada de lo que pretendo—. ¿Que monte una escena? ¿Que te ruegue que te quedes?

—No, pero...

—Pero nada —lo interrumpo—. Hay una niña en Nueva York que necesita al Dr. Ashthorne más de lo que el reino necesita a su Rey en este momento.

Sus pasos resuenan mientras se acerca a mi escritorio. Me mantengo firme, aunque cada célula de mi cuerpo grita por retroceder, por huir antes de que mi fachada profesional se desmorone completamente.

—El vuelo podría estar listo en tres horas —mi voz suena hueca incluso para mis propios oídos—. Necesitarás tiempo para prepararte, revisar los últimos resultados...

Sus dedos encuentran mi barbilla, obligándome a mirarlo. El contacto quema como hielo sobre mi piel.

—Prométeme una cosa —murmura, su pulgar trazando un patrón hipnótico en mi mandíbula—. Prométeme que cuando vuelva...

—No —lo interrumpo, apartándome de su toque—. No hagas esto. No ahora. No voy a pasar por esta pérdida más veces. Es mejor que cortemos cualquier relación personal que pudiéramos tener ahora.

Retrocedo hasta que mi espalda encuentra la ventana. El frío del cristal atraviesa mi blusa, anclándome a la realidad. Fuera, el sol brilla sobre los jardines del palacio como cualquier otra mañana, ajeno al modo en que mi mundo se desmorona en silencio.

—Enviaré a alguien con los documentos necesarios —mi voz vuelve a ser profesional, distante—. Y me aseguraré de que Eleanor sea informada adecuadamente.

Asiente una vez, su mandíbula tensa con palabras no dichas. Cuando se gira para marcharse, cada paso suena como un eco de aquella noche hace trece años, cuando lo vi partir por primera vez.

Solo cuando la puerta se cierra tras él, me permito cerrar los ojos. Una única lágrima escapa, rodando por mi mejilla como una confesión silenciosa de todo lo que no me atrevo a decir en voz alta.

El reino sobrevivirá sin su Rey

No estoy tan segura sobre mi corazón.

KYLIAN

La llamada del Dr. Morrison aún resuena en mis oídos mientras atravieso los pasillos del palacio. Las palabras se mezclan en mi mente: «deterioro rápido», «la válvula está fallando», «nadie más conoce la técnica como tú». Pero lo que más me persigue es el sonido controlado de la voz de Charlie cuando

dijo que prepararía mi partida. A penas puedo respirar.

Sarah. Mi pequeña violinista. La imagen de sus dedos diminutos sosteniendo el arco mientras yo ajustaba su medicación intravenosa me golpea con fuerza. «Tocaré en su boda, Dr. Ashthorne», me había prometido la última vez que la vi, sus ojos brillantes a pesar del dolor.

El equipo de seguridad ya está movilizándose, la eficiencia de Charlie manifestándose en cada detalle. Es casi cruel cómo puede hacer que incluso mi partida parezca perfectamente orquestada.

Morrison me envía los últimos resultados a mi tablet. Los números son devastadores: la válvula que implantamos hace dos años está fallando más rápido de lo previsto. El procedimiento que desarrollamos juntos es su única esperanza, pero requiere una precisión que pocos cirujanos poseen.

—¿A qué hora sale el jet? —la voz de Eleanor me sorprende. No la he oído acercarse.

—En tres horas —respondo automáticamente, como si esto fuera solo otro compromiso real—. Charlie está...

—Lo sé —interrumpe suavemente—. La he visto organizándolo todo con esa eficiencia suya que usa cuando está rota por dentro.

Me giro hacia mi madre, encontrando en sus ojos una comprensión que hace que algo se retuerza en mi pecho. Eleanor siempre ha visto más de lo que dice, siempre ha entendido más de lo que admite.

—No puedo dejar que Sarah... —mi voz se quiebra ligeramente—. Es solo una niña, madre.

—Lo sé —su mano encuentra mi brazo, el gesto tan maternal como cuando era pequeño—. Y por eso eres exactamente el hijo que siempre supe que serías.

Los pasillos del palacio parecen más largos mientras nos dirigimos a mis aposentos. Cada retrato familiar, cada tapiz, cada rincón parece recordarme lo que estoy a punto de dejar atrás. De nuevo.

—El equipo quirúrgico del Presbyterian está en espera —digo mientras preparo la maleta con lo esencial, más para llenar el silencio que por necesidad—. Morrison dice que han reservado el quirófano principal...

—Hijo —Eleanor me detiene con esa voz suya que siempre ha podido atravesar mis defensas—. No tienes que explicarme por qué debes ir.

—¿No? —mi risa suena amarga incluso para mis propios oídos—. ¿No debería justificar por qué abandono el reino otra vez?

—No abandonas nada —Eleanor se sienta en el borde de mi cama, observándome mientras guardo todo en mi maletín—. Vas a salvar una vida. Eso es lo que siempre has estado destinado a hacer.

—Padre no estaría de acuerdo —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—Tu padre... —hace una pausa, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Edmund nunca supo cómo manejar un hijo que tenía el corazón más grande que la corona que debía heredar.

El silencio que sigue es pesado. Continúo guardando las cosas mecánicamente, intentando no pensar en ojos verdes y el aroma a jazmín que impregna cada rincón de mi memoria reciente.

—La forma en que ella te mira... —comienza Eleanor.

—No —la interrumpo bruscamente—. No puedo pensar en eso ahora.

Pero es demasiado tarde. La imagen de Charlie en su oficina, manteniendo la compostura, me persigue como un fantasma.

Me parte el corazón separarme de ella. Me parte el corazón que esto sea un adelanto de lo que nos espera en poco tiempo.

El viaje al aeropuerto es un borrón de movimiento y silencio. El equipo de seguridad, el personal del palacio, todos se mueven con la precisión de un ballet real perfectamente coreografiado. Su

ballet. Incluso en mi partida, su toque está en cada detalle.

No está en la pista cuando subo al jet. Por supuesto que no. Sería demasiado personal, demasiado revelador. En cambio, encuentro una carpeta sobre mi asiento: informes médicos traducidos, contactos de emergencia, todo lo que podría necesitar organizado con su eficiencia característica.

Y debajo de todo, una nota simple: «Sálvala.»

El jet despegue, y mientras Ravencross se hace más pequeña bajo nosotros, todo lo que puedo pensar es en cómo sus manos temblaban ligeramente mientras organizaba mi partida. En cómo se negó a hacer promesas que sabía no podríamos cumplir. En cómo su perfume permanece en el cuello de mi camisa después de nuestro último momento en su oficina.

Sarah me necesita. Una niña de ocho años cuya vida depende de mis manos. Debería estar repasando el procedimiento, revisando los últimos resultados. En cambio, mi mente solo puede reproducir el color de los ojos de Charlie. Su mirada destrozada.

Morrison envía más detalles sobre la cirugía, pero las palabras se mezclan en la pantalla. Todo lo que veo es verde, el verde de sus ojos cuando intenta mantener el control, cuando finge que mi partida es solo otro asunto que gestionar.

Nueva York espera, con sus sirenas y emergencias, con una niña que necesita al Dr. Ashthorne. Pero mientras el océano se extiende bajo el jet, me pregunto si el precio de salvar una vida será perder la única que ha hecho que la corona pese menos.

CAPÍTULO 26

CHARLIE

El palacio despierta diferente sin él. El mármol bajo mis tacones resuena con un eco más hueco, como si el edificio mismo notara su ausencia. La luz de la mañana se filtra por los ventanales góticos, creando patrones que ya no tienen sentido sin su sombra atravesándolos camino a nuestras reuniones matutinas.

Me detengo frente a la cafetería real, mi mano congelada sobre el picaporte. Solíamos... no. No «solíamos». Eso implica un pasado compartido, una historia que nunca debió existir. Pero los recuerdos vienen igual: su sonrisa torcida mientras preparaba mi café, la forma en que sus dedos rozaban los míos al pasarme la taza, esos besos robados contra la encimera cuando el personal aún no había llegado.

—¿Lady Sinclair? —la voz de Marie, una de las cocineras, me devuelve al presente—. ¿Desea que le dé ahora su café?

—No —mi voz suena profesional, controlada—. Gracias, Marie. Tomaré el desayuno en mi oficina.

Mi oficina es un santuario de orden y control. Cada documento perfectamente archivado, cada agenda meticulosamente organizada. Es más fácil enterrarme en el trabajo que pensar en cómo su ausencia ha dejado huecos en lugares que no sabía que podían doler.

Los informes se acumulan en mi escritorio: índices de aprobación, análisis de prensa internacional, protocolos para futuros eventos. Mi tablet no deja de vibrar con notificaciones, pero mis ojos se desvían constantemente hacia las noticias de Nueva York. Busco su nombre en cada titular médico, rastros de cirugías cardíacas en el Presbyterian, cualquier señal de que está bien.

Tristan aparece a media mañana, café en mano. Es parte de nuestra nueva rutina: él intentando llenar espacios que no le corresponden, yo fingiendo que lo aprecio.

—Llevas demasiado tiempo trabajando —comenta preocupado.

—Tengo mucho trabajo pendiente —respondo, aunque ambos sabemos que es mentira. El trabajo es solo una excusa para no enfrentarme a mi vida real, donde su ausencia es más tangible.

—Hablé con él anoche —dice casualmente, estudiando mi reacción—. La cirugía de Sarah fue un éxito.

Mi corazón da un vuelco traidor. Mantengo los ojos fijos en mi pantalla, como si la noticia no hiciera que mis manos tiemblen ligeramente.

—Eso es... bueno —mi voz suena profesional, distante—. El reino se alegrará de saber que su príncipe sigue salvando vidas.

Tristan suspira, ese sonido que hace cuando está perdiendo la paciencia conmigo.

—Charlie...

—No —lo interrumpo—. Por favor, no.

Se sienta en el borde de mi escritorio, invadiendo mi espacio personal como solo él puede hacerlo. Su mano encuentra la mía sobre el teclado, deteniendo mi frenética actividad.

—Me preguntó por ti —dice suavemente.

Las palabras golpean como un puño en mi estómago. Me levanto bruscamente, necesitando espacio, aire, distancia de esta conversación.

—Tengo una reunión con el consejo —miento, recogiendo documentos al azar—. Y luego debo

revisar los preparativos para...

—Está sufriendo tanto como tú.

—No puedes saber eso —mi voz suena más áspera de lo que pretendo—. Y francamente, no importa.

Salgo de la oficina antes de que Tristan pueda responder, mis tacones marcando un ritmo frenético contra el mármol. A pesar del dolor, mis pies me llevan automáticamente al despacho de Kylian. No debería entrar, pero lo hago igual.

El aroma me golpea primero: su aftershave persistiendo en el aire como un fantasma. La última vez que estuvimos aquí, él estaba inclinado sobre su escritorio, estudiando informes económicos, su ceño fruncido en concentración. Ahora la habitación parece congelada en el tiempo, esperando a un rey que no quiere estar aquí.

Es entonces cuando la veo: una de sus americanas, olvidada en el respaldo de la silla. La tomo entre mis manos antes de poder detenerme. Todavía tiene ese aroma único suyo, mezcla de hospital y ese perfume carísimo que siempre usa.

Mis rodillas ceden y me dejo caer en la silla, la chaqueta presionada contra mi pecho. El tejido es suave bajo mis dedos, y si cierro los ojos, casi puedo pretender que es él, que está aquí, que...

—Oh, querida.

La voz de Eleanor me sobresalta. Intento levantarme, recuperar mi compostura, pero ella ya está a mi lado, sus brazos rodeándome con cariño.

—El amor siempre encuentra su camino —susurra contra mi pelo.

Una risa amarga escapa de mi garganta.

—¿Cómo puede ser amor algo que duele tanto?

Eleanor no responde, solo me sostiene mientras las lágrimas que he estado conteniendo durante días finalmente encuentran su camino. La chaqueta entre nosotras huele a promesas rotas y a un futuro que nunca será.

KYLIAN

El quirófano del Presbyterian debería sentirse como volver a casa. Las luces fluorescentes, el zumbido de los monitores, el aroma a antiséptico... todo es familiar, pero nada se siente correcto. Mis manos se mueven con precisión ensayada mientras opero, pero mi mente está a un océano de distancia.

Estoy tan distraído que solo los años de práctica hacen que la operación salga bien.

Sarah se recupera con rapidez. Su sonrisa de agradecimiento durante las rondas matutinas hace que el sacrificio valga la pena. Casi. Pero entonces recuerdo la hermosa cara de Charlie, esa arruga en su ceño cuando algo no le convence del todo, ese brillo en sus ojos verdes cuando explicaba procedimientos médicos, y el dolor vuelve con fuerza renovada.

Esa tarde todo se vuelve peor.

—Sutura del 3.0 —pido mecánicamente durante una operación de urgencia, mis dedos moviéndose por memoria muscular.

—¿Todo bien, Dr. Ashthorne? —Morrison me observa por encima de su mascarilla quirúrgica—. Es la tercera vez que pides la misma sutura.

Asiento brevemente, forzándome a concentrarme. No puedo permitirme errores, no cuando las vidas de mis pacientes dependen de la precisión de estas manos. Estas manos que todavía recuerdan la suavidad de su piel, la forma en que temblaba bajo mi toque...

—Concentración, Ashthorne —me reprendo mentalmente—. Eres cirujano primero, hombre después.

Pero incluso aquí, en mi santuario de acero inoxidable y monitores cardíacos, ella encuentra formas de colarse en mi mente.

Las noches son las peores. Mi apartamento en Manhattan, con sus vistas a Central Park que tanto me costó conseguir, ahora parece una jaula de cristal y soledad. Me encuentro despierto a las tres de la mañana, revisando fotos en mi teléfono que no debería haber guardado: Charlie riendo en la cocina del palacio, dormida sobre una pila de informes en su oficina, radiante en aquel baile diplomático donde casi pierdo el control.

Los días comienzan a pasar con una rapidez vertiginosa.

—Deberías descansar —sugiere Morrison después de otra cirugía donde he estado más ausente que presente—. Has estado distraído.

—Estoy bien —respondo automáticamente, la misma respuesta que ella siempre daba cuando intentaba mantener el control.

—El mejor cirujano es el que tiene el corazón en paz —dice, y hay algo en su mirada que sugiere que sabe más de lo que dice—. Y tu corazón claramente no está aquí.

Las llamadas con Tristan son una dulce tortura. Mi hermano habla de asuntos del reino, de preparativos y protocolos, pero lo que no dice pesa más que sus palabras. Quiero preguntar por ella, necesito saber si está bien, si también tiene problemas para dormir, si...

—Está trabajando demasiado —dice Tristan una noche, sin que yo pregunte—. Ya sabes cómo es cuando intenta mantener el control.

Sí, lo sé. Puedo imaginarla perfectamente: enterrada en trabajo hasta altas horas, su perfecto moño deshaciéndose gradualmente, esa arruga de concentración entre sus cejas que siempre quiero besar.

El email de Eleanor llega cuando estoy revisando un post-operatorio. Una foto adjunta hace que mi corazón se detenga: Charlie dormida en mi antiguo despacho, mi chaqueta apretada contra su pecho como si fuera un salvavidas. El archivo no tiene mensaje, no lo necesita. La imagen dice más que cualquier palabra que mi madre pudiera escribir.

Me encuentro tocando la pantalla, trazando el contorno de su rostro dormido. Hay sombras bajo sus ojos que no estaban allí cuando me fui, y su pelo, siempre tan perfectamente arreglado, cae en ondas sueltas alrededor de su cara. Se ve vulnerable, real, hermosa de una manera que hace que mi pecho duela.

—Dr. Ashthorne —una enfermera interrumpe mis pensamientos—. Sarah está preguntando por usted. Dice que quiere mostrarle algo con su violín.

Asiento, guardando el teléfono en mi bata, pero la imagen persiste en mi mente. Mientras camino hacia la habitación de Sarah, cada paso resuena con una certeza que he estado intentando negar: este hospital, estas paredes que una vez fueron mi escape, ahora se sienten como otra jaula dorada.

Sarah está sentada en su cama, el pequeño violín en su regazo. Sus ojos se iluminan cuando me ve entrar, y por un momento el parecido con la forma en que Charlie me miraba en el hospital real me golpea con fuerza.

—¿Sabe qué, Dr. Ashthorne? —dice mientras afina las cuerdas—. He estado practicando esa pieza que dijo que le gustaba. La que tocaban en el palacio durante los bailes.

Mi mano se congela sobre el historial médico. Es la misma melodía que sonaba la noche que bailé con Charlie, cuando tuve que contenerme para no besarla frente a toda la corte.

—Es una pieza difícil —digo, intentando mantener mi voz firme—. ¿Cómo la conoces?

—La busqué en internet —sonríe, orgullosa—. «Vals Real de Ravencross». Hay videos del último baile real. Usted estaba allí, bailando con una dama de vestido azul.

El aire abandona mis pulmones. Por supuesto que hay videos. Charlie probablemente tuvo que gestionar la cobertura mediática de ese evento, como hacía con todo. Me pregunto si ella también los ha visto, si recuerda cómo sus dedos se clavaron en mi hombro cuando la hice girar, cómo su perfume a jazmín me mareó durante toda la noche.

Sarah comienza a tocar, y cada nota es como una puñalada directa a mi corazón. Sus pequeños dedos, todavía recuperándose de la cirugía, se mueven con determinación sobre las cuerdas. La melodía inunda la habitación del hospital, transformando el espacio estéril en algo más íntimo, más doloroso.

—¿Está bien, Dr. Ashthorne? —pregunta Sarah, deteniendo su interpretación—. Parece triste.

—Estoy bien —miento, la misma respuesta automática que he estado dando durante semanas—. Solo... recordaba.

—¿La extraña? —su pregunta inocente me golpea con la fuerza de una revelación—. A la dama del vestido azul.

Morrison tenía razón. El mejor cirujano es el que tiene el corazón en paz, y el mío está a un océano de distancia, probablemente durmiendo en mi despacho vacío, abrazando una chaqueta que huele a promesas que no me atreví a hacer.

Me siento en el borde de la cama de Sarah, el violín entre nosotros como un puente entre dos mundos. Mi mundo aquí, salvando vidas con precisión quirúrgica, y el que dejé atrás, donde una mujer de ojos verdes convirtió una corona en algo más que un peso.

—¿Sabes? —dice Sarah mientras guarda el violín en su estuche—. Mi mamá dice que cuando alguien te hace sentir como en casa, no importa dónde estés, ese es tu lugar.

Sus palabras, con esa sencillez que solo los niños poseen, hacen que algo se rompa dentro de mí. Porque tiene razón. He estado tan ocupado huyendo, tan determinado a probar que podía ser más que un príncipe, que no me di cuenta de cuándo Ravencross dejó de ser una jaula.

No fue el reino lo que cambió. Fue ella.

Charlie, con su eficiencia implacable y su vulnerabilidad escondida. Con su manera de hacer que cada obligación real pareciera menos pesada, cada protocolo menos restrictivo. La forma en que su presencia transformaba el palacio de una prisión dorada en un hogar.

—Dr. Ashthorne —la voz de Morrison desde la puerta me sobresalta—. Hay una llamada de Ravencross en mi oficina. Algo sobre preparativos para...

No termino de escucharlo. Mis pies ya se mueven, mi corazón latiendo con una certeza que no había sentido desde que dejé el reino. Sarah está a salvo, recuperándose. Mi trabajo aquí está hecho.

Es hora de volver a casa.

No a Ravencross, no al palacio, no a la corona.

A ella.

Porque tal vez ese siempre fue mi verdadero destino: no elegir entre el príncipe y el médico, sino ser ambos. No para el reino, no para la medicina.

Para Charlie.

CAPÍTULO 27

CHARLIE

El salón principal del palacio es mi dominio. Aquí no soy una mujer rota por el dolor de volver a perder al hombre del que está enamorada. Aquí soy una profesional.

Cada detalle está meticulosamente planificado: la iluminación perfectamente ajustada para las cámaras, la disposición estratégica de los asientos, incluso el ángulo exacto de los micrófonos. El informe anual de la Casa Real es el tipo de evento que podría organizar mientras duermo, donde cada segundo está cronometrado, cada reacción anticipada.

Mi voz fluye con la confianza que da la preparación exhaustiva mientras presento las cifras del último trimestre. El roce del papel bajo mis dedos es reconfortante, familiar. Este es mi elemento: datos, gráficos, control absoluto. No hay espacio aquí para el dolor que he mantenido encerrado durante semanas, para el vacío que su partida dejó en cada rincón del palacio.

Los miembros del consejo toman notas en la primera fila, sus plumas rasgando el papel en ese ritmo constante que marca el tempo de estas presentaciones. La prensa, contenida tras las cuerdas de terciopelo que yo misma seleccioné, fotografía cada momento con la discreción que tanto me costó inculcarles.

Es entonces cuando lo noto. Un cambio sutil en el ambiente, como cuando la presión cae antes de una tormenta. Los fotógrafos al fondo del salón comienzan a moverse, rompiendo la formación cuidadosamente establecida. Los murmullos se extienden como ondas en agua quieta, perturbando la atmósfera solemne que había construido tan cuidadosamente.

Mi entrenamiento toma el control: escaneo la sala buscando la fuente de la perturbación, mi mente ya catalogando posibles crisis y sus soluciones. Es entonces cuando los flashes empiezan a dispararse con más frecuencia, iluminando el salón como relámpagos.

Y mi corazón, ese traidor que creí haber disciplinado, lo reconoce antes que mis ojos.

Kylian está en el umbral del salón principal, y la imagen me golpea con tanta fuerza que por un momento olvido cómo respirar. Lleva la bata blanca del hospital bajo un abrigo negro, como si hubiera venido directamente desde un quirófano en Nueva York. Su pelo está despeinado, tan diferente del Rey perfectamente arreglado que el protocolo exige. Hay algo crudo, urgente en su presencia que hace que el aire en la sala se vuelva denso.

Mis manos se tensan sobre el atril, los nudillos blancos contra la madera pulida. La voz profesional que he cultivado durante años continúa automáticamente, citando estadísticas y proyecciones que ya no tienen sentido. Porque él está avanzando por el pasillo central, sus ojos grises fijos en mí con una intensidad que amenaza con desarmar años de control cuidadosamente construido.

Los miembros del consejo se giran en sus asientos, los murmullos crecen. Veo a Eleanor llevarse una mano al pecho, a Tristan enderezarse en su silla. Pero Kylian no mira a nadie más. Avanza como si el salón estuviera vacío, como si no hubiera un centenar de testigos, como si no estuviera rompiendo cada regla de protocolo que existe.

—Los índices de... —mi voz finalmente falla cuando llega al pie del escenario.

Debería detenerlo. Debería mantener el orden, redirigir la atención, hacer mi trabajo. Pero hay algo en la manera en que me mira, en cómo sus ojos no han dejado los míos ni por un segundo, que hace que todas mis defensas profesionales tiemblen.

Su perfume me golpea cuando sube al escenario y hace que mi estómago se retuerza. Cada paso que da hacia mí resuena en el silencio absoluto que ha caído sobre el salón. El mundo parece moverse a cámara lenta: los flashes de las cámaras congelando el momento, el susurro de su bata contra el abrigo, el latido de mi corazón marcando cada segundo.

—Charlie —su voz es grave, íntima a pesar de la multitud que nos observa. La forma en que pronuncia mi nombre, no «Lady Sinclair», no mi título formal, hace que algo se rompa dentro de mí.

Intento dar un paso atrás, mantener la distancia profesional que tanto me ha costado construir estas semanas, pero mi cuerpo me traiciona. Mis pies permanecen clavados al suelo mientras él se acerca, su presencia dominando el espacio como solo él sabe hacer.

—Su Alteza —logro articular, mi último intento desesperado por mantener el protocolo—. El informe anual...

—Al diablo con el informe —dice, y hay una sonrisa en su voz que hace que mis rodillas tiemblen—. He cruzado un océano para decirte algo, y por una vez en tu vida, vas a dejar de intentar controlar la situación.

Los murmullos escandalizados del consejo apenas se registran en mi consciencia. Todo lo que puedo procesar es la forma en que sus ojos brillan con determinación, cómo su mano se acerca a mi rostro con una delicadeza que contrasta con la autoridad de su voz.

Y mientras su mano encuentra mi mejilla, mientras el mundo contiene el aliento, mientras años de protocolo y control se desmoronan a mi alrededor, me doy cuenta de que esta vez no quiero luchar contra lo inevitable.

KYLIAN

El vuelo desde Nueva York parece interminable. Cada minuto que el jet real tarda en cruzar el Atlántico es una tortura, sabiendo que ella está en ese podio, manteniendo su perfecta compostura profesional mientras presenta el informe anual.

Cuando el coche se detiene frente al palacio, ni siquiera espero a que el chofer abra la puerta. Los guardias se apartan a mi paso, sus expresiones oscilando entre la sorpresa y el reconocimiento. No me detengo a explicar, no hay tiempo para protocolos. Sé exactamente dónde estará: en el salón principal, controlándolo todo como siempre.

Los murmullos comienzan en cuanto entro. Veo los flashes de las cámaras, escucho las exclamaciones ahogadas, pero nada de eso importa. Porque allí está ella, tan profesional y hermosa que hace que mi pecho duela. Su voz firme citando estadísticas, sus manos sosteniendo los informes con esa gracia estudiada que siempre me ha fascinado.

El discurso que ensayé durante el vuelo se desvanece en el momento en que sus ojos encuentran los míos. Todo lo que queda es la verdad cruda que me trajo de vuelta: no es el deber, no es la corona, es ella.

Avanzo por el pasillo central ignorando deliberadamente cada protocolo que ella me enseñó con tanta paciencia. Veo el momento exacto en que nota mi presencia: el ligero temblor en sus manos sobre el atril, la pausa casi imperceptible en su discurso, el modo en que su respiración se entrecorta. Conozco cada uno de sus gestos, cada pequeña señal que delata cuando está perdiendo el control que tanto se esfuerza en mantener.

Los miembros del consejo se vuelven en sus asientos. En la primera fila, mi madre se lleva una mano al pecho, y Tristan... por primera vez en meses, veo una sonrisa genuina en el rostro de mi hermano. Pero mis ojos vuelven inevitablemente a ella.

Subo al escenario con la misma determinación con la que he entrado a cientos de quirófanos. La diferencia es que esta vez no voy a salvar una vida, voy a reclamar la mía.

—Charlie —su nombre en mis labios sabe a hogar, a todas las promesas que debí hacer antes.

La veo intentar retroceder, mantener esa distancia profesional que siempre usa como escudo. No esta vez. No cuando he cruzado un océano para llegar a ella, no cuando por fin sé exactamente lo que quiero.

—Su Alteza —intenta, su voz temblando ligeramente—. El informe anual...

—Al diablo con el informe —la interrumpo, y hay una sonrisa en mi voz porque, Dios, cómo he extrañado su necesidad de control—. He cruzado un océano para decirte algo, y por una vez en tu vida, vas a dejar de intentar controlar la situación.

Mi mano encuentra su mejilla con una delicadeza que contrasta con la autoridad de mi voz. Su piel es suave bajo mis dedos, y siento cómo se estremece ante el contacto. Los flashes de las cámaras se intensifican, pero no me importa. El mundo entero puede ver cómo el príncipe heredero reclama lo que es suyo.

—He pasado mi vida huyendo —mi voz llena el salón, y hay una fuerza en ella que nunca antes había sentido—. Huyendo de la corona, del deber, de quien se suponía que debía ser. Hasta que una mujer me enseñó que no tenía que elegir.

Sus ojos verdes brillan con lágrimas contenidas, y puedo ver la batalla en ellos: la directora de comunicación luchando contra la mujer que tiembla bajo mi toque.

—Una mujer que maneja crisis internacionales sin pestañear —continúo, mi pulgar trazando suavemente su pómulo—. Que organiza la vida de un reino entero, pero que no puede controlar cómo su pulso se acelera cuando la toco.

Un murmullo recorre la sala, pero mi voz no vacila. Ya no hay vuelta atrás.

—Volví a Ravencross pensando que sería una prisión —mis ojos no dejan los suyos mientras me confieso ante todo el reino—. Pero tú, Charlie Sinclair, convertiste estas paredes en un hogar. Me hiciste amar al Reino.

Mi otra mano encuentra su cintura, atrayéndola más cerca. Siento cómo intenta mantener su compostura profesional, pero su cuerpo la traiciona, inclinándose hacia mí como siempre lo ha hecho.

—No vine por el deber —mi voz se suaviza, aunque sé que el micrófono la lleva a cada rincón del salón—. No vine por la corona. Vine porque la idea de pasar un día más sin ti era insostenible.

Una lágrima escapa finalmente, rodando por su mejilla. La atrapo con mi pulgar, el gesto tan íntimo que hace que los flashes se intensifiquen.

—Sarah me preguntó si te extrañaba —sonrío, recordando a mi pequeña paciente—. Y me di cuenta de que «extrañar» ni siquiera comienza a describir lo que siento. Te necesito, Charlie. No a la perfecta directora de comunicación, sino a la mujer que tiembla bajo mis manos, que desafía mi autoridad en cada reunión, que me hace querer ser mejor.

Sus manos encuentran mi bata de hospital, aferrándose a la tela como si necesitara anclarse a la realidad.

—Puedes intentar controlarlo todo —murmuro, inclinándome más cerca—. Pero no puedes controlar esto. No puedes controlar lo que sentimos. Y francamente, ya no quiero que lo hagas. La corona, el hospital, el deber... todo eso puede esperar —mi voz es apenas un susurro ahora, solo para ella, aunque sé que el salón entero contiene el aliento—. Pero esto, nosotros... ya he esperado demasiado.

Sus ojos verdes encuentran los míos, y por primera vez desde que la conozco, veo que todas sus

barreras han caído. No queda nada de la máscara profesional, del control perfectamente estudiado. Solo Charlie, vulnerable y real bajo mis manos.

—Kylan... —su voz tiembla, y el sonido de mi nombre en sus labios hace que mi corazón se acelere.

—No más protocolos —declaro, mi mano deslizándose hasta su nuca—. No más pretender que esto no es lo que ambos queremos.

El salón entero desaparece cuando finalmente la beso. No es el beso medido que el decoro real exigiría. Es dominante, posesivo, una declaración tan clara como las palabras que acabo de pronunciar. Sus labios se rinden bajo los míos, y siento cómo años de control y negación se desmoronan con cada segundo que pasa.

Los aplausos estallan a nuestro alrededor, pero apenas los registro. Todo lo que puedo sentir es cómo sus manos se aferran a mi bata, cómo su cuerpo tiembla contra el mío, cómo suspira en el beso de una manera que hace que mi sangre arda.

Cuando finalmente nos separamos, sus ojos están brillantes y sus mejillas sonrojadas. El maquillaje perfecto que siempre lleva está ligeramente corrido por las lágrimas, y nunca me ha parecido más hermosa.

—Te amo —susurro contra sus labios, lo suficientemente alto para que solo ella lo escuche—. Y esta vez, no voy a ninguna parte.

El reino tiene su cuento de hadas: el príncipe que regresó por amor. Pero mientras la sostengo en mis brazos, mientras siento cómo su corazón late contra mi pecho, sé que tenemos algo mejor.

Tenemos algo real.

CHARLIE

El mundo se ha reducido a sus brazos alrededor de mi cintura, a sus labios contra los míos, al calor de su cuerpo presionado contra el mío. Los aplausos suenan distantes, como si vinieran de otro universo donde aún importan los protocolos y las apariencias.

—Te amo —susurra contra mis labios, y las palabras hacen que algo dentro de mí finalmente se libere.

—Siempre has sido tú —confieso, mi voz temblando con la verdad que he guardado durante tanto tiempo—. Desde la primera vez que te vi. Incluso cuando te fuiste, cuando intenté odiarte, cuando me convencí de que el deber era suficiente... siempre fuiste tú.

Sus ojos grises brillan con una intensidad que hace que mi corazón se acelere. Por primera vez en mi vida, no intento controlar el temblor en mi voz, las lágrimas que corren libremente por mis mejillas.

—Te amo —las palabras salen de mi boca como una liberación, como una verdad demasiado tiempo contenida—. Y ni todos los protocolos del mundo podrían cambiar eso.

Su sonrisa, esa que siempre ha sido mi perdición, ilumina su rostro mientras me atrae más cerca, y sé que por fin estoy donde pertenezco.

CAPÍTULO 28

CHARLIE

El aroma a café recién hecho inunda los pasillos mientras nos dirigimos al comedor privado. Mi mano tiembla ligeramente en el brazo de Kylian, la primera aparición «oficial» ante la familia haciendo que mi estómago se retuerza con nervios que ninguna crisis diplomática ha conseguido provocar.

—Respira —murmura Kylian, su pulgar trazando círculos suaves en mi muñeca—. Es solo el desayuno.

—Solo el desayuno —repito, intentando ignorar cómo mi corazón se acelera cuando sus labios rozan mi sien—. Con tu madre. Y tu hermano. Después de que ayer...

—¿Después de que ayer interrumpiera tu perfecto informe anual para declararte mi amor frente a todo el reino? —hay diversión en su voz, esa arrogancia principesca que siempre hace que mis rodillas tiemblan.

La risa de Tristan nos recibe antes de abrir las puertas. El sonido es tan genuino, tan diferente a la tensión que ha teñido cada interacción familiar desde que Kylian volvió, que nos detenemos un momento, sorprendidos.

Cuando entramos, el comedor parece una sala de redacción más que el espacio solemne que conozco tan bien. Periódicos y revistas cubren cada centímetro de la mesa de caoba, compitiendo por espacio con la vajilla real. Eleanor, impecable como siempre en su traje azul marino, intenta mantener su dignidad mientras Tristan prácticamente salta en su silla con entusiasmo apenas contenido.

—¡Los tortolitos reales! —exclama al vernos, y hay un brillo travieso en sus ojos que no le había visto en años—. ¿Habéis dormido bien? ¿O estabais demasiado ocupados leyendo vuestras reseñas?

—Tristan... —la advertencia de Eleanor suena más divertida que seria.

—¿Qué? —se defiende, alzando un periódico—. Todo el reino está hablando de ello. Incluso los medios más críticos están encantados. Mirad esto.

Mi entrenamiento en gestión de crisis me hace querer interceptar cualquier titular potencialmente problemático, pero Kylian me mantiene firmemente a su lado mientras nos acercamos a la mesa.

—«El Príncipe que Eligió el Amor» —lee Tristan con voz de presentador de noticias—. «En un giro digno de las mejores novelas románticas, Su Alteza Real el Príncipe Kylian sorprendió a todo el reino al interrumpir una presentación oficial para declarar su amor por Lady Charlotte Sinclair, directora de comunicación de la Casa Real...»

—«El Beso que Revolucionó Ravencross» —continúa Tristan, cambiando de periódico con forma teatral—. «Lady Sinclair, conocida por su impecable manejo del protocolo real, finalmente perdió el control ante la declaración apasionada del príncipe heredero, quien abandonó un quirófano en Nueva York para...»

—Por favor, dime que no están usando la palabra «arrebataador» —interrumpo, mi lado profesional horrorizado ante la cobertura sensacionalista.

—Oh, esa la usaron en la página seis —ríe Tristan—. Pero esperad, que lo mejor viene de quien menos esperábamos. Aurora Wright.

El nombre hace que me tense. La influencer más crítica con la monarquía, conocida por sus análisis mordaces y su capacidad para desmontar cualquier intento de la corona por parecer «cercana

al pueblo».

—«Quién iba a decir» —lee Tristan, sus ojos brillando con diversión— «que el príncipe de hielo escondía un corazón de fuego bajo esa fachada perfecta. Pero lo verdaderamente revolucionario no es que un príncipe haya elegido el amor —eso ya lo hemos visto antes— sino que haya elegido a una mujer que no necesitaba una corona para brillar. Lady Sinclair ha demostrado durante años que el verdadero poder no viene de títulos heredados, sino de capacidad y dedicación...»

Siento el calor subir por mis mejillas mientras Kylian aprieta mi mano bajo la mesa. Eleanor oculta una sonrisa tras su taza de té.

—«Tal vez» —concluye Tristan, con una floritura final— «sea hora de admitir que esta vez, la corona ha hecho algo bien. Aunque sigo pensando que necesitan modernizarse... y mucho. Pero esa es una batalla para otro día.»

Eleanor observa a sus hijos con ojos brillantes, como si por fin viera el cuadro completo que siempre supo que existía.

—Mes y medio —murmura Tristan, más para sí mismo que para nosotros—. En mes y medio seré rey.

—Y serás brillante —afirma Kylian con una convicción que hace que mi corazón se hinche—. Ya lo eres. Has estado haciendo el trabajo durante muchísimo años mientras yo estaba en Nueva York.

—Hablando de Nueva York —Tristan sonríe, ese brillo travieso volviendo a sus ojos—. ¿Qué planes tenéis? Porque según Aurora Wright, y cito textualmente, «ver al príncipe de hielo ejerciendo como médico en el Hospital Real mientras moderniza la monarquía podría ser exactamente lo que Ravencross necesita».

—Ya veremos —responde Kylian, su mano encontrando la mía bajo la mesa—. Primero tenemos que sobrevivir a los planes de boda que seguramente Charlie ya está organizando en su cabeza.

—¡Yo no...! —empiezo a protestar, pero todos en la mesa estallan en risas porque, por supuesto, ya tengo una lista mental de posibles fechas y protocolos, pero nadie tiene por qué saberlo—. Primero me lo tendrás que pedir.

—Cariño, creo que ayer le quedo absolutamente claro a todo el mundo que eres mía. Serás mi mujer.

—Eres demasiado arrogante.

—Y te encanta —se jacta, inclinándose sobre la mesa para besar mis labios.

Nos separamos cuando escuchamos un carraspeo venir desde el lugar donde mi mejor amigo nos observa con cariño.

—Por cierto —Tristan toma otro periódico—. ¿Habéis visto lo que dice Aurora sobre la necesidad de una monarquía más transparente y cercana? Tiene algunos puntos interesantes...

Noto cómo su voz cambia ligeramente al mencionar a Aurora, y hay algo en la forma en que sus dedos acarician el borde del artículo que me hace arquear una ceja. Pero esa, me doy cuenta, es una historia para otro día.

Por ahora, me contento con ver a los hermanos Ashthorne finalmente en paz, cada uno encontrando su propio camino. Y mientras Kylian me atrae más cerca, besando mi sien sin importarle el protocolo o la presencia de su familia, sé que por fin todos estamos exactamente donde debemos estar.

CAPÍTULO 29

KYLIAN

Los pasillos del palacio tienen un ritmo diferente ahora. Me despierto antes del amanecer, como siempre, pero en lugar de la soledad del quirófano en Manhattan, encuentro a Charlie dormida en mi cama. Su pelo cobrizo esparcido sobre mis documentos médicos, su respiración suave mezclándose con el tic-tac del reloj.

—Cinco minutos más —murmura cuando beso su hombro, y tengo que contener una sonrisa porque sé que en exactamente tres minutos su alarma mental la despertará, recordándole alguna reunión importante.

El Hospital Real es diferente al Presbyterian. Más pequeño, más íntimo. Pero cuando me pongo la bata blanca, cuando mis manos se mueven sobre un paciente, todo lo demás desaparece. Excepto ella. Charlie siempre encuentra la manera de hacerse presente: una nota doblada en mi bolsillo, un café que aparece misteriosamente durante mis guardias, su perfume a jazmín persistiendo en mi bata porque insistió en abrazarme antes de que saliera esta mañana.

—Dr. Ashthorne —me llama una enfermera—. Lady Sinclair dejó esto para usted.

Es un sándwich. Por supuesto que es un sándwich. Porque de alguna manera sabe que llevo seis horas operando y no he comido nada. La nota adjunta me hace sonreír: «Come algo antes de tu reunión con el ministro de sanidad. No quiero que te desmayes en medio de las negociaciones.»

Las tardes son un baile entre el hospital y los deberes reales que aún conservo. Charlie ha reorganizado mi agenda con una eficiencia que me maravilla: las reuniones importantes coinciden con mis descansos quirúrgicos, los eventos públicos se programan respetando mis guardias.

—¿Sabes? —le digo una noche, mientras reviso historiales en su oficina—. Creo que eres mejor organizando mi vida que yo mismo.

—Alguien tiene que hacerlo —responde sin levantar la vista de sus documentos, pero veo la sonrisa que intenta ocultar.

Me acerco por detrás de su silla, mis manos encontrando sus hombros tensos. Un gemido suave escapa de sus labios cuando mis dedos presionan los puntos exactos donde siempre acumula la tensión.

—Ventajas de estar prometida con un médico —murmuro contra su oído, y siento cómo se estremece.

—Kylan... tengo que terminar estos informes...

Pero sus protestas se desvanecen cuando mis labios encuentran ese punto bajo su oreja que siempre la hace rendirse. Los informes pueden esperar. El reino puede esperar.

Nos perdemos el uno en el otro.

Los días avanzan y yo jamás he sido más feliz.

El personal del palacio ya se ha acostumbrado a vernos así: robando momentos entre reuniones, compartiendo miradas cómplices durante los eventos oficiales, sus dedos entrelazados con los míos bajo la mesa del consejo. Ya nadie parpadea cuando aparezco en su oficina a medianoche, o cuando ella se cuela en el hospital.

Una tarde, después de una reunión particularmente tensa con el consejo, la encuentro en mi despacho real, organizando documentos con esa eficiencia que me vuelve loco.

—Deberías descansar —dice sin girarse, reconociendo mis pasos.

Me acerco por detrás, mis manos encontrando su cintura. La siento tensarse bajo mi toque, su respiración acelerándose ligeramente.

—Kylan... —advierde, pero hay un temblor en su voz que delata lo que realmente quiere—. Tengo que terminar...

—¿Terminar qué? —murmuro contra su cuello, mis dedos deslizándose bajo su blusa—. ¿De controlar cada aspecto de nuestras vidas?

Se gira entre mis brazos, probablemente para protestar, pero mis labios encuentran los suyos antes de que pueda hablar. El beso es dominante, posesivo, el tipo de beso que le recuerda a quién pertenece realmente.

—Eres mía —gruño contra su boca, mis manos firmes en su cintura—. Con o sin protocolos. Con o sin corona.

Sus dedos se aferran a mi camisa mientras la levanto sobre el escritorio. Los documentos caen al suelo, pero por primera vez, a la perfecta Lady Sinclair no parece importarle el desorden.

—Tuya —suspira cuando mis dientes encuentran su cuello, y la palabra hace que algo primitivo ruja en mi interior.

—No te muevas —ordeno contra su cuello, mis manos inmovilizando sus muñecas sobre el escritorio—. Quiero que recuerdes quién manda realmente aquí, Lady Sinclair.

Un gemido escapa de sus labios cuando mis dientes rozan ese punto sensible bajo su oreja. Su cuerpo tiembla bajo el mío, pero mantiene sus manos donde las he colocado, obediente a pesar de su naturaleza controladora.

—Tan perfecta —murmuro mientras mis dedos trazan un camino por su cuello—. Siempre tan compuesta, tan profesional... pero ambos sabemos que esto es lo que realmente quieres, ¿verdad?

—Ky... —su voz es apenas un suspiro cuando mis manos encuentran los botones de su blusa.

—Shh —la silencio suavemente—. Quiero oírte decirlo. Dime a quién perteneces realmente.

Sus ojos verdes, normalmente tan afilados y controlados, ahora están nublados de deseo. El contraste entre la Charlie que maneja crisis internacionales y esta versión vulnerable bajo mis manos me vuelve loco.

—A ti —susurra finalmente, y la sumisión en su voz hace que mi control se tambalee—. Siempre a ti.

—Buena chica —murmuro contra su piel, recompensando su sumisión con un beso en ese punto donde su pulso late desbocado—. Ahora quiero que mantengas tus manos exactamente donde están. ¿Entendido?

Asiente, mordiendo su labio inferior de esa manera que siempre me hace perder el control. Su blusa perfectamente planchada está arrugada bajo mis manos, y la imagen de la siempre impecable Lady Sinclair deshaciéndose por mi toque es intoxicante.

—Tan hermosa cuando te rindes a mí —susurro mientras mis dedos trazan patrones sobre su piel expuesta—. ¿Qué diría el consejo si viera a su perfecta directora de comunicación así? Temblando, suplicando...

Un gemido entrecortado escapa de sus labios cuando mi mano encuentra su muslo, deslizándose bajo su falda con deliberada lentitud.

—Por favor... —suplica, sus caderas moviéndose inconscientemente.

—¿Por favor qué, cariño? —mi voz es puro terciopelo sobre acero—. Sabes que necesito oírte decirlo.

—Te necesito... —su voz tiembla cuando mis dedos rozan el encaje de sus medias.

—No es suficiente —murmuro contra su oído—. Quiero oírte rogar por ello. Quiero que

olvides todos tus protocolos, todo tu control...

Sus muñecas se tensan bajo mi agarre, luchando contra el instinto de moverse, de tocarme. Pero sabe que es mejor no desobedecer. No cuando estoy así, no cuando la tengo exactamente donde quiero.

—Mírame —ordeno suavemente, mi mano libre encontrando su barbilla—. Quiero ver tus ojos cuando pierdes el control.

El verde de sus iris está casi negro de deseo, y la vulnerabilidad en su mirada hace que algo primitivo ruja en mi interior. Esta es mi Charlie, no la que el mundo ve. Esta versión, desarreglada y suplicante, es solo mía.

—Dime lo que quieres —mi voz es baja, dominante, mientras mis dedos juegan con el borde de su ropa interior—. Y tal vez, si me lo pides muy bien...

—Por favor, Ky —su voz es apenas un susurro entrecortado—. Te necesito... dentro...

—Así —gruño contra su cuello, recompensando su súplica con un movimiento preciso de mis dedos que la hace arquearse—. Tan obediente, tan perfecta para mí.

Sus gemidos son música para mis oídos mientras la llevo al borde una y otra vez, controlando su placer como ella controla el reino. Cada temblor de su cuerpo, cada súplica entrecortada, es una victoria personal.

—No te corras hasta que yo lo diga —ordeno contra su oído—. Quiero ver cuánto control tienes realmente, mi amor.

Sus ojos encuentran los míos, y hay tanta vulnerabilidad en ellos que hace que mi pecho se apriete. Aquí, sobre mi escritorio, con documentos oficiales esparcidos por el suelo, está la mujer más poderosa del reino, completamente rendida a mi voluntad.

—Kylian... por favor —suplica, y la forma en que dice mi nombre, mezclado con necesidad y sumisión, hace que mi control se tambalee—. Te necesito... ahora.

—¿Así? —murmuro, mis dedos encontrando el cierre de su falda—. ¿Necesitas que te recuerde quién tiene realmente el control?

Un sollozo de placer escapa de sus labios cuando mis dientes encuentran su cuello, marcándola como mía. Su piel de seda arde bajo mi toque, y cada pequeño temblor de su cuerpo es una victoria personal.

—Mía —gruño contra su piel—. Di que eres mía.

—Tuya —gime, arqueándose contra mí—. Siempre tuya.

—Es un buen momento para demostrar todo ese control que tienes, ¿verdad? —susurro contra su oído mientras mis dedos mantienen un ritmo implacable—. La siempre perfecta Charlie Sinclair, temblando bajo mis manos.

Su respiración es errática, su pecho subiendo y bajando con cada caricia. La forma en que lucha por mantener el control, por obedecer mi orden de no correrse, hace que mi deseo por ella sea casi insoportable.

—Por favor... —solloza, su voz quebrada por el placer—. No puedo... necesito...

—¿Qué necesitas, amor? —murmuro, ralentizando mis movimientos deliberadamente—. Dímelo. Quiero oír cómo la voz que da órdenes al consejo real me suplica.

—A ti —gime, sus caderas moviéndose desesperadamente contra mi mano—. Solo a ti.

La recompensa aumentando el ritmo, sintiendo cómo su cuerpo se tensa al borde del precipicio. Sus muñecas luchan contra mi agarre, pero la mantengo firmemente en su lugar.

—Mírame —ordeno, mi voz ronca de deseo.

Sus ojos encuentran los míos, verdes y salvajes, completamente rendidos. El poder de tenerla así,

la mujer que controla un reino entero, ahora rogando por mi toque, es embriagador.

—Ahora —gruño contra su oído—. Córrete para mí, Charlie.

Su liberación es gloriosa. Su cuerpo se arquea bajo el mío mientras el placer la atraviesa en oleadas. Mi nombre escapa de sus labios como una plegaria, una y otra vez, y el sonido hace que pierda lo último que me quedaba de control.

La sostengo mientras tiembla, sus manos finalmente libres para aferrarse a mis hombros. Cada temblor que recorre su cuerpo es una victoria personal.

—Eso es —murmuro contra su piel—. Déjate ir. Te tengo.

Cuando finalmente se calma, sus ojos encuentran los míos. Hay algo nuevo en su mirada, una vulnerabilidad que hace que mi pecho se contraiga. El verde de sus iris está casi negro, sus pupilas dilatadas por el placer y algo más profundo que ambos conocemos pero que hace que todo sea más intenso cuando lo decimos.

—Te amo —susurra contra mis labios, y por una vez, no hay nada de la directora de comunicación en su voz. Solo Charlie, mi Charlie.

La atraigo contra mi pecho, sintiendo cómo su corazón late al mismo ritmo que el mío. El despacho está en penumbra ahora, la luz del atardecer filtrándose por los ventanales y dibujando sombras doradas sobre su piel. Los documentos siguen esparcidos por el suelo, su ropa está arrugada, y su pelo, siempre tan perfectamente arreglado, es un desastre glorioso.

Nunca imaginé que podría ser así de feliz. Yo, que pasé años huyendo de todo lo que representaba este palacio, ahora encuentro mi hogar en los brazos de la mujer que lo mantiene funcionando. La ironía no se me escapa: tuve que volver para encontrar la libertad que siempre busqué.

—¿En qué piensas? —susurra contra mi cuello, su voz aún ronca por los momentos anteriores.

—En cómo el destino tiene un sentido del humor retorcido —acaricio su espalda suavemente—. Pasé años escapando de Ravencross, solo para encontrar que mi verdadera libertad estaba aquí. En ti.

Sus dedos trazan patrones perezosos sobre mi pecho, y el gesto es tan íntimo, tan doméstico, que hace que mi corazón se hinche. Esta es la verdadera magia: no la corona, no el deber, sino estos momentos robados donde somos simplemente Kylian y Charlie.

El reino puede esperar. Los protocolos pueden esperar. Por ahora, solo existimos nosotros, envueltos en la luz dorada del atardecer, encontrando nuestro propio cuento de hadas en medio del caos real.

CAPÍTULO 30

CHARLIE

Sostengo en la mano la nota de Tristan que llegó esta mañana: «Reunión urgente en el despacho real. 11:00h. Es importante.» Nada más. Ni una explicación, ni contexto. Solo esas palabras escritas con su elegante caligrafía en papel oficial.

Ahora, mientras observo el reloj marcar las 10:55, no puedo evitar sentir una inquietud que no corresponde con la aparente simplicidad de la convocatoria. He organizado cientos de reuniones en este despacho, he manejado crisis internacionales entre estas paredes, pero algo en la forma en la que Tristan nos ha pedido que viniéramos que hace que mi instinto profesional se active.

Eleanor llega primera, puntual como siempre. Noto que lleva el broche de zafiros que Edmund le regaló en su último aniversario, un detalle que solo usa en ocasiones significativas. ¿Sabe ella algo que los demás ignoramos?

—¿Alguna idea de qué se trata esto? —pregunta Kylian mientras entra, todavía con la bata del hospital bajo el brazo. Ha tenido que posponer una cirugía para estar aquí, algo que no haría por una simple reunión familiar.

—Ni idea —respondo, observando cómo se apoya contra el escritorio que en menos de una semana pertenecerá a su hermano—. Pero Tristan parecía... diferente cuando me lo pidió.

—¿Diferente cómo? —la mano de Kylian encuentra la mía, un gesto que se ha vuelto tan natural como respirar.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre. Tristan entra y, de inmediato, noto lo que me pareció extraño ayer: hay una determinación en sus ojos que no le había visto nunca, una especie de calma que parece preceder a una tormenta.

El silencio que sigue a su entrada es denso, casi tangible. Tristan camina hacia el centro del despacho con esa gracia aristocrática que heredó de Eleanor, pero hay algo diferente en su postura. Sus hombros, normalmente perfectamente erguidos bajo el peso de las expectativas reales, parecen más ligeros.

—Gracias por venir —dice finalmente, su voz clara y firme—. Sé que todos tenéis agendas ocupadas.

Mis ojos se mueven instintivamente hacia mi tablet, donde el calendario muestra al menos tres eventos que deberían tener prioridad sobre esta misteriosa reunión. Pero algo en la forma en que Tristan mira el retrato de su padre, ahora descubierto tras el período oficial de luto, que me hace guardar silencio.

—Tristan, cariño —Eleanor se inclina ligeramente en su asiento—. ¿Está todo bien?

—Mejor que nunca, madre —responde, y hay una sonrisa en su voz que me desconcierta—. De hecho, nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

Kylian se tensa sutilmente a mi lado. Después de años de observarlo, reconozco los signos: la forma en que su mandíbula se aprieta ligeramente, cómo sus dedos se tensan alrededor de los míos. Él también lo siente, esta electricidad en el aire que precede a los grandes cambios.

Tristan se acerca al escritorio, sus dedos rozando la madera pulida que pronto será suya. Su mirada se detiene en los documentos de abdicación que esperan la firma de Kylian, y por un momento, veo algo pasar por sus ojos. ¿Alivio? ¿Determinación?

—Hay algo que necesito deciros —comienza, girándose para enfrentarnos—. Algo que he

estado considerando desde...

Se detiene, sus ojos encontrando los míos por un instante. En ese momento, veo al niño que solía esconderse conmigo en la biblioteca cuando las expectativas reales eran demasiado pesadas. Pero también veo al hombre en que se ha convertido, uno que finalmente parece en paz consigo mismo.

—No voy a alargar esto más. Lo que intento decir... —respira hondo, enderezando sus hombros con esa gracia real—. Es que no seré rey.

El silencio que sigue a sus palabras es ensordecedor, roto solo por el jadeo ahogado de Eleanor y el sonido de mi tablet cayendo sobre la alfombra. El caos estalla inmediatamente: voces superponiéndose, preguntas sin respuesta, exclamaciones de sorpresa.

Pero yo apenas registro el tumulto. Mis ojos están fijos en Tristan, en la forma en que su mirada se desvía hacia la ventana una vez más, en ese destello de alivio que cruza su rostro cuando un rayo de sol particularmente brillante ilumina los jardines reales.

¿Qué le ha pasado a mí mejor amigo?

Lo que ninguno de nosotros sabía esa mañana, mientras el reloj marcaba las once en punto en el despacho real, era que la decisión de Tristan no solo cambiaría el rumbo de su vida, sino que estaba a punto de alterar el destino de Ravencross para siempre.

EPÍLOGO

RORY

Tres meses antes

El champán en mi copa cuesta más que el salario mensual de una enfermera. Lo sé porque lo acabo de buscar para mi último story de Instagram, donde comparo el presupuesto de esta gala «benéfica» con el déficit del sistema sanitario público. Mis seguidores están enloqueciendo en los comentarios.

—Y aquí, queridos followers —susurro a mi teléfono mientras enfoco discretamente el salón—, tenemos otro ejemplo del derroche real. Candelabros de cristal francés que podrían pagar un año de material escolar, flores importadas de Holanda que cuestan más que el sueldo base de un profesor...

Me muevo entre la multitud como el fantasma en la fiesta que técnicamente soy. Mi invitación llegó «por error», cortesía de un contacto en la organización que simpatiza con mi causa. La ironía de estar aquí, en el corazón del sistema que tanto critico, no se me escapa.

Es entonces cuando lo veo.

Tristan Ashthorne, el príncipe perfecto, el heredero que toda la prensa adora. En las fotos parece casi irreal, como una estatua de mármol pulido. Pero en persona... maldita sea, en persona es peor. Porque sus ojos son de un azul imposible, y cuando sonrío a los invitados, el gesto llega hasta ellos de una manera que hace que mi estómago se retuerza.

—No os dejéis engañar —murmuro a mi audiencia online—. Esa sonrisa perfecta es producto de años de entrenamiento en las mejores escuelas privadas, pagadas con...

Se gira. Nuestras miradas se cruzan a través del salón y por un momento, solo un momento, veo algo parpadear en esos ojos aristocráticos. ¿Reconocimiento? ¿Desafío?

—Vaya, vaya —su voz me sobresalta. ¿Cuándo se ha acercado tanto?—. Aurora Wright. El terror de las redes sociales.

La forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera algo exótico y ligeramente divertido, hace que mi sangre hierva. Pero los dos podemos jugar a este juego.

—Su Alteza —hago una reverencia exagerada, asegurándome de que mi teléfono siga grabando—. ¿O debería decir «heredero temporal»? Nunca sé cómo dirigirme a un príncipe que está calentando el trono mientras su hermano decide si lo quiere.

Un músculo se tensa en su mandíbula, y la satisfacción que siento es casi indecente. Pero entonces sonrío, y hay algo peligroso en ese gesto que hace que mi pulso se acelere.

—Fascinante —murmura, acercándose más de lo que el protocolo permite—. La rebelde Aurora Wright, infiltrándose en una gala real. ¿Tus tres millones de seguidores saben que ese vestido es un Valentino?

Maldito sea. Por supuesto que reconocería al diseñador. Y por supuesto que usaría mi propia hipocresía como arma.

—Es vintage —respondo, odiando cómo mi voz suena ligeramente defensiva—. De segunda mano.

—Por supuesto —su sonrisa se vuelve más amplia—. Y supongo que esa copa de Cristal que sostiene tan elegantemente también es... ¿reciclada?

—Al menos yo me gano mi propio dinero —contraataco, inclinándome ligeramente hacia él—. No vivo de los impuestos de gente que tiene que decidir entre poner la calefacción o comprar comida.

Algo parpadea en sus ojos, y por un momento creo ver al hombre bajo la corona. Es tan breve que podría haberlo imaginado, pero hay una intensidad en su mirada que hace que mi piel arda.

—Tiene razón, señorita Wright —su voz es puro terciopelo sobre acero—. Usted se gana la vida... ¿cómo era? Ah, sí. Destrozando instituciones desde la comodidad de su iPhone de última generación.

Doy un paso hacia él, furiosa y fascinada a partes iguales. El movimiento hace que tropiece ligeramente, y mi copa de champán (maldito sea el carísimo champán) se derrama sobre su traje perfectamente cortado.

El tiempo se detiene. Gotas doradas resbalan por su chaleco de seda, y juro que puedo oír las perlas de la aristocracia circundante cayendo al suelo de la impresión. Debería disculparme. Es lo que haría cualquier persona normal.

En cambio, levanto mi teléfono y capturo el momento.

—Ups —sonrí, mirándolo directamente a los ojos—. Supongo que esto dará a mis seguidores algo de qué hablar. #RealezaMojada.

Su risa, profunda y genuina, me toma por sorpresa. Y hay algo en ella, algo peligrosamente atractivo que hace que mi dedo dude sobre el botón de publicar.

—Fascinante —repite, y esta vez la palabra suena como una promesa—. Absolutamente fascinante.

Se aleja, dejándome con el corazón acelerado y la incómoda sensación de que acabo de iniciar algo que no podré controlar. Mi teléfono vibra con notificaciones, pero por primera vez en mi vida, las redes sociales son lo último en mi mente.

Porque el príncipe perfecto no es exactamente lo que esperaba.

Y eso es más peligroso que cualquier corona.

TRISTAN

La reconozco al instante. Aurora Wright, el azote de la monarquía en redes sociales. Tres millones de seguidores y una lengua afilada que ha convertido en arte el dismantelamiento de todo lo que mi familia representa. La he estudiado, por supuesto, es mi trabajo conocer las amenazas al reino.

Lo que los informes no mencionaban es lo hermosa que es en persona. Su pelo rubio platino brilla bajo las luces de los candelabros, y hay una ferocidad en sus movimientos que resulta hipnótica. La observo mientras graba discretamente con su teléfono, sus labios curvados en una sonrisa sardónica mientras critica los gastos de la gala.

Debería estar molesto. Como futuro rey, debería estar ofendido por su presencia aquí. En cambio, me encuentro fascinado por la forma en que se mueve entre la multitud, como una guerrera en territorio enemigo.

—Su vestido es un Valentino —murmura mi asistente, confirmando mis sospechas—. De hace dos temporadas.

La ironía me hace sonreír. La gran crítica de los privilegios reales, vistiendo alta costura mientras predica sobre desigualdad social.

Nuestras miradas se cruzan a través del salón y algo se enciende en mi pecho. Sus ojos, del color del whisky añejo, me desafían abiertamente. Ninguna reverencia, ningún respeto fingido. Solo puro desafío.

No puedo resistirme.

—Aurora Wright —me acerco, saboreando la forma en que su nombre rueda en mi lengua—. El

terror de las redes sociales.

Cada palabra que intercambiamos es como un baile de espadas, y maldita sea, la chica sabe bailar. Hay algo adictivo en la forma en que me desafía, en cómo sus ojos brillan cuando cree haber marcado un punto. Ninguna heredera de la nobleza europea me ha hecho sentir tan... vivo.

Cuando el champán se derrama sobre mi traje, debería estar furioso. Es seda italiana hecha a medida, y ella lo sabe, probablemente investigó el precio exacto para su próximo video denunciando los gastos de la corona. Pero todo en lo que puedo concentrarme es en la forma en que muerde su labio inferior mientras levanta su teléfono, en ese destello de duda antes de presionar el botón.

—Fascinante —la palabra escapa de mis labios antes de poder contenerla.

Me alejo porque tengo que hacerlo, porque hay cien ojos observando, porque soy el futuro rey y ella representa todo lo que debería despreciar. Pero mientras me dirijo a cambiarme de ropa, mi mente reproduce una y otra vez la forma en que la luz jugaba con su pelo, cómo sus ojos ardían con pasión mientras defendía sus creencias.

Aurora Wright es una amenaza para todo lo que represento.

Y eso la hace irresistible.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando [AQUI](#)

¡CONTINÚA LEYENDO!

¿Qué sucede cuando el príncipe perfecto se enamora de la mujer que podría destruir su reino?

Tristan Ashthorne nació para ser rey. Como heredero en funciones, tiene seis meses para demostrar que puede mantener unida la monarquía mientras su hermano mayor abdica. Lo que no esperaba era que **Aurora Wright**, la influencer más crítica con la corona, se convirtiera en su mayor debilidad.

Rory tiene tres millones de seguidores y una misión: exponer los privilegios de una monarquía obsoleta. Pero



cuando una serie de encuentros fortuitos con el príncipe Tristan revelan al hombre detrás de la corona, sus convicciones comienzan a tambalearse.

Entre tradiciones centenarias y redes sociales, protocolo real y directos de Instagram, Tristan y Rory descubrirán que a veces el amor más verdadero es el más prohibido. Porque cuando el deber y el corazón colisionan, hasta el príncipe más perfecto puede convertirse en rebelde.

Una historia apasionante donde el poder de las redes sociales se enfrenta a la fuerza de las tradiciones... y donde el amor verdadero podría costar una corona.

CONSÍGUELO [AQUÍ](#)



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela romántica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir

como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: <https://oliviadarcyautora.com/>